



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
LITERATURA

DESDE EL EXILIO: LAS REPRESENTACIONES DE LA VIOLENCIA EN GUATEMALA EN CUATRO
NOVELAS DE DANTE LIANO

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA:
YARA IRICEA SILVA LÓPEZ

TUTOR: MTRA. VALQUIRIA WEY FAGNANI
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD DE MÉXICO, AGOSTO DE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A quienes les arrebataron la oportunidad
de escribir su historia*

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, porque en ella he encontrado un gran refugio del mundo;
a la Maestría en Estudios Latinoamericanos, por abrirme las puertas y confiar en mi trabajo;
a la Mtra. Valquiria Wey, por su amorosa guía durante la investigación y la redacción de esta tesis;
a la Dra. Yosahandi Navarrete, por haberme presentado otras Guatemalas, por compartir su biblioteca, compartir con generosidad sus conocimientos, atender mis dudas y por su profunda paciencia;
a la Dra. Mónica Toussaint, por mostrarme la indispensable compañía de la historia centroamericana para entender su literatura;
al Dr. Guillermo Fernández Ampié, por su calidez y por darme la confianza necesaria para mostrar mi trabajo;
a la Dra. Consuelo Rodríguez, por ofrecerme generosamente su tiempo.

También debo dar gracias a aquellos que padecieron y soportaron las largas charlas y el llanto mientras estudiaba la dolorosa historia de Guatemala:
a Silvina López, por enseñarme a levantarme ante la adversidad;
a Espartaco Moreno, por ser siempre millones;
a Alí Moreno, por los dibujos y *recaditos* de ánimo para no desistir;
a Juan Alcibiades López, por enseñarnos a ser solidarios con el ejemplo.

Introducción

...el regreso es más doloroso que el exilio.

Mario Monteforte Toledo

En el año 2012, Dante Liano (Chimaltenango, 1948) declaró que Guatemala está marcada por diferencias sociales y económicas que crean distinciones tan evidentes que dificultan la conciliación entre esas expresiones polarizadas: “¿Cuál país, Perdomo? ¿El mío, el tuyo, el de aquel señor que vi pasar en helicóptero de su casa al trabajo, mientras yo estaba en el último piso de un edificio de la zona 10?” (Perdomo, 2012). Es probable que el motivo por el que sus historias se desarrollan en su patria sea la creación de relatos cuya base se encuentra en la memoria del lugar del que partió en los años ochenta. Él intenta, desde el exterior, armar un rompecabezas de las diferentes Guatemala(s) que pueblan su memoria y su imaginación.

Dante Liano fue ganador del Premio Nacional de literatura en 1991 y finalista, en dos ocasiones (1987 y 2002), del premio Herralde de novela. Es un autor prolífico cuya producción abarca ensayos académicos, novelas y cuentos. Actualmente se desempeña como profesor e investigador de la Facultad de Ciencia Lingüística y Literatura Extranjera de la Universidad Católica del Sagrado Corazón en Milán. Su dedicación al trabajo académico se refleja con claridad en el estilo de sus novelas, debido a la profusión de referencias a la literatura o al cuidado y apego a las estructuras del género y subgénero que decide emplear en la creación de cada una de sus obras.

La violencia, de distintos tipos y grados, es uno de los elementos constantes en la narrativa de Dante Liano. En este trabajo sólo se abordará la representación que el autor hace de este fenómeno social en cuatro de sus novelas: *El hombre de Montserrat*, *El hijo de casa*, *El misterio de San Andrés* y *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*. Es dichas obras, la violencia no aparece como una copia de las vicisitudes vividas por el guatemalteco o por

sus compatriotas, sino que se muestra un modelo verbal construido por un escritor que salió de su patria en uno de los momentos más cruentos de la represión contra diferentes sectores de la población guatemalteca (finales de los setenta y principios de los ochenta).

La violencia estatal en Guatemala no es privativa de este periodo de la vida política y social del país, tal como lo señala Carlos Figueroa (1991): “El Estado, salvo breves interrupciones, se ha manifestado como dictadura abierta a lo largo de casi toda la historia republicana. Inseparable compañero de las dictaduras guatemaltecas ha sido el terror con todas sus implicaciones” (1991: 11). Guatemala vive diferentes tipos y grados de violencia que condujeron a Guatemala a una guerra que comenzó en los años sesenta y concluyó, sólo en su vertiente armada, hasta 1996. El racismo ancestral, la polarización de las clases sociales, las pugnas dentro de las fuerzas castrenses y la necesidad de un cambio estructural, son sólo algunas de las causas que originaron el conflicto y que aún perviven entre la población.

La primera vez que Dante Liano viajó a Italia fue gracias a una beca para realizar estudios entre los años 1975 y 1978, en ese momento no consideró su partida como la llegada a un destino definitivo. Regresó a Guatemala y trabajó como profesor en la Universidad de San Carlos, donde impartió la clase de Teoría Literaria hasta 1980. En aquel año fue a un congreso en Venecia y recibió una oferta para ocupar una cátedra en la Universidad de Milán. Ese segundo viaje marcaría su partida definitiva, aunque se reencuentra con su país en los viajes que realiza constantemente para visitar a su familia y amigos.

Cuando Liano llega por vez primera a Italia, ésta aún muestra las reminiscencias de las acciones emprendidas por la Brigada Roja en el norte del país (Milán y Turín, principalmente). Milán, centro financiero italiano, es presa de una serie de atentados terroristas que provocarán el recrudecimiento de la represión contra aquellos que manifestaran pertenecer a la Brigada o que ya se encontraran presos. Entre 1974 y 1977, la persecución a los líderes del movimiento estableció un alto grado de militarización que se unía a los ataques

de grupos neofascistas para sembrar el desasosiego entre la población. Dante Liano estudió en Italia en aquellos años, pero venía también de un país militarizado, que si bien no vivía aún su periodo represivo más cruento, sí era partícipe de una violencia estructural que cobraría revancha en los años subsecuentes.

Ambas partidas de Dante Liano hacia Italia se llevan a cabo en los años marcados por el uso indiscriminado de la violencia estatal. Algunos científicos sociales difieren en cuanto a la nomenclatura que debe recibir esta forma de Estado,¹ no obstante, coinciden en los efectos que tuvo en la población. La estancia estudiantil de Liano en Italia (1975-1978) ocurre durante el cuestionado gobierno de Laugerud. También fue partícipe de la conmoción de los guatemaltecos que, desde el exterior, supieron del sismo de 1976 y de la organización social que permitió evidenciar la miseria nacional.

Si bien durante la presidencia de Laugerud hubo un marcado descenso de las intervenciones militares y un ascenso de las organizaciones sociales y de la guerrilla, el surgimiento de los nuevos tipos organizativos que incluían a otros sectores de la sociedad tuvo una respuesta estatal violenta, enfocada en la contrainsurgencia y en la represión selectiva. En esa misma época se crea una fuerza de élite del ejército guatemalteco, los Kaibiles, cuya preparación los convirtió en represores estratégicos.

En 1978, aún bajo el gobierno de Laugerud, se cometió la masacre de Panzós, en Alta Verapaz, como respuesta militar a una manifestación indígena. Liano regresó a Guatemala en ese año, después de su primer viaje a Italia, y comenzó a trabajar en la Universidad de San Carlos. Las elecciones presidenciales llevadas a cabo en los primeros meses del año, otorgaron el triunfo a otro militar, el general Fernando Romeo Lucas García, quien tomaría el poder en junio:

¹ Carlos Figueroa elabora un breve recuento de esa tipología: “Edelberto Torres Rivas lo calificó de **Dictadura reaccionaria de clase**, mientras que Gabriel Aguilera Peralta lo concibió como un **Estado militar** (Garrison State) y Carlos Sarti habló de **Dictadura Militar Contrarrevolucionaria**”. Carlos Figueroa, “Introducción”, en *El recurso del miedo. Ensayo sobre el Estado y el terror en Guatemala*, Serie Investigaciones 5, San José: EDUCA, 1991. p. 13.

Lucas García puso en marcha todos los recursos de terror posibles, desde el asesinato en plena vía pública hasta la sistematización de las masacres. De esta forma, minó la organización política y social de los guatemaltecos. Estos hechos apuntaban a la aniquilación del enemigo mediante la disuasión y el sometimiento violento de los ciudadanos que no participaban en la guerra, al ser testigos de la contundencia con que se trataba a los enemigos del gobierno. Entre 1979 y 1982 Guatemala vivió los momentos de mayor angustia y violencia de los que se tenga memoria en la historia política del siglo XX (Berganza, 2004: 56).

El nuevo centro de trabajo de Dante Liano, la Universidad de San Carlos (USAC), fue identificada por el gobierno de Lucas García como un foco de atención. La USAC se convirtió en un nicho importante para la incorporación de cuadros para la guerrilla y para otras organizaciones, además del peligro siempre latente de la formación de ciudadanos críticos, por ello fue un blanco de la represión del Estado: “Según el informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), fueron asesinados (sic.) más de cien personas vinculadas a la USAC, entre estudiantes y profesores universitarios.” (Berganza, 2004: 57).

La institución y la comunidad universitaria vivieron una indiscriminada oleada represiva estatal en la que todos eran sospechosos de apoyar a los grupos subversivos (Ball, Kobrak y Spierer, 1999: 68) y, para combatirlos, se emplearon diferentes tácticas, entre ellas el asesinato: “En 1980, la Policía y los grupos paramilitares respondieron a la violencia guerrillera en la capital matando a estudiantes de la Universidad de San Carlos” (*ibid.*: 84). Además del clima represivo en la USAC, era notoria la falta de libertad para todos los ciudadanos y para los trabajadores: sindicatos intervenidos, líderes desaparecidos y asesinados. Si bien la represión en la ciudad tuvo altibajos durante los treinta y seis años que duró el conflicto armado en Guatemala, siempre estuvo latente la posibilidad de ser sorprendido por una de esas oleadas en las que el aparato represivo del estado ampliaba los criterios para identificar a los enemigos internos.

En ese clima de violencia Liano viaja a nuevamente a Italia y recibe una oferta de trabajo de la Universidad del Sagrado Corazón, en Milán. Italia se convirtió en el lugar de residencia de Dante Liano desde 1980. Tuvo dos motivos para elegir ese país: el primero se ahonda en sus raíces familiares, debido a que su abuelo paterno vino a América en el s. XIX; el segundo, es que le ofrecieron una oportunidad para desarrollarse académica y laboralmente. Pese a su encuentro con Italia, Guatemala se presenta en su obra como una obsesión, como un tema y un escenario que no da descanso le da descanso.

A diferencia de otros guatemaltecos que salieron de su país en esos años, él no era considerado un perseguido político y podía retornar a su patria en cualquier momento, por lo tanto, en estricto sentido, no se apega a la categoría de exiliado. En este trabajo no se discutirán las categorías teóricas que contribuyen a definir el exilio,² aunque en este estudio se considera a Liano como un tipo de exiliado porque uno de los móviles que lo condujeron a salir de su patria fue la violencia que imperaba en aquella época y a las escasas posibilidades de expresarse libremente: “Hubo gente que sí se exilió, que padeció las condiciones objetivas del exilio, gente que le dieron 24 horas para salir de [sic.] país, porque si no, la mataban” (Méndez, s/f: 33). Sin embargo, el exilio al que se alude en este trabajo se encuentra vinculado con la idea metafórica de él, misma que José Mejía denomina “exilio interior”:

Conviene distinguir, por este motivo, el exilio como acontecimiento del exilio como estado, que resulta de aquél. [...] la repercusión del drama político del destierro del

²Para una aproximación al concepto de exilio pueden tomarse en cuenta las siguientes variantes: “Los fenómenos de la migración y el exilio tienen siempre raíces políticas y económicas que no deben obviarse. Las personas se ven obligadas a desplazarse y abandonar su lugar de origen o residencia en busca de mejores condiciones de vida, espacios para la libertad política y de expresión, etcétera; [...] A pesar de que normalmente las migraciones no tienen un acento explícita y predominantemente político, millones de personas en todo el mundo se ven obligadas a desplazarse para poder sobrevivir a los estragos de diversas políticas socioeconómicas impuestas desde las esferas del poder dominante. En este sentido es que consideramos que tanto la migración como el exilio son fenómenos vinculados desde su origen a razones de diverso orden, pero todas ellas políticas”, en Mariana Robles Rendón, Aida Robles Rendón y Carlos Humberto Elizalde Castillo, “Notas psicosociales sobre la migración y el exilio. El colectivo de las Mujeres Monarcas”, en *Tramas*, núm. 34, México, 2011. pp. 230-231. Enrique Guinsberg también señala las semejanzas y diferencias entre exilio y migración, pero define el exilio basándose en la definición que Ignacio Maldonado dió en una conferencia en 1979: “exiliado es aquel que está obligado a expatriarse por imposición (ya sea declarada o no, elegida o no) del poder político dominante, so pena de ser detenido o permanecer indefinidamente en prisión, o ser torturado o eliminado (él y/o sus familiares, allegados o amigos)”, en “Migraciones, exilios y traumas síquicos”, *Política y cultura*. Primavera, núm. 23, 2005. p. 162.

escritor es la clave primordial para explicar el acontecimiento del exilio, en sentido amplio. Expulsión, huida forzada...renuncia voluntaria incluso... estamos siempre ante una separación dolorosa, provocada indefectiblemente, por un poder opresor. [...] La extensión metafórica de exilio al país de origen resulta tolerable porque parece plantear implícitamente que esta clase de pérdida interna es una desdicha todavía mayor que la del ostracismo propiamente dicho.

Ante este clima de violencia, muchos guatemaltecos vieron en el exilio la única forma de sobrevivir. Debido a las condiciones políticas de Guatemala, esta figura ha estado presente en el destino y en la memoria de muchos de sus ciudadanos: “desde el siglo XIX y sobre todo en el XX, miembros notorios y notables de ese país centroamericano de manera recurrente se vieron obligados a abandonar su patria y/o militancia política” (Rodríguez de Ita, s/f). No podemos referirnos a una sola tipología de exiliados, asilados o migrantes guatemaltecos durante los años setenta y ochenta del siglo XX, debido a las múltiples condiciones en las que salían de su patria. Algunos exiliados viajaban legalmente a otras naciones y llegaban a un terreno abonado años atrás por otros exiliados; otros salían masivamente, de manera ilegal y clandestina, particularmente a través de la selva en la frontera compartida con México. Guadalupe Rodríguez de Ita señala que “para las décadas de los treinta al ochenta del siglo pasado el número [de exiliados] aumentó de forma considerable, es decir: el exilio fue colectivo y hasta masivo” (*idem.*).

Fueron muchas las figuras jurídicas, tantas como los medios que emplearon para escapar de la zona de conflicto, ya fuera a otras zonas del país o hacia otras naciones: asilados, exiliados, desplazados, todos intentando sobrevivir. Para dimensionar el carácter masivo de los ciudadanos guatemaltecos que fueron expulsados por la violencia se pueden consultar las cifras registradas por la ACNUR,³ en ellas el éxodo es contado en millares de personas por año. Las formas de salida son diversas: algunos cruzaban la frontera a pie, otros iban por carretera o en avión; la ilegalidad de los migrantes en esa etapa era una condición común y a las negativas de asilo que recibieron de varios países. México fue uno de los

³ Ver Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala. Memoria del silencio*, Guatemala: Oficina de Servicios para proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS), 1999.

destinos de muchos guatemaltecos que cruzaron ilegalmente la frontera y se internaron en la selva chiapaneca:

El desplazamiento masivo empezó a registrarse a finales de los años setenta y llegó a su punto álgido entre 1981 y 1983, años en los que la violencia se generalizó [...] En su desesperada situación muchos desplazados cruzaron la frontera hacia México, y en menor medida a otros países vecinos, para evitar ser alcanzados por la violencia, pasando a ser refugiados. En 1984, según datos de la ACNUR, había 46 mil refugiados guatemaltecos asentados en campamentos en el sur de México, la gran mayoría procedente de departamentos fronterizos con México, como Huehuetenango y Quiché. Se estima que otros 100 mil refugiados vivían dispersos cerca de la frontera o en otras partes de México (Comisión para el Esclarecimiento Histórico, 1999: 216).

Dante Liano no pertenece a los diversos grupos que salieron de Guatemala en las diferentes oleadas migratorias en las que muchos guatemaltecos se vieron forzados a salir de su patria; tampoco, pese a las fechas de sus dos viajes a Italia, pertenece al éxodo masivo anteriormente descrito. Dante Liano entra en la categoría denominada por José Mejía como “exiliado interior”, porque no cabe en la categoría del exiliado. En una entrevista a Claudia Méndez, Liano niega que su partida pueda considerarse como un exilio porque él no lo vivió así:

Hubo gente con trayectoria política significativa que sí ganó el honor de llamarse exiliado político. En cambio yo, siempre consideré que no debía presentarme como tal, porque era atribuirme una trayectoria política que no había tenido. Yo me fui porque la situación en Guatemala no te daba espacio para nada, únicamente te permitía sobrevivir y a un intelectual no le basta con eso [...] Antes, con Arana Osorio había llegado el momento en el cual se empezaba a dar en Guatemala la política de persecución política, la violencia física. Eso no puede dejar de mencionarse (s.f.: 33-38).

Sin embargo, como muchos otros guatemaltecos (intelectuales o no) que salieron de la convulsa Guatemala entre los años sesenta y noventa, puede considerársele como exiliado

sólo en el sentido de haber sido orillado a dejar su patria ante la escalada represiva impulsada por las fuerzas estatales. Por esta razón sólo puede nombrarsele “exiliado interior”, debido a que ha declarado en múltiples ocasiones el dolor que le causó esa segunda partida hacia Italia, de manera semejante (aunque no igual ni en las mismas condiciones) a quienes partían al exilio sin tener una fecha de retorno: “La segunda vez no fui contento, porque sentí que podía ser una partida larga, una separación indefinida. Esa vez sentí lo que es el dolor de irse” (*ibid.*: 50). Esta posición ante el exilio y la migración lo muestra como un intelectual autocrítico que no se autoafilia a una corriente dolorosa del fenómeno migratorio, sino que analiza la fortuna que tuvo al ser recibido como académico universitario en Italia, pese a su condición de migrante forzado y no como producto de ella. Exilio y migración son dos fenómenos que se entrecruzan. Dante Liano compartirá algunas características de los exiliados y de los migrantes, pero sus retornos constantes a Guatemala lo distinguen de aquellos y le permiten tener una mirada desde fuera, una mirada que compare y critique lo que sucede al interior.

La propuesta inicial para la investigación de este trabajo confrontaba novelas de tres autores guatemaltecos: Arturo Arias, Dante Liano y Rodrigo Rey Rosa. Estos autores pertenecen a diferentes grupos literarios y generaciones. Los tres tienen una forma contrastante de percibir a Guatemala y a su gente, pero coinciden en la representación de los fenómenos violentos que directa o indirectamente los tocaron, ya fuera dentro o fuera de Guatemala. El corpus original propuesto para este trabajo era ambicioso e inabarcable en el tiempo que ofrece la maestría, razón por la que se redujo a cuatro novelas de un solo autor, pero que abarcan casi un siglo de vida de su país. Por ello, los resultados que se presentan tienen un carácter parcial que abren la posibilidad para continuar la investigación sobre la forma en la que los narradores guatemaltecos contemporáneos, desde distintas latitudes, perciben y representan la violencia en un intento por comprender el fenómeno y explicarlo.

Pese a que su residencia en Italia tiene más de treinta años, el modelo del mundo que él construye en la ficción siempre tiene su referente más próximo en Guatemala. La autenticidad de su pluma y la modestia de su trabajo también se encuentran presentes en su estilo narrativo y generan un panorama comprensible de una patria dolorida que ha sido golpeada por la violencia desde antes de considerarse como una nación. Este autor destaca de entre los de su generación por no esperar a constituirse como seguidor o cabecera de alguna corriente, incluso reconoce que su filiación con Rin-78⁴ depende básicamente de la necesidad que tenían algunos escritores de publicar su obra y no de las afinidades estilísticas ni temáticas entre ellos.⁵ Liano regresa constantemente a Guatemala, visita a su familia y a los amigos, pero también reúne información para seguir creando sus obras. Su última novela, *El abogado y la señora* (2015), también está ambientada en su patria, pero ahora emplea el humor para analizar las formas de convivencia de los guatemaltecos.

El objetivo de esta investigación es observar la recurrencia de las representaciones de la violencia, con la finalidad de identificar un modelo ficcional del país imaginado desde el exilio. Liano ha establecido su residencia permanente lejos de su patria, pero sus constantes viajes a Guatemala contribuyen a reforzar y actualizar la memoria que tiene de su país. En las obras que se investigarán se observa una obsesión, una voluntad de reproducir los motivos cotidianos en los que las relaciones sociales se manifiestan como violencias ligadas a la estructura sociocultural guatemalteca.

⁴ Rin-78 fue un espacio editorial y de discusión construido por destacados escritores de diferentes géneros literarios: “dichas generaciones establecieron un espacio de encuentro, comunicación y complicidad en Rin-78, que fue darle un nombre a un espacio privado de resistencia íntima que surgió de forma espontánea ante los excesos represivos del orden público. [...] El aporte individual a la gestión colectiva de obras también establecía un patrón de colaboración, un valioso tejido social, distinto al aislamiento que impulsaba el régimen militar. Con sus problemas y limitaciones, fue un espacio intelectual en donde se compartió una visión y una práctica distinta en una Guatemala marcada por la guerra. Rin-78 fue una alternativa valiosa de diálogo vital al embrutecimiento generalizado de la época. un espacio en donde, parafraseando el título del libro de poesía de Max Araujo, se “atreían a ser”, en Ronald Flores, *Signos de fuego*, Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes, Editorial Cultura, 2007. pp. 25-27.

⁵ Para ampliar esta información se pueden revisar los materiales producidos en la USAC sobre Liano: el informe de investigación *Estudio crítico de la obra del escritor Dante Liano, premio nacional de literatura Miguel Ángel Asturias 1991* y el documental *Dante Liano: Visión de dos mundos*; ambos materiales se encuentran disponibles en línea.

Para el desarrollo de este trabajo se emplearán dos términos como herramientas analíticas: el concepto de representación y el de violencia. Dichas herramientas no pretenden definir teóricamente los fenómenos aludidos, sino que se recurre a ellos desde una perspectiva normativa que los estandarice para emplearlos en el análisis de las obras. Para estudiar la representación, el soporte teórico al que se recurrió se encuentra en los textos de Stuart Hall y Luz Aurora Pimentel.⁶ Hall analiza la representación desde una vertiente cultural y señala que la producción de sentido de los objetos, reales o imaginarios, depende de la práctica interpretativa de los sujetos cuyos códigos culturales confieren un código específico; es decir, entiende la representación como “Un proceso por el cual los miembros de una cultura usan el lenguaje (ampliamente definido como un sistema que utiliza signos, cualquier sistema de signos) para producir sentido” (1997: s/p), por lo cual, la interpretación de cada representación depende de un código cultural determinado. Para la decodificación de la práctica interpretativa se emplea la visión de representación de Pimentel, quien se enfoca en los mecanismos empleados por el escritor para identificar y seleccionar el objeto que, a su vez, debe ser decodificable por el lector, a partir de una serie de elementos y referencias cuya representación lingüística sea compartida.

La exploración de las representaciones de la violencia que se emplearán en este trabajo, toman como punto de partida las tipologías de la violencia propuestas por Ariel Dorfman⁷ y por Johan Galtung. El primero, establece categorías partiendo de la idea de que la narrativa latinoamericana muestra la violencia prolongada sobre el continente y propone que se realice un análisis en función de la manera en la que se les presenta la violencia a los

⁶ Luz Aurora Pimentel, *El espacio en la ficción*, México: Siglo XXI, 2001, y Stuart Hall, “El trabajo de la representación”. En *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Sevilla Casas (trans.). London: Sage Publications, 1997. Recuperado de: www.ramwan.net/Restrepo/hall/el%20de%20al%20representacion.pdf.

⁷ Ver Ariel Dorfman. “La violencia en la novela hispanoamericana actual”. En *Imaginación y violencia en América*. 2a. Barcelona: Anagrama, 1972. pp. 9-42. Ver también Johan Galtung, “La investigación sobre la paz y el conflicto en los tiempos del cólera: Diez puntos para los futuros estudios sobre la paz”. En *Sociológica. Revista del Departamento de sociología*. UAM, Año 10, núm. 28, mayo-agosto, 1995, y “Cultural Violence”. En *Journal of Peace Research*. Vol. 27, núm. 3, agosto, 1990. pp. 291-305.

personajes en la novela; además, permite delimitar los campos de observación de quienes ejercen la violencia al generar una representación espacial de los perpetradores y las víctimas de la violencia (la obra de Liano muestra una visión crítica sobre los actores de la violencia). De la tipología de la violencia construida por Galtung sólo se emplearán las de la violencia estructural y de la cultural, debido a que estas permiten explicar la manera en la que perviven ciertos comportamientos que contribuyen a la reproducción de las violencias cotidianas instaladas en el comportamiento colectivo, por ejemplo, en el racismo.

Es importante reiterar que tanto el concepto de representación como el de violencia únicamente fungirán en este trabajo como herramientas de análisis, dichos conceptos no son la discusión central del presente trabajo, razón por la cual no se profundizará en las distintas discusiones y teorías en torno a ellos, sino en lo que pueden aportar como herramientas analíticas. En las líneas argumentales de las cuatro novelas que se analizarán aparecen rasgos de la violencia estructural, cultural, directa, oblicua, vertical y horizontal; además, la selección de los géneros y la transgresión lingüística contribuirán a fomentar una idea de la violencia que el autor desea representar. La conceptualización de la representación, la violencia y sus tipologías, serán expuestas en el marco teórico de este trabajo.

En ese apartado se caracterizará a la violencia vertical, según la definición de Dorfman, o estructural y cultural, según Galtung, para, posteriormente, emplear esas tipologías en el análisis de las novelas escritas por Dante Liano entre 1994 y 2008. La violencia vertical o estructural está desarrollada con claridad en las novelas *El hombre de Montserrat* y *El misterio de San Andrés*, aunque se encuentre presente en todas las obras. En el segundo apartado, la violencia horizontal o directa, la agresión, es motivo de *Hijo de casa* y de *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*; aunque, en estricto sentido, la agresión y la violencia horizontal en estas dos obras también son producto de la banalización y normalización de la violencia estructural y cultural en la sociedad representada.

En el segundo apartado se contextualizan las obras de Dante Liano, tanto en la historia de Guatemala como en su trayectoria personal. La producción literaria de Liano no se ciñe a una corriente literaria ni a un grupo, pese a que se le ha vinculado con Rin-78, su obra no se suscribe a una corriente específica ni se apega a cierta estética grupal. Este autor se ha desarrollado básicamente dentro del ámbito académico, por ello se considera en este trabajo que su papel como divulgador de la cultura guatemalteca en Italia (en Europa) ha sido fundamental. Las traducciones de sus obras se encuentran diseminadas en todo el orbe, aunque es menor su difusión que la de otros autores.

El tercer apartado se enfoca en la selección del género literario como un mecanismo de expresión pertinente para organizar las ideas en torno a la violencia. La novela neopolicial centroamericana es una manera de dirigir una crítica social a través de la literatura, en medio de una sociedad convulsa como la guatemalteca. En este apartado también se exploran algunos rasgos en los que se violenta el canon culto de la lengua. Esta transgresión de la norma está puesta en la voz de los personajes, quienes sin ser producto de un escritor que brinda testimonio de una identidad cultural de su patria, son capaces de mostrar la pluralidad de una nación centroamericana.

En el apartado final se aborda el problema de las constantes de la representación de la violencia en cada una de las novelas; para ello, se retoman las herramientas conceptuales descritas en el marco teórico y se analizan los fragmentos seleccionados. Las novelas se clasifican en función de la tipología de la violencia que prive en el relato. El tipo de violencia presente en las cuatro novelas se puede dividir en dos: el de la violencia vertical o estructural, y el de la violencia horizontal o directa. Es importante señalar que esta división es artificial y sólo obedece a criterios metodológicos, debido a que, como señala Federico Álvarez, “la violencia está presente como un denominador común, tal vez el único realmente común, en la

inmensa mayoría de los textos de creación literaria que forman el capital maravilloso de nuestras bibliotecas” (1998: 407).

De esa manera, las novelas que se revisan en este trabajo tienden a mostrar una representación elaborada por Dante Liano sobre algunas poblaciones y sectores guatemaltecos desde finales del siglo XIX hasta finales del XX. En *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*, relata las vicisitudes de algunos inmigrantes italianos que, escapando del hambre y la explotación en Europa, vienen a América con la promesa y el sueño de la tierra pródiga capaz de cumplir los deseos de los recién llegados. Esta novela se sitúa hacia finales siglo XIX, cuando la Sociedad Italiana de Socorro Mutuo procuraba recibir a los compatriotas que se aventuraban a pisar tierras guatemaltecas. La primera edición en español es de 2008 (Guatemala: Sophos), y en ella se hace patente cierta transformación temática con respecto a los temas sociales abordados durante el último cuarto del siglo XX, para incursionar en una nueva vertiente hasta el momento no explorada por él: la de la migración.

En el año 1952, el asesinato de una familia a manos de un joven, a quien habían adoptado en su niñez, forma parte de la memoria colectiva. El crimen del Torreón, como fue llamado por la prensa, tomó forma en las conversaciones de algunos en Guatemala e impresionó a otros, entre ellos se encuentra Dante Liano. La novela *El hijo de casa*, publicada en Guatemala en el año 2004, genera una ficción en torno a dicho crimen y representa con ella la violencia padecida por los niños huérfanos que están a merced de las situaciones que los rodean, además evidencia el clasismo y racismo que ha imperado por siglos en ese país.

En la novela *El misterio de San Andrés* (en adelante *El misterio*), el autor aborda el conflicto racial, la censura y la explotación de los indígenas durante los años de los gobiernos de Ubico a Árbenz, asimismo, señala cómo pudieron haber vivido algunos guatemaltecos la transición en la Primavera guatemalteca. Narrado a partir de dos cosmovisiones, el relato muestra el enfrentamiento ancestral de una nación que se ha erigido con la diferencia racial y

económica como estandarte. Esta novela fue publicada por primera vez gracias a la editorial mexicana Praxis (1996), pero la redacción se remonta a una larga investigación que lo condujo a realizar diversas lecturas sobre las condiciones de vida de los indígenas guatemaltecos, ya fuera en sus comunidades o en las fincas de la costa. La coincidencia en las fechas de publicación y el clima nacional en torno a los Acuerdos de paz, y las discusiones (protestas) que condujeron a ellos, permitió que la novela constituyera un éxito editorial fuera de Guatemala.

El relato cuya historia se encuentra más cercana a la actualidad es *El hombre de Montserrat*, el autor vierte en él lo que llegó a saber sobre el conflicto armado en Guatemala, particularmente sobre el ejercicio de los cuerpos de inteligencia, seguridad y la represión desmesurada en la selva. Escrita y publicada fuera de Guatemala, esta novela circuló a mediados de los años ochenta, como manuscrito, entre algunos amigos de Liano radicados en París.⁸ En 1993, la editorial Aldus publicó la novela en México, pero fue hasta el año 2005 cuando por fin se editó en Guatemala, gracias a la casa editorial Piedra Santa. La cercanía de las fechas de la partida hacia Italia en el año 1980 y los datos de circulación del manuscrito en París, son un indicador de la contemporaneidad entre los acontecimientos narrados y el conflicto social, político y armado por el que transitaba el país a finales del gobierno del general Lucas García y el de la Junta militar. Entre los años 1954 y 1986, Guatemala tuvo una sucesión de gobiernos de corte militar, enmarcados en una lucha anticomunista internacional de la guerra fría, según Alain Rouquié, ésta era la nación más militarizada de Centroamérica durante esos años (1994: 160-161).

Estas cuatro novelas son una representación de la violencia que Dante Liano marca como una constante en la vida de su país. La razón por la que escribe sobre cada uno de esos

⁸ José Mejía, "Narrativa contemporánea. Dante Liano" en Juan Carlos Escobedo, *Literatura guatemalteca*, En línea. Consultada el 5 de marzo de 2010. <http://www.literaturaguatemalteca.org/mejia2.htm>

temas puede tener su origen en la misma normalización de la violencia entre sectores, clases e, incluso, entre grupos identitarios distintos que habitan Guatemala.

Desde el exterior, Liano parece buscarse y buscar a su tierra natal, aunque la cicatriz persista, porque “El destierro como estado prolonga la herida existencial del acontecimiento que le da origen” (Mejía, 2011: 15). El autor crea una nueva patria literaria, a partir de la que recuerda. Cuántas veces retornó Liano a su tierra natal, literariamente, después de haber vivido un tímido y pudoroso “exilio interior” en Italia; y cuán doloroso le fue hacer este recorrido mental en el que no se encontraban las caras amigas de la infancia y la juventud, sino la historia de las últimas miradas de los vencidos a manos de la violencia que los sofoca como el calor de la selva. Retomo así las palabras de Monteforte anotadas en el epígrafe de este capítulo: “el regreso es más doloroso que el exilio”.

1. Marco teórico

La identificación de un modelo generado por Dante Liano sólo es posible gracias a la fidelidad de la representación y lo representado. La observancia entre lo representado y la representación no se establece únicamente a través de las descripciones espaciales que brinda la oportunidad de reconocer al país en el que se desarrollan los relatos, sino que abren la posibilidad de observar el espacio como el lugar en el que las relaciones sociales crean, reproducen y mantienen un sistema de valores que los condujo a una guerra de treinta y seis años, con cifras cercanas a los 150 mil muertos y 45 mil desaparecidos.⁹

Dante Liano crea un modelo de la realidad que le permite entender las relaciones que se establecen en la sociedad guatemalteca, las comparte o no, y explicarlas; y, para hacerlo, emplea la creación literaria. En las cuatro novelas que se analizan en el presente trabajo se detectó la permanencia de la violencia como un comportamiento normalizado, que apunta a la internalización social de ciertas prácticas a lo largo de la historia del país, y que puede representarse en el discurso literario. La representación de la violencia en las novelas que se analizan en este trabajo es producto de un modelo creado por el guatemalteco, no una copia fiel de la realidad.

1.1. Sobre la representación

Sin pretender agotar la discusión sobre la representación artística, específicamente la literaria, es importante identificar algunas líneas que permitan emplearla como una herramienta para analizar la violencia en las cuatro novelas de Liano. Suponer que la literatura es o puede ser una copia o un reflejo de la realidad evidencia una posición que evita el análisis de la representación de los referentes del mundo del autor, cuya comprensión al interior del texto

⁹ Carlos Figueroa, "Violencia y cultura del terror. Notas sobre una sociedad violenta". En *Bajo el volcán*, vol. 1, núm. 1, ene-ju, 2000. 67-83.

obedece a la construcción de significados por medio del lenguaje. El reflejo de la realidad no opera como una copia de ella sino como un reflejo complejo que retoma un modelo y lo reconstruye dentro de la ficción.

Aurora Pimentel niega que la literatura sea reflejo de la realidad:

Cierto es que la suposición de un “reflejo fiel de la realidad”, o de una *semejanza*, material o *de facto*, entre texto y objeto-referente como producto de un relato o de una descripción, es una noción bastante ingenua [...]. La representación, así, estaría propuesta como un proceso por medio del cual el lenguaje construye y vehicula significados con distintos grados de referencialidad y de iconicidad. El lenguaje sería entonces una *estructura de mediación*. Porque, estrictamente hablando, en tanto que sistema de significación, el lenguaje no es un sistema de representación, sino de *mediación* en el proceso de representación (2001: 111).

En el proceso creativo, los autores seleccionan una serie de fragmentos de la realidad percibida y crean un modelo consciente del mundo, construyen discursos que los describen mediante la recreación de un modelo artificioso y simbólico; es el modelo de la realidad resignificada por los autores el que se propone dentro de las obras. Entonces, la literatura no es un reflejo exacto de la realidad, sino una recreación modélica que puede ser o no semejante a los referentes de la realidad en sí. Stuart Hall define la *representación* como “la producción de sentido de los conceptos en nuestra mente mediante el lenguaje. El vínculo entre los conceptos y el lenguaje es lo que nos capacita para *referirnos* bien sea al mundo ‘real’ de los objetos, gente o eventos, o bien sea incluso a los mundos imaginarios de los objetos, gente y eventos ficticios” (1997: 1-2).

Los objetos que se encuentran fuera del relato funcionan como referentes para su construcción, y dichos referentes proponen un mecanismo de interpretación de la realidad desde una perspectiva ideológica emanada del autor-sujeto construido por la sociedad. La representación es un proceso que emplea la mediación del lenguaje para comunicar a otro(s)

el mundo percibido en el que se localiza el referente y el contexto de percepción-producción del texto, no obstante:

Desde la perspectiva de la escritura como primera instancia de mediación en el proceso de la representación, describir un objeto es “inventar al otro en el mismo”, pues lo que hace la descripción es construir otro objeto, sí, pero un objeto textual que es más afín al texto que lo rodea que a su referente, y que, sin embargo no deja de remitir a ese objeto que desencadena la actividad descriptiva: ese otro que puede *reconocerse* como tal (Pimentel, 2001: 112).

Entonces, todo lo descrito obedece a una selección que hace el autor para crear una ilusión de realidad (Pimentel, 2001: 69), en la que no se describe la realidad, ni se la copia, sólo expresa la idea del objeto, su significación (*ibidem*: 110). En este proceso, el escritor construye un vínculo con el lector al establecer “los puentes necesarios entre su descripción y el objeto al que remite, haciendo posible la identificación. Mas, para que esta identificación pueda darse, tiene que pasar por la intermediación del lector; de modo que es el lector mismo la tercera instancia de mediación —en el proceso de representación” (Pimentel, 2001: 114).

En los textos narrativos que Dante Liano ambienta en Guatemala, existe cierto cuidado en la selección de referentes cuya precisión permite la representación de lo real identificable para el lector. Si bien muestra los conflictos que ha detectado en su patria y parte de la historia regional de Italia, no aventura ninguna solución a ellos desde la ficción y tampoco pretende dar testimonio de ellos. En las novelas que se analizarán en este trabajo se observa la preocupación del guatemalteco por hacer un registro de ciertos acontecimientos que impactaron la vida de la sociedad de su país, aunque para ello no emplea el tono testimonial sino la ficción: “recupera el imperativo ético del deber de memoria del cual había

sido relegado por la crítica que defendía el testimonio¹⁰ por encima de la institución literaria” (Quijano, 2015: 273).

A partir de un modelo de la realidad generado por Dante Liano, y confrontado en sus diferentes viajes a Guatemala, se elabora una representación de la permanencia de ciertas prácticas culturales que contribuyen a la reproducción de la violencia. Carlos Figueroa, en su artículo “Violencia y cultura del terror: Notas sobre una sociedad violenta” (2000), retoma el concepto de cultura para mostrar cómo ésta “engloba a algo que es fundamental para la reproducción de la sociedad: los sistemas de valores que, internalizados por los distintos sectores de dicha sociedad, explican en gran medida sus conductas en los diversos ámbitos de la convivencia humana” (70). En este artículo se evidencia la manera en la que dichas prácticas han fortalecido las relaciones sociales violentas en Guatemala, para las cuales ha sido necesaria la instauración de una cultura del terror sustentada en la “intolerancia hacia la diferencia y que concibe la solución de los diferendos solamente a través de la eliminación del otro” (*ibid.*: 73-74).

En tres de las cuatro obras analizadas se lleva a cabo la investigación de un crimen que guarda una estrecha relación con la injusticia y la corrupción imperantes en el país. La otra novela, *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*, da un vuelco y narra la historia de un tipo de inmigrantes italianos en Guatemala, con ello pone en evidencia que la injusticia es llevada a cabo por los regímenes de corte capitalista, mismos que se acentúan en las ricas tierras de Guatemala debido al racismo y a la explotación.

Las obras que se analizan en este trabajo presentan una imagen de la polarización en la sociedad guatemalteca, percibida y representada por el autor. En esa representación de Guatemala se contraponen descripciones del mundo ladino¹¹ y del indígena, o del urbano y el

¹¹ Los ladinos son “mestizos que se identifican como descendientes de los españoles”, George Grunberg, “Multiculturalidad en Centroamérica: ¿Se reconoce Centroamérica como una región pluriétnica y multicultural?”

rural; dicha contraposición percibida ayuda a entender las peculiaridades de la polarización de la sociedad guatemalteca en su conjunto, fenómeno social ancestral que contribuye a la generación, mantenimiento e intensificación de la violencia en el país.

1.2. Sobre la violencia

La violencia es un fenómeno que se ha estudiado desde diferentes áreas de conocimiento y en diferentes épocas. En este trabajo se emplearán dos estructuras para analizarlo, no porque se consideren las mejores y más desarrolladas, sino porque brindan elementos estructurados y estructurantes para la aplicación teórica en el análisis de las cuatro novelas que se revisarán.

En 1972, Ariel Dorfman construye una tipología de la violencia para analizar un corpus reducido de novelas latinoamericanas, en su mayoría contemporáneas, pese a que considera que ese fenómeno está presente en toda la narrativa hispanoamericana: “La violencia ha sido siempre importante en nuestra literatura, tal como lo ha sido en nuestra historia [...] a partir del naturalismo el problema de la violencia pasa a ser el eje de nuestra narrativa” (1972: 9-10). Federico Álvarez comparte esa misma idea al señalar que “la literatura de todos los tiempos no podía sino reflejar –de manera acaso más compleja, es decir, más imaginada, más recreada, más retóricamente inventada—la violencia real de la existencia humana” (1998:408). Éste, a su vez, se basa en lo dicho por Walter Benjamin en la tesis VII de la filosofía de la historia:

El patrimonio cultural deberá hallar en el materialista histórico un observador distante; puesto que todo el patrimonio cultural que él abarca con la mirada tiene irremisiblemente un origen en el cual no puede pensar sin horror. Tal patrimonio debe su origen no sólo a la fatiga de los grandes genios que lo han creado, sino también a la

esclavitud sin nombre de sus contemporáneos. No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie (Citado por Álvarez, 1998: 408).

Si bien no se tratará este aspecto de la violencia en la creación y en la cultura, sí es importante anotar esta tesis de Benjamin, cuya marca indeleble quedará en la frente de todo creador. La misma tesis manifiesta su posición en torno a la transmisión de la cultura: “Y así como éste no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de la transmisión a través del cual los unos lo heredan a los otros” (Benjamin, s/f: 23); con ella, la barbarie nos señala como consumidores y reproductores de cultura.

Ariel Dorfman (1972) clasifica la violencia esquemáticamente para poder usar el concepto como una herramienta de análisis, en función de aquellos que la ejercen. De esta manera, según este autor, es posible establecer una tipología de la violencia en la literatura si esta es ejercida verticalmente dado que los protagonistas responden a la opresión y se rebelan contra el opresor, quien puede ser un representante de una clase social. Este tipo de violencia es clasificada por el mismo autor como social, porque también puede narrar la vida de los explotadores para mantener el *statu quo* que los mantenga en el poder. En las novelas analizadas por Dorfman aún existía una noción de justicia en la que, por lo menos en la literatura, los victimarios pagaban sus crímenes de alguna manera:

En estos personajes podemos observar una ley de la violencia que rige no sólo para ellos sino también para casi todos los que aparecen en la novela actual: la violencia es un BUMERANG, termina por destruir y a veces por corromper al que la utilice, aunque haya resultado inevitable la entrega a esas fuerzas. [...] La novela actual no es sólo muestra de las acciones de los hombres, sus luchas y disputas, rebeliones y derrotas, sino al análisis introspectivo de la oblicua, a ratos oblicua, influencia que dejan estas acciones en el alma. [...] La búsqueda de metáforas que representen el dilema interior del hombre culmina en el mundo infernal y monstruoso de un banquete, imagen y emblema de una mente corrompida por la culpa y el poder” (1972: 25).

Esta violencia vertical entre los oprimidos y los opresores planteada por Dorfman, es vista por Galtung (1990) como parte del proceso en la violencia estructural en la que se sustentan las relaciones en largos periodos, pero para este autor es la violencia cultural la que se convierte en una constante que hace pervivir las estructuras y sostiene la trivialización de la violencia directa, de la agresión.

La violencia entre individuos, la que Dorfman llama horizontal, y Galtung directa, es confundida con la agresión o la ira. Para distinguir este fenómeno es útil la revisión del texto de Daniel Inclán, quien define a la violencia como “un proceso, una voluntad materializada que intenta imponer una situación y las formas de su valoración (moral y cognitivamente; por eso hay violencias irracionales, porque toda violencia tiene el vigor para imponer una razón) a través del uso de una fuerza o de un conjunto de fuerzas (materiales, simbólicas, cognitivas, afectivas). No es un acto singular, sino un conjunto articulado de prácticas contenciosas, cuyo fin es la producción de diferencias (en la violencia no se persigue la igualdad, sino la distinción, la ruptura de la identidad por la fuerza)” (2016: 15). En todas las novelas analizadas a lo largo de este trabajo, se observará cómo, en mayor o menor medida, estas prácticas productoras de diferencias conducirán a los personajes a un enfrentamiento directo, producto de las prácticas culturales que han pervivido en la estructura social de Guatemala.

El mismo Dante Liano, para aludir a la violencia normalizada posterior a los conflictos armados, ha señalado que en la literatura, aunque hace referencia específicamente a la guatemalteca, existe un tipo de violencia normalizada en la sociedad. En su ensayo “La narrativa de la violencia” (1997), Liano establece sus propios criterios para hablar de la violencia en el contexto guatemalteco, y divide las obras en tres grupos: las obras testimoniales, las de denuncia y las de violencia oblicua. Al inicio de ese ensayo reconoce la persistencia de la violencia en las relaciones entre los hombres, violencia de la que no puede

sustraerse la literatura (260), como producto cultural elaborado por un autor que vive su época (se vuelve nuevamente a Benjamin). Liano señala que:

Como es natural, en muchos casos, la literatura ha cumplido un papel social de denuncia. Pero aun cuando el escritor deliberadamente evite la denuncia social, por motivos estéticos o políticos, la violencia opera disfrazada, como lo está en el lenguaje o en las costumbres. [...] No me interesa la violencia en sí, sino en cuanto aparece en la literatura [...] Una visión de conjunto de la literatura contemporánea de Guatemala, esto es, la literatura elaborada a partir de 1954, nos da cuenta de la existencia de tres tipos de obras: 1. obras testimoniales [...]; 2. obras de denuncia: aquellas que, de una u otra manera, siendo principalmente obras literarias también denuncian la situación de la violencia del país; 3. obras de violencia oblicua: aquellas en las que, por voluntad de autor o a pesar de la voluntad del autor, la violencia aparece de manera escondida (1997: 260-261).

Esta clasificación establecida por Liano revela parte de su ejercicio como autor, porque varios fragmentos de sus obras muestran el tema de la violencia de manera indirecta o normalizada. En las novelas que se analizan en este trabajo es posible detectar actitudes de los personajes que, desde una cultura semejante aunque distinta, pueden reconocerse como pasajes de la violencia oblicua, tal como lo hace al comentar *Aquella tarde de noviembre* de Franz Galich: “Toda la violencia encerrada en ese cuento puede transcribirse como metáfora de la violencia general del país, interiorizada y expresada por sus miembros más anónimos y cotidianos” (Liano, 1997: 266). La violencia, producto de un proceso que conduce a los individuos pertenecientes a una sociedad a argumentar y normalizar el dominio y la exclusión.

Carlos Figueroa, quien viviera de manera descarnada la violencia del Estado a través de sus Aparatos Represivos, la define como “un acto de dominación que expresa ya una relación social, mínimamente entre aquel que la ejerce en función de un objetivo de poder y aquel que es víctima de dicho ejercicio” (2000: 68). La manifestación de esa relación social se

encuentra en las cultura y en lo que permite la “reproducción de la sociedad: el sistema de valores” (*ibid.*: 70) cuyas prácticas sociales se desarrollan, fijan y/o transforman a lo largo de la historia, definiendo a cada grupo humano. Ese subterfugio cultural que se encuentra en la base de las relaciones sociales y que es compartido por los miembros del grupo, es a lo que Galtung caracterizaría como violencia estructural.

Las cuatro novelas que se analizan en este trabajo muestran la normalización de la exclusión de unos sectores frente a otros en una sociedad polarizada como la guatemalteca. La representación de los fenómenos expresados artificiosamente en los relatos de la violencia, no intentan mostrar verdades, sino propiciar una ilusión de verdad capaz de develar las estructuras violentas subyacentes de una cultura. Los relatos son un ejemplo de la naturalización del uso de la fuerza, particularmente aquella que recurre a las prácticas culturales en las que una clase social emplea sus recursos para mantener sometida a la otra.

La identidad de los pueblos es violentada por la imposición de voluntades excluyentes que usufructúan los rasgos racistas que han permanecido en la base cultural. Todas estas acciones se llevan a cabo de manera colectiva y trascienden a las generaciones, y ocultan la justificación del dominio a partir de las diferencias. Para Guatemala, el racismo tendrá un lugar muy importante en la constitución de las estructuras sociales (y de poder):

el racismo en sus diversas expresiones, prácticas, manifestaciones y lógicas, es un factor histórico estructural que funciona y ha funcionado como uno de los principales mecanismos de opresión, explotación y sobre todo como la mejor justificación de un sistema de dominación y mantenimiento del *statu quo* (Casaús, s/f: §5).

La violencia racista convierte al otro en una cosa de la que puede disponerse a merced de quien tiene el poder, por ello se puede afirmar que este tipo de violencia es profundamente inhumana. Todas las novelas de Dante Liano que se analizarán en este trabajo, poseen ejemplos del racismo mantenido por una serie de creencias populares que se han asumido

como parte de las relaciones sociales normalizadas en el país, aunque su construcción ideológica tiene su origen en los grupos de poder (oligarquías), quienes necesitan del racismo para justificar su dominio sobre el otro.

Si bien la estructura de la violencia puede ser sutil u oculta en las relaciones sociales, tanto Galtung como Dorfman, brindan campos de observación nítidos, capaces de convertirse en herramientas esquemáticas del fenómeno en sí. Los campos de observación son descritos espacialmente (vertical, horizontal, estructural) para poder crear una imagen manipulable en el análisis, misma que podrá conducirnos a la visibilización de los acontecimientos aludidos dentro de los relatos, pero fuera de la ficción.

Por último, es importante señalar que la violencia en la literatura de Dante Liano tiene una función: desenmascarar la violencia horizontal y vertical, la cultural o la estructural que yace en las relaciones sociales entre guatemaltecos. Ya sea la violencia ejercida verticalmente por los poderosos o la violencia entre sujetos de la misma condición, todos son representados en este conjunto de personajes acciones.

2. Contexto histórico y literario

Desde la Colonia, los intelectuales tuvieron una fuerte injerencia en las políticas nacionales de cada uno de los países latinoamericanos, aunque poco a poco algunos grupos o individuos se distanciaron del poder y crearon una fuerte crítica al sistema imperante. Guatemala no fue la excepción a esa regla no escrita y por mucho tiempo sus intelectuales se dividían en dos grupos de ideólogos: el de aquellos que respaldaban la conservación del *statu quo* o el de aquellos que lo cuestionaban.

Roland Flores señala que “el régimen militar implantado en Guatemala a partir de la intervención de la CIA en 1954 desplazó a los letrados del poder y estableció una forma de gobernar fundamentada en el brutal ejercicio de la fuerza” (Flores, 2007: 7), dichas acciones abrieron una brecha para que los militares buscaran un nuevo respaldo ideológico que los legitimara en el poder¹² con las nuevas características que estaban adquiriendo. La violencia ejercida por los militares desplazó a los intelectuales cuya postura crítica pudiera entorpecer su ejercicio cotidiano, para propiciar la permanencia única de los ideólogos que respaldaran lo que ya se venía realizando en los hechos: la persecución, represión e incluso el exterminio de una clase y un sector de la población.

Si bien los grupos aliados al poder militar ya se habían vinculado con esos nuevos teóricos, internacionalmente recibieron varias críticas propiciadas por la información que los exiliados difundían en el exterior; aunque no sólo fueron ellos, sino también algunos grupos religiosos que presenciaron las atrocidades de la guerra y que vivieron en carne propia la represión de los gobiernos centroamericanos. Durante los años sesenta, varios escritores

¹² Para Walter Benjamin, la violencia tiene dos funciones: “El militarismo es la obligación del uso universal de la violencia como medio para los fines del estado. Esta coacción hacia el uso de la violencia ha sido juzgada recientemente en forma más resuelta que el uso mismo de la violencia. En ella aparece en una función por completo distinta de la que desempeña cuando se emplea sencillamente para la conquista de fines naturales. Tal coacción consiste en el uso de la violencia como medio para la obtención de fines jurídicos. Porque la sumisión del ciudadano a las leyes [...] es un fin jurídico. Si la primera función de la violencia puede ser definida como la instauradora de derecho, esta segunda es la que lo mantiene”. *Crítica de la violencia*, Héctor A. Murena (trad.), Madrid: Biblioteca Nueva, 2010. p. 96.

guatemaltecos que el canon occidental había reconocido se encontraron fuera de su país o tomaron una postura crítica que los distanciara claramente de los militares que asaltaron el poder. Entre los escritores más visibles para el canon occidental, es decir para los centros editoriales considerados como potencias en el mundo literario, podemos mencionar a Augusto Monterroso, Miguel Ángel Asturias o Luis Cardoza y Aragón.

En esa nueva composición nacional, en la que los intelectuales guatemaltecos críticos de las posiciones gubernamentales impuestas por los militares y sus aliados capitalistas, sólo era posible una escritura más “libre” si se cruzaban las fronteras. La represión los obligaba a escribir fuera de los límites nacionales, y los condujo a mirar de una manera diferente a su país, dándole a sus producciones un nuevo cariz que poco a poco se transformó en una construcción diferente de su identidad en la memoria. Es importante señalar que otros autores, a quienes la militancia los condujo al exilio, también sentaron un precedente literario, entre ellos es posible nombrar a Carlos Navarrete, Mario Payeras o Mario Monteforte Toledo.

Si bien es cierto que lo que ellos describen no es, ni podrá ser, la nación en sí (sus pueblos, calles, la gente o su naturaleza), los textos escritos serán otra forma de representación que reconstruirá parte de su identidad desde la memoria individual y la diaspórica en cada uno de sus textos. Cada escritor representa lo visto y vivido desde una óptica particular, porque dicha acción, como ya se ha mencionado antes, “estaría propuesta como un proceso por medio del cual el lenguaje construye y vehicula significados con distintos grados de referencialidad y de iconicidad. El lenguaje sería entonces una *estructura de mediación*” (Pimentel, 2001: 110) que permite a los escritores en el exterior describir aquello de lo que se han distanciado.

En el gobierno del general Oscar Mejía Víctores, quien diera un golpe de Estado a Ríos Montt en 1983, el Ejército comenzó un “retiro paulatino de los principales y más visibles puestos públicos” (Berganza, 2004: 84). Aunque en su plan Firmeza 83 siguió con una táctica

de “quitarle el agua al pez”, se abrió la posibilidad de tener una presidencia civil que esperanzó a muchos guatemaltecos. Después de varios gobiernos militares, el retorno de un gobierno civil se anunciaba como un remanso dentro de las políticas represivas del Estado. No fue así, aún hubo actividad contrainsurgente: “el cambio de gobernante de militar a civil tampoco significó el fin de las desapariciones y los asesinatos cometidos por los grupos paramilitares. La violencia extrajudicial era parte de la cultura política del país” (Ball, Kobrak y Spierer, 1999: 33).

La denominada Apertura democrática permite elecciones y da paso a una nueva Constitución, en la que se enfatiza, entre otros factores trascendentes, la preservación y defensa de los derechos humanos, aunque en la realidad esto dista mucho de cumplirse. Después de años de gobiernos militares, en 1985 un presidente civil llega al poder a través de las elecciones: Vinicio Cerezo Arévalo. El ascenso de Cerezo se lleva a cabo en medio de un clima de guerra en Centroamérica, así que la intervención diplomática de otras naciones¹³ se hizo necesaria para convidar a la guerrilla y al gobierno a un diálogo capaz de conseguir la paz.

Bajo el gobierno de Vinicio Cerezo Arévalo se lleva a cabo la Declaración de Esquipulas, acuerdo para el que se llamó a los presidentes centroamericanos para buscar una solución pacífica y concertada a los conflictos centroamericanos. Con esta Declaración (Esquipulas I) comienza el proceso de Paz en la región. En agosto de 1987 se convoca a una nueva reunión, conocida como Esquipulas II,¹⁴ y ahí se emite el “Procedimiento para

¹³ Se creó el Grupo de Contadora, integrado por México, Panamá, Venezuela y Colombia, con la finalidad encontrar una salida negociada a la crisis de los países centroamericanos y así evitar la expansión del conflicto. Pocos meses después, otros países latinoamericanos conformaron el Grupo de Apoyo al de Contadora. Se debe señalar que México jugó un papel fundamental en la conformación de Contadora, poniendo ejemplo de un buen trabajo diplomático.

¹⁴ Algunos puntos principales acordados en Esquipulas II son: “1. Iniciar un diálogo político al interior de cada país con todas las fuerzas legales, a fin de lograr acuerdos para impulsar la democracia, 2. Otorgar una amnistía a todos los que se encuentren en situación de insurgencia para regularizar su situación. 3. Establecer una Comisión de Reconciliación Nacional para verificar los compromisos contenidos de en los numerales anteriores,

establecer la paz firme y duradera en Centroamérica”. El gobierno guatemalteco creó, bajo este eje, la Comisión Nacional de Reconciliación (CNR), y para octubre del mismo año este organismo llama al Diálogo Nacional. Sin embargo, pese a los esfuerzos internacionales, el Ejército emprendió una ofensiva militar (conocida como la Ofensiva de fin de año) que causó muchas bajas en la sociedad civil y en las fuerzas del EGP.¹⁵ Hacia el final de la década de los ochenta, el gobierno seguía empleando la violencia para intentar controlar las zonas y organizaciones que no ha logrado controlar.

En los años noventa baja el índice de violencia, como resultado de las presiones de organizaciones de derechos humanos, nacionales e internacionales, y de aquellos que confiaron que los acuerdos de Esquipulas II debían cumplirse para encontrar el camino a las negociaciones por la paz. En 1991 sube a la presidencia otro civil, Jorge Serrano Elías, pero su gobierno albergaba dos posiciones opuestas para conseguir el cese al fuego: “funcionarios del gobierno de Jorge Serrano Elías [...] enfatizaron la importancia del Estado de Derecho [...]; por el otro, Serrano y sus funcionarios atacaron e intentaron delegitimar a los grupos de derechos humanos vinculándolos a la URNG” (Ball, Kobrak y Spierer, 1999: 35-36).

Durante esta presidencia neoliberal, continuaron las desapariciones y asesinatos, pero ahora los perpetradores ya no eran mayoritariamente los miembros del Ejército, sino los patrulleros civiles, a quienes se les había dado poder e impunidad que, en los años subsiguientes, se convertiría en uno de los abrevaderos del crimen organizado. El contrapeso a esta violencia fue el repunte de las organizaciones de derechos humanos, la presencia de los grupos indígenas mayas y el Premio Nobel otorgado a Rigoberta Menchú en el año 1992.

y 4. La exhortación al cese de hostilidades, esforzándose en lograr un cese al fuego”, en Berganza, Gustavo (edit.). Compendio de historia de Guatemala. 1944-2000. Guatemala: ASIES-Konrad Adenauer Stiftung-PNUD-Fundación Soros, Guatemala, 2004. p. 73.

¹⁵ Patrick Ball, Paul Kobrak y Herbert Spierer. *Violencia institucional en Guatemala, 1960 a 1996: Una reflexión cuantitativa*. Nueva York: American Association for the Advancement of Science-Centro Internacional para Investigaciones en Derechos Humanos, 1999. p. 121.

Las negociaciones para finalizar el conflicto continuaban, pero en la mañana del 25 de mayo de 1993 Serrano disolvió el Congreso, el Organismo Judicial, la Corte Suprema de Justicia, la Corte de la Constitucionalidad y al Procurador de los Derechos humanos, y suspendió 46 artículos constitucionales, todas estas acciones las tomó en aras de consolidar y mantener su poder. Ante el golpe de Estado de Serrano, la presión internacional aisló al país, preocupando a empresarios y miembros del Ejército.

Hubo una oleada de protestas sociales en Guatemala, y desaprobación internacional. El Ejército, la Multisectorial y la Corte de Constitucionalidad, convocaron al Congreso para elegir a los nuevos presidente y vicepresidente de la República. El 5 de junio de 1993, el Congreso de la República elige a Ramiro de León Carpio, quien fuera procurador de Derechos los Humanos en el gobierno de Serrano como presidente y a Arturo Herburger como vicepresidente (Ver Berganza, 2004: 80-81).

La presidencia de Ramiro de León Carpio, considerada como un gobierno de transición, sufrió duros golpes económicos y no alcanzó a modificar las condiciones de existencia de los guatemaltecos porque pervivieron algunos viejos funcionarios en cargos del nuevo gobierno. En 1994 se llamó a elecciones legislativas, cuyo resultado modificó el balance de fuerzas en el Congreso. Efraín Ríos Montt fue elegido como diputado y después como presidente del Congreso, con ello se evidencia “un enorme deterior en el quehacer político al fortalecer viejas jerarquías y cacicazgos” (Berganza, 2004: 82). En este gobierno se hizo poco por limitar el poder del Ejército, y las negociaciones para lograr la paz parecieron estancarse. En ese mismo año, el gobierno y la URNG convidaron a la Misión de las Naciones Unidas para la Verificación de los Derechos Humanos en Guatemala (MINIGUA), quien a su vez advertía constantemente la lentitud con la que se avanzaba en la consecución de la paz.

En esos años siguieron cometiéndose violaciones perpetradas por el Ejército,¹⁶ a pesar de los esfuerzos para difundir la importancia de la protección a los derechos humanos, pero también se repatriaron los restos de Jacobo Árbenz; por tanto, ese gobierno de transición, dejó un rastro de intenciones y promesas incumplidas.

Para el siguiente mandato presidencial sí se convocó a elecciones. En la primera vuelta participaron 19 candidatos, incluyendo a un partido que agrupaba a simpatizantes de la URNG; aunque, para la segunda vuelta, sólo quedaron dos candidatos. Álvaro Arzú fue electo presidente en enero de 1996. Los índices de violencia política siguieron disminuyendo hasta la firma de los acuerdos de paz, en diciembre de 1996. Ese acto dio fin a un conflicto armado que duró 36 años, pero sobreviven las secuelas del horror.

La insurgencia guerrillera, el principal pretexto que el Estado tenía para atacar la oposición política ya no existía. Lo que quedó fue el proceso para esclarecer los actos de violencia política durante el enfrentamiento, y la necesidad de que el estado reconozca su responsabilidad y ponga en práctica un efectivo resarcimiento a las víctimas sobrevivientes. Quedaron también el horror y la angustia vividos por decenas de miles de guatemaltecos, así como la esperanza de comenzar una verdadera conciliación, de manera que este pueblo se reencuentre a sí mismo, a partir de su historia y de la recuperación de la dignidad de todas sus víctimas (Ball, Kobrak y Spierer, 1999: 37).

Es en este contexto en el que Dante Liano escribe las cuatro novelas que se analizarán en este trabajo. Muchos de los acuerdos a los que llegaron dieron pie a las transformaciones jurídicas que en la actualidad se encuentran plasmadas en la Constitución de Guatemala, particularmente en el Título II, que aborda los Derechos Humanos, cuyo capítulo II, aborda varios temas que son el resultado de la lucha de los pueblos indígenas por el respeto a sus prácticas culturales.

¹⁶ En 1995 fueron asesinados once campesinos, refugiados recién asentados en la localidad de Xamán, municipio de Chisec, Alta Verapaz.

2.1. Liano y su tiempo.

Académico de toda la vida, fuera de los pequeños círculos universitarios en los que ha impartido sus cursos, o entre los especialistas sobre Centroamérica, Dante Liano es poco conocido porque no ha ganado los grandes premios internacionales en los países cumbre ni ha escrito la novela representativa de una época. Sin embargo, su trabajo en Italia ha tenido y un impacto considerable en los estudios sobre Centroamérica y lo ha convertido en un importante portavoz de Guatemala.

Dante Liano mira los vuelcos de la época desde la lejanía italiana, sabe de los acontecimientos de la realidad de su país, ya sea empleando el tamiz periodístico, de los informes de derechos humanos o el literario, además cuenta con los datos de primera mano sobre los fenómenos sociales que le comparten amigos y familiares aún residentes en Guatemala y algunos centroamericanos exiliados en Europa. Esta construcción de la memoria realizada por Liano apela a lo que Huyssen denomina memorias diaspóricas (Huyssen en Quijano, 2011: 58), mismas que tienden a cuestionar la memoria hegemónica nacional y apelan a la reconstrucción de la memoria de las “minorías”.¹⁷

La construcción de la patria se le acentúa en el extranjero y lo hace rememorar los espacios y colocarlos en los recorridos de sus personajes; es decir, el autor construye, desde la distancia, la nación que se quedó en América y emplea las referencias dadas por la memoria (aunque las actualice y recomponga en cada uno de sus viajes a Guatemala, generalmente escribe en Italia), personal y cultural, para representar una patria en el texto. Lejos de la Ciudad de Guatemala y de Chimaltenango (su ciudad natal), Liano observará y analizará la progresión de la literatura guatemalteca desde su nicho académico en Italia. En 1997

¹⁷ “La memoria diaspórica sirve para construir un territorio propio que definirá las comunidades culturales específicas, en este caso, las del exilio. Se trata por lo tanto de una memoria que defiende lo híbrido, lo desplazado, lo escindido. Esa cuestión funda una afinidad entre la memoria diaspórica y la memoria, la cual está siempre basada en un desplazamiento temporal entre el acto de remembranza y el contenido que se recuerda, un acto de búsqueda más que de recuperación”, en Mónica Quijano. "Geografías del recuerdo: memoria, literatura y exilio". En *Andamios*, 8.15 (enero-abril, 2011). pp. 58-59.

caracterizó a la literatura guatemalteca de finales del siglo XX y principio del XXI como un ejercicio artístico capaz de analizarse a partir de tres vertientes principales: la de las obras testimoniales, la de las obras de denuncia y las de la violencia oblicua.¹⁸ En este trabajo abordaremos esta última caracterización para analizar algunas de las novelas.

2.2. Liano en la literatura guatemalteca

Los conflictos armados regionales a lo largo del siglo XX impactaron en la producción literaria y fundaron nuevas vertientes narrativas y poéticas que fracturaban las formas canónicas del uso de la lengua, las temáticas y el tipo de personajes que se incorporaban a las obras. Comienza una etapa en la que el compromiso social se convierte en un elemento para la producción y el análisis literario, no sólo en Centroamérica sino en todo el continente: “Como bien dice el poeta Francisco Morales Santos, la literatura guatemalteca ha estado más vinculada con los vaivenes de los movimientos político-sociales que ha afrontado el país, que con las corrientes estéticas predominantes” (Berganza, 2004: 135).

El grupo literario al que perteneció Liano en Guatemala, el grupo Rin-78, experimentó con el lenguaje y contribuyó al registro de la oralidad de la clase media urbana, el mismo Liano ensayó ese modelo en algunos de sus cuentos; sin embargo, en las novelas que se analizan en esta tesis no aparece la clase media urbana, así que el registro lingüístico fijado en el relato es el que emula el habla indígena (Liano no es indígena), o el que intenta imitar las formas de expresión de los miembros del ejército o de otros cuerpos represivos.

El mundo indígena, del que se habían retomado las obras mayas precolombinas, reaparece hacia finales del siglo XX. Las voces indígenas que aparecían en la literatura

¹⁸ Liano caracteriza la narrativa de la violencia y la divide en tres grandes grupos: “Una visión de conjunto de la literatura contemporánea de Guatemala, esto es, la literatura elaborada a partir de 1954, nos da cuenta de la existencia de tres tipos de obras: 1. obras testimoniales, como *Los días de la selva*, de Mario Payeras o como *Me llamo Rigoberta Menchú*, de Elisabeth Burgos. 2. obras de denuncia, aquellas que de una u otra manera, siendo principalmente obras literarias también denuncian la situación de violencia del país. 3. obras de violencia oblicua: aquellas en las que, por voluntad del autor o a pesar de la voluntad del autor, la violencia aparece de manera escondida.” Dante Liano, “La narrativa de la violencia” en *Visión crítica de la literatura guatemalteca*. Guatemala: Universidad de San Carlos-Guatemala, 1997. p. 261.

guatemalteca eran presentadas por escritores ladinos, salvo en raras ocasiones, particularmente en la poesía, se apropiaron de un espacio que les había sido negado. Luis de Lion o Humberto Ak'abal son algunos de los autores que lograron romper individualmente la barrera del racismo.

El conflicto armado en Guatemala sigue apareciendo, directa e indirectamente, en la literatura. Se escuchan voces femeninas y masculinas que comienzan a reconstruir su identidad desde los escombros dejados por la guerra: intelectuales que regresan del exilio, mujeres que hablan de su entorno y de las repercusiones políticas y sociales de la guerra, y voces que antes habían sido obviadas o invisibilizadas.

En el marco de la explosión escritural que surge en los años noventa se constata una ruptura, que podríamos considerar como un cambio de paradigma, en el rol que juega y en el lugar que ocupa la violencia en los procesos estéticos que la representan y ficcionalizan: surge claramente un distanciamiento del sentido político-ideológico y del imaginario mítico revolucionario vinculado a la violencia y a los acontecimientos políticos para dar lugar a nuevas presencias, formas, percepciones y estéticas de la violencia (Ortiz Wallner, 2015: 320).

Los autores debieron reconfigurar sus formas de crear y reacomodarlas a un nuevo paradigma social en el que los ideales políticos del pasado se habían extraviado. A los nuevos escritores les quedó la ironía y los escombros con los que reconstruyen la ficción. Como señala Misha Kokotovik: “Las obras de la posguerra pueden estar desilusionadas con las utopías socialistas de las décadas anteriores, pero esto no implica que acepten la nueva utopía neoliberal de los noventa” (2012: 191).

Dante Liano no pertenece a los grupos de los escritores militantes ni a los testigos que vivieron el conflicto armado en primera persona, él pertenece a una generación que vivió de manera cercana la muerte cargada de motivos (fenómeno evidente en la charla final entre Tono y García, en *El hombre de Montserrat*), pero que pudo escapar y verse en otro suelo,

como lo hace en *El hijo de casa*. Las obras de Liano van siguiendo a la historia de su país, no la historia de la creación literaria ni las filiaciones con una u otra corriente literaria.

Después de la firma de los Acuerdos de paz en el año 1996, el retorno de varios escritores que habían salido de su patria revitalizó la vida cultural guatemalteca:

La literatura guatemalteca resurgió con fuerza creativa y dinámica innovadora durante los años noventa. Un buen número de los intelectuales que permanecieron en el extranjero durante los peores años del conflicto armado regresaron al país con la apertura democrática y las negociaciones de Paz [...] Asimismo, surgieron propuestas que innovaron la tradición literaria guatemalteca [...] Para complementar los retornos de principios de la década, hacia el final de la misma surgieron los retoños de la nueva generación literaria que comenzaría a florecer a inicios del Tercer Milenio (Flores, 2007:46).

Dante Liano continuó con su trabajo como escritor y como académico en Milán, permanece pendiente de la producción literaria en Guatemala, y en cierto sentido su mirada se ha vuelto exterior porque es un visitante que retorna a su patria para reencontrarse con su identidad nacional; sin embargo, Liano ha vivido tanto tiempo en el extranjero que no puede evitar las comparaciones entre su país de origen y el receptor. Después de salir de Guatemala en 1980, Liano da continuidad a su actividad académica y participa en diferentes agrupaciones académicas que se encargan de difundir la literatura latinoamericana, especialmente la centroamericana, en Europa.¹⁹ Sus novelas son una muestra clara de su

¹⁹ En el perfil académico publicado en la página electrónica de la Università Cattolica del Sacro Cuore hace un recuento de las organizaciones de las que es miembro: “Dante José Liano ricopre la qualifica di professore ordinario di Lingua e Letterature Ispano-americane presso il Dipartimento di Lingue e Letterature Straniere della Facoltà di Scienze Linguistiche e Letterature Straniere dell'Università Cattolica del Sacro Cuore di Milano. È membro del Comitato Scientifico dell'ALLCA (Associazione per lo studio della letteratura latinoamericana e dei caraibi), CNR-CNRS-ICI- UNESCO; membro del Comitato Scientifico della rivista "Studi di letteratura ispano-americana"; membro del Consiglio Direttivo del CESPI (Centro per lo studio della politica internazionale), Milano, Facoltà di Scienze Politiche. Direttore della rivista "Centroamericana", dell'Università Cattolica di Milano; membro dell'Associazione degli Ispanisti Italiani, della Latin American Studies Association e dell'Istituto di Studi della rivista "Iberoamericana"; membro di AISPI (Associazione Ispanisti Italiana); membro di IILI (Istituto Internacional de Literatura Iberoamericana); membro di LASA (Latin American Studies Association); membro della AEELH (Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos). Membro fondatore di REDISCA (Red Europea de Investigaciones sobre Centroamérica). È presidente dell'AISI, Associazione Italiana di Studi Iberoamericani”. Recuperado de: http://docenti.unicatt.it/ita/dante_jose_liano/

actividad académica, no temáticamente sino en su forma y estilo, y aunque Ronald Flores lo juzga duramente, su obra ha permanecido como un referente de la transición:

El menos afortunado, por la debilidad de su propuesta estética, fue Dante Liano [...] Las novelas más ambiciosas (en términos de pretender funcionar como novelas nacionales que abarcan con profundidad un amplio período histórico, por medio de técnicas experimentales) de este período. *Señores bajo los árboles* de Morales, *Jaguar en llamas* de Arias y *El misterio de San Andrés* de Liano, fallaron por uno u otro motivo. La idea que las sustentaba era buena, pero la realización no. Carecían de la estructura, del dinamismo o de la destreza narrativa suficientes para no perder al lector (Flores, 2007:47-48).

Pese a la percepción de Ronald Flores, las cualidades literarias de Dante Liano han sido reconocidas dentro y fuera de Guatemala, a tal grado que lo han galardonado con el Premio Nacional de Literatura de Guatemala “Miguel Ángel Asturias”, además de haber sido finalista, en dos ocasiones, del Premio Herralde de Novela. Liano está pendiente de las creaciones contemporáneas en América Latina, particularmente de lo que se escribe en Centroamérica, pero su obra no se compromete con algún grupo u organización, ya sea política o artística; ello le permite mostrar cierta independencia de otros escritores y corrientes. Así, *El misterio de San Andrés* tiene cierta proximidad con la forma de algunos relatos testimoniales; *El hombre de Montserrat* se aproxima a los relatos de la nueva novela policiaca centroamericana en la que la decadencia y ausencia de héroes se hace presente; *El hijo de casa* evidencia la doble moral de los sujetos que sobreviven en una Guatemala que ve lejano el conflicto de la guerra interna, y, por último, *Pequeña historia de viajes, amores e italianos* pone de manifiesto la importancia de la inmigración en Guatemala. En conjunto, estas obras permiten armar la fragmentación histórica de un país que el guatemalteco piensa desde el exterior.

3. Estructura y subgénero, herramientas para la representación

La disposición o el orden con el que los escritores construyen los relatos, atiende a organización y selección de su conocimiento y percepción del mundo. En el relato, los acontecimientos llevados a cabo por los personajes se organizan en el tiempo, y su cronología se lleva a cabo en una secuencia de hechos concordante entre el orden de la historia y el orden del discurso, o anacronías, en los que se transgrede la progresión de una secuencia lógica lineal de acontecimientos.²⁰

La estructura espacial también debe entenderse como una selección de elementos que se describirán en el relato, y cuyo orden tendrá un valor significativo. Los elementos descritos dentro del relato se convierten en sistemas de referencia para los lectores, conozcan o no lo aludido, debido a que lo que se busca es generar una “ilusión del espacio” que además de detonar los sistemas de referencia permita organizar el texto en función de esos marcos de transformaciones narrativas (Ver Pimentel, 1998: 26). Ambos elementos, el tiempo y el espacio, permiten dotar al relato de una organización que estructura el discurso.

En la narración, la temporalidad y la espacialidad son dos niveles que organizan y estructuran las acciones de los personajes.²¹ Helena Berstáin, en su *Diccionario de poética y retórica*, define la espacialidad como: “una instancia en que se desarrolla, como un proceso, el discurso. [...] en el discurso ocurre la representación de un espacio, el de la diégesis, aquel donde se realizan los acontecimientos relatados” (Beristáin, 2003: 197). Por ello, una de las estructuras organizativas del relato dependerá de la relación entre el espacio y el tiempo, entre el lugar en el que se llevan a cabo las acciones y el tiempo en el que se desarrollan.

El espacio, entendido como el lugar en el que se llevan a cabo las acciones, se incorpora al relato a partir de una descripción que funciona como marco. El desplazamiento a

²⁰ Cfr. Luz Aurora Pimentel, “Mundo narrado II. La dimensión temporal del relato”. En *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: S.XXI-UNAM, 1998. pp. 42-58.

²¹ Ver Luz Aurora Pimentel, *El espacio en la ficción*. México: S.XXI-UNAM, 2001; y de la misma autora, “Mundo narrado I. La dimensión espacial del relato”. En *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: S.XXI-UNAM, 1998. pp. 25-41.

través del espacio muestra la dimensión temporal en el que se desenvuelve la línea argumental, por ello, el tiempo incorpora un factor más en la construcción del espacio ficcional, debido a que la percepción de los lugares se modifica en función de las acciones que se lleven a cabo en ellos. Ese cruce entre el espacio y el tiempo en el relato, es definido por Bajtín (1989) como *cronotopo*:

El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y mediado a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de esos elementos constituye la característica del cronotopo artístico (238).

3.1. Novela negra y su nueva forma en la narrativa centroamericana de denuncia y reconocimiento de la corrupción y la impunidad: La novela neopolicial

La fórmula policial en la literatura hispanoamericana data de los años veinte del siglo pasado, pero medio siglo después tomará un rumbo distinto, transgresor frente a las estructuras establecidas para ese subgénero. Tal como lo expusiera Bajtín en “Respuesta a la pregunta hecha por la Revista *Novy Mir*”: “Para un escritor el género sirve de cliché externo, mientras que un gran escritor hace despertar las posibilidades de sentido latentes en el género.” (2009: 350), Dante Liano despertó esas posibilidades del género policial, negro y de la escuela norteamericana dura y lo reformuló en función del contexto regional; el producto que obtuvo con *El hombre de Montserrat* es un gesto paródico transgresor capaz de cuestionar la realidad de un país sumergido en la guerra. Es decir, parodia al género clásico a partir del establecimiento de una ruptura con la forma original.

En la novela, el autor evidencia algunas de las posibilidades latentes en el género policial para construir una denuncia descriptiva de los acontecimientos que tienen lugar en su

país; sin embargo, a diferencia de varios de los escritores que están ficcionalizando los fenómenos sociales ocurridos en Guatemala, él focalizará el relato en la mirada de un teniente que la historia consignaría como victimario.

La nueva narrativa policial centroamericana posterior a los años setenta destaca dentro de las obras literarias de la región porque da “cuenta de las realidades centroamericanas en un periodo marcado por la práctica económica de tinte neoliberal y por una sociedad que se hunde en la violencia luego de los procesos revolucionarios” (Rivera, 2014: 55). La fórmula de la novela policial clásica no responde a las circunstancias socioeconómicas de la región después de los conflictos armados que dan pauta a las nuevas formas de violencia vertical del estado y sus aparatos hacia las diferentes formas de protesta, lucha y organización social. En esta fórmula clásica, el personaje principal es un detective que conduce sus pesquisas para resolver un crimen y reinstaurar el orden social.

Para la narrativa neopolicial centroamericana ya no hay una fórmula preestablecida, se construye a partir de las adaptaciones que presenta a las nuevas formas de la violencia continental y regional. El ambiente de corrupción e impunidad imperante en la región lo conducen a la construcción de un detective o investigador con un carácter moral cuestionable y cuya profesionalización es irrelevante. De esta manera, la representación de esa realidad desesperanzadora intenta apuntalar ciertas verdades que la historia oficial ha dejado en la penumbra. Por ello puede afirmarse que deja de ser sólo una literatura de divertimento para formar parte importante de la cultura literaria de la zona.

Alexandra Ortiz Wallner, quien ha realizado serias investigaciones en torno a la literatura de la violencia en Centroamérica, niega que la carga negativa de este género sea desmovilizante. Le confiere un carácter desmitificador que expone el fracaso del modelo político-social que se busca imponer desde los grupos de poder:

Se trata de textos literarios que cuestionan las (im)posibilidades de (sobre)vivir en espacios de violencia, predominando en ellos lo que Dante Liano describe como “violencia oblicua”, es decir, aquel espacio textual en el cual la violencia está contenida de manera indirecta, sumergida y alegórica, lo que hace que la narración sea una donde la denuncia social directa ya no aparece. [...]Las realidades e historias de violencia ficcionalizadas en las narrativas centroamericanas recientes se articulan así en una presencia velada y sumergida de la violencia, por ejemplo en el lenguaje y las estructuras narrativas. Es desde este lugar de enunciación desde donde la literatura re-semantiza y re-escribe la pregunta por las (im)posibilidades de la convivencia humana con la violencia (2015: 321).

El desarrollo argumental de las novelas neopoliciales centroamericanas apunta a la irresolubilidad de los crímenes, porque estos sólo son ejemplos de la sistematización de diferentes formas de violencia. En otros casos, este género indica el agotamiento de las líneas legales de reconocimiento de una ley para el bien común, que desembocan en crímenes aleatorios y sin un móvil claro.

El hombre de Montserrat es un ejemplo de estos relatos neopoliciales centroamericanos en los que la impunidad y la corrupción minaron los cimientos de los organismos de vigilancia y control estatales. Además, es una obra que se encarga de denunciar la violencia oblicua presente en las sociedades regionales centroamericanas desde el último tercio del siglo XX hasta nuestros días. Esta novela “perfectamente podría entrar en la subcategoría de novela policiaca, pero también se podría decir que se trata de una novela de aventuras. Aventuras de pobrecitos ciudadanos de pobrecitos países sub-desarrollados” (Galich: 2005). Para los fines del presente trabajo, sólo se toman los rasgos que la emparentan con la narrativa neopolicial centroamericana, aunque dicha clasificación también es compleja por las aristas que representa.

La línea que se aborda en la narrativa neopolicial es la del uso de la novela negra y de la escuela norteamericana dura (*hard boil*) como una forma del subgénero capaz de proponer

una lectura general de las condiciones sociales para gestar una denuncia sin filiaciones partidarias. Para Ricardo Piglia “las novelas de la serie negra es el de las relaciones capitalistas [...] deben ser leídas, pienso, ante todo como síntomas. Relatos llenos de contradicciones, ambiguos, que a menudo fluctúan entre el cinismo [...] y el moralismo” (2001: 62); por ello, la investigación sobre la identidad del cuerpo que el teniente García encuentra en el lote baldío evidenciará nuevos crímenes en torno al original. De esta manera, la novela negra centroamericana puede ser uno de los géneros predilectos para la enunciación de la violencia social en *la cintura de América*.

3.2. La representación del espacio en las novelas de Dante Liano

Los espacios que Dante Liano describe en cada una de sus novelas son fragmentos de ese modelo de la realidad que el autor considera pueden ser útiles para el relato, y, para incorporarlos a él, apela a una construcción lingüística subjetiva que está determinada por los referentes individuales y colectivos de pertenencia. Esa representación de la materialidad geográfica (Nehe, 2017), en la literatura, tiene dos elementos definitorios: el primero, la construcción de un espacio en el que se puedan desarrollar las acciones que los personajes realicen, y, el segundo, está definido por la valoración ideológicamente orientada que resta neutralidad a la referencia geográfica para convertirla en un elemento que garantice la ilusión de realidad.

El modelo de realidad creado por el autor se basa en sus investigaciones y en sus recuerdos sobre el espacio guatemalteco, pero, debido a que en la literatura no se busca la construcción “real” de los objetos sino la creación de verosimilitud a partir de la reconstrucción artística, cuyas piezas lingüísticas nos permitan aprehender el referente y asociarlo intersubjetivamente, no se buscará en el relato el apego a la materialidad geográfica descrita sino a su verosimilitud. Luz Aurora Pimentel cuestiona la *ilusión mimética* con la que por mucho tiempo se consideró a la lengua como herramienta reproductora de la realidad:

“una descripción no vuelve a ‘presentar’ al objeto, ni siquiera como una ‘copia’: no el objeto, entonces, sino la idea del objeto, su significación” (2001: 110). Ese cuestionamiento refuerza la idea en la que la realidad es irreproducible, por lo tanto, sólo la ilusión de realidad será capturada en los textos. De alguna manera, esta idea se contrapone con la idea de Federico Álvarez, quien señala a la literatura como un reflejo complejo de la realidad,²² pero permite reflexionar en torno a la verosimilitud de la representación del tiempo y el espacio en la narrativa, dado que además interviene otro factor, el de la percepción de la materialidad a través de los sentidos y las filiaciones ideológicas que les otorga el receptor de ella.

La percepción de la materialidad geográfica se encuentra mediada por discursos ideológicos que le imprimen cierta especificidad: “las categorías y los discursos espaciales son elementos en la lucha por o contra la hegemonía, al mismo tiempo que constituyen importantes vehículos para la perpetuación de un determinado orden político y social” (Nehe, 2017: 21). Las descripciones del modelo de la materialidad geográfica fincan su referencialidad en la percepción del autor, quien, a su vez, es producto del pensamiento social. Por ello, la descripción de un mismo espacio puede tener valoraciones diversas e, incluso, opuestas en dos novelas distintas del mismo autor, con lo que se muestra la violencia ejercida sobre la interpretación. Dante Liano asigna criterios de valor a los espacios en los que se desarrolla el relato a partir del argumento y de la pertenencia de los grupos sociales de los personajes que interactúan en él.

Las novelas que se abordan en este trabajo están ambientadas en la capital de Guatemala, en la selva montañosa y en la costa guatemalteca. Mientras la ciudad y la selva tienen valoraciones ambivalentes que les confieren características materiales disímiles en función del descriptor, la costa permanece como el lugar en el que los hombres y mujeres prueban su resistencia, ya sea como inmigrantes europeos que pisan por vez primera la tierra

²² Ver las citas de Federico Álvarez (1996) en la Introducción de este trabajo.

americana y que deben sobrevivir a un nuevo clima, o como el lugar del trabajo esclavo o semiesclavo al que son trasladados indígenas de diferentes partes del país.

El espacio mismo es violentado cuando se le confiere mayor valor a los lugares que intentan emular la modernidad, ya sea por los servicios que ofrecen a sus habitantes o porque les proporcionan el anonimato suficiente como para pasar inadvertidos ante la persecución; ello desde la perspectiva de los mestizos en *El hombre de Montserrat* o en *Hijo de casa*. En *El misterio de San Andrés*, Roberto Cosenza, pese a su filiación mestiza, prefiere un lugar intermedio que le permita conservar su identidad y su memoria, esa es la razón que lo conduce a buscar asiduamente los caminos a su pueblo.

En la tensión existente en la oposición campo-ciudad, la ciudad ha sido representada como el centro neurálgico de los poderes hegemónicos porque así se constituyeron las ciudades latinoamericanas; por ejemplo, los finqueros, cuyo poder económico se origina en el campo, se asocian y conservan el poder político a partir de las relaciones comerciales establecidas en la vida cotidiana que se desarrolla en la ciudad de Guatemala. De esa manera, la ciudad de Guatemala, desde la que se dirigen sus negocios, puede ser descrita maniqueamente como el lugar de gestación del mal o el lugar del progreso. Es decir, al espacio se le ha conferido una valoración que depende de la posición ideológica de quien sin neutralidad lo incorpora al relato. Contar y analizar el espejismo maniqueo de la oposición campo-ciudad es asignarle un valor al espacio.

Liano aún conserva latente esa distinción aprendida durante su vida en Guatemala, aunque también confronta la imagen de la ciudad guatemalteca con la de la ciudad europea en *El hijo de casa*. La ciudad de Guatemala, en el periodo de posguerra, será el espacio receptor de diferentes migraciones, en él convivirán distintos grupos sociales; mientras que el campo comenzará a transformarse: “Al campo es al que le toca irse convirtiendo en una realidad cada vez más espectral como resultado de la urbanización acelerada, la migración masiva [...] Lo

urbano por su parte se manifiesta con apremiante urgencia, como la dura realidad inexplorada” (Baldovinos, 2016:218). La transformación de la composición social de la Ciudad de Guatemala tendrá un impacto en la manera en la que el autor concibe el espacio. Esas migraciones, en las que la convivencia de diferentes grupos étnicos en un mismo lugar, tienden a enfrentar a los sujetos cuando las sociedades intolerantes ante las diferencias culturales en las que la violencia se ha convertido en la mediación de las relaciones humanas.

El espacio en el que se desarrollan las acciones de los personajes en las cuatro novelas puede ser motivo de discusión, debido a que el autor lo incorpora al relato como un elemento cargado de significados, valoraciones y posturas ideológicas. *El misterio de San Andrés* y *El hombre de Montserrat* serán las obras sobre las que se profundizará, debido a las posibilidades que ofrece la contraposición entre los dos polos de tensión referidos, el espacio rural y el urbano, en estos casos, la selva montañosa o la costa, y la ciudad. Dicha contraposición acentúa la percepción de los fenómenos violentos que les suceden a los personajes en diferentes pasajes de los relatos.

Por ejemplo, la manera en la que se muestra el paso del tiempo en *El misterio* es a través de las descripciones del desplazamiento de los personajes en el espacio: “El sendero. El fin del sendero. El campo de juego. Una casa. Otra casa. Y otra. Y otra. No son cosas sino el tiempo que se tardan en llegar a la puerta de la casa” (Liano, 1996: 24). La descripción del camino de Benito Xocop ofrece una imagen cinematográfica del trayecto de la montaña selvática hacia su pueblo, es decir, a través del espacio y, por lo tanto, del tiempo transcurrido. Todas las descripciones son tiempo en el espacio, incluso aquellas que sólo mencionan objetos: “Dos octavos vacíos de aguardiente se quedaron tirados en el bosque” (Liano, 1996: 24), de ahí la trascendencia de incorporarlas en la discusión de su percepción para la representación de la violencia.

En esta novelas, el autor evidencia la diferencia espacial que determina el lugar de pertenencia de cierto arquetipo, esa puede ser la razón por la cual confina a los personajes en un espacio que socialmente, en Guatemala, ya se les ha asignado: los indígenas pertenecen a ese lugar alejado de lo moderno y “civilizado”, mientras lo mestizo, cuya movilidad es más pronunciada y libre, muestra la diversidad geográfica que puede ocupar.

3.2.1. Ciudad como espacio predilecto para la narrativa neopolicial, frente a la presencia de la selva como pesadilla-muerte y caos

El hombre de Montserrat es una novela que remite a los lectores a la narrativa policial centroamericana de posguerra, también conocida con la caracterización de lo neopolicial centroamericano. Este género relata el crimen inscrito en una sociedad que ha normalizado la violencia, además de destacar la impunidad de los culpables, quienes forman parte del sistema opresor que mantiene la cultura del terror,²³ tal como se explicará detalladamente más adelante. La descripción que realiza de los espacios, personajes y de las acciones son representaciones cuya ficcionalización asalta la realidad porque es capaz de aproximarnos a un suceso que pudo haber ocurrido pero se silenció. La representación que hace de los personajes y de los espacios tiende a ser una muestra de la violencia regional que se incrustó en la cultura de todo el pueblo guatemalteco y el autor se sirve del empleo de sociolectos y recorridos espaciales para generar la sensación de veracidad.

Una de las colonias periféricas de la Ciudad de Guatemala se convierte en el escenario de uno más de los múltiples crímenes del país. *El hombre de Montserrat* es una novela ambientada en la ciudad y en la selva guatemaltecas durante la década de los años ochenta, algunos de los acontecimientos que se relatan podrían apuntar a una datación cercana al golpe de estado de la Junta militar comandada por Ríos Montt, así que es probable que el autor la haya situado entre el gobierno del general Romeo Lucas García (1978-1982) y el del general

²³ En el apartado 3.2. se analizan las características del género y su vínculo con la novela *El hombre de Montserrat* de Dante Liano.

José Efraín Ríos Montt (1982-1983). Para la ubicación temporal del relato narrado se seguirá una serie de acontecimientos descritos en la novela y su correlato en los acontecimientos reales, por ejemplo, la descripción del trabajo de espionaje por parte de asesores extranjeros (norteamericanos y argentinos), formas de control represivo de los grupos insurgentes en la ciudad y la manera en la que actuaban las fuerzas represivas al localizar las casas de seguridad, y la campaña represiva general y selectiva que se realizó en la selva guatemalteca para controlar y minar el apoyo a los grupos insurgentes. Aunque, como bien señala Tatiana Lobo: “La ficción literaria se apropia del tiempo, lo vuelve al revés y al derecho, lo amalgama, lo condensa, y lo dispara en todos los sentidos” (235), por ello es pertinente afirmar que, si bien es probable encontrar algunos guiños a datos históricos consignados por la historia oficial o por los testimonios que poco a poco han salido a la luz, datos históricos duros en *El hombre de Montserrat* están ausentes. Al diluir y hacer vagos los límites temporales se evidencia la permanencia de las prácticas violentas, sin importar el gobierno de referencia.

El escenario inicial de la novela es semejante al de otros relatos de corte policial o de la novela negra: el descubrimiento de un crimen en el primer momento de la línea argumental y un sujeto que desea esclarecerlo; no obstante, esta estructura, semejante a dicho subgénero, presenta una serie de fracturas que lo trastocan y lo reconfiguran para responder al contexto de producción en el que la obra se gesta, transformando el discurso en una variante: la novela neopolicial centroamericana.

El personaje central de esta obra es el teniente García, militar que trabaja en los servicios de inteligencia guatemaltecos y que formará parte de las campañas represivas del estado en la selva guatemalteca. Este sujeto es un victimario, un perpetrador de crímenes genocidas, pero será él quien revele los mecanismos de corrupción e impunidad en la obra. Así que, en esta novela, el papel de quien encarna al detective y sigue las pesquisas de un

crimen será ocupado por un personaje cuyo carácter antiheroico lo aleja de las formas tradicionales del subgénero policial y lo aproxima al neopolicial para hacer una denuncia de las condiciones imperantes en Guatemala durante ese periodo.

Un narrador omnisciente presenta desde el primer momento de la novela al teniente García como un hombre al que las duras condiciones de la vida militar lo habían moldeado, pero inmediatamente muestra al personaje como un sujeto mundano al proporcionar una imagen devaluada del sujeto:

Carlos García era un militar, y, lo que es más importante, lo parecía. Era alto y bien plantado, con treinta y cinco años bien vividos en los cuarteles, lo que a la reciedumbre natural añadía un vigor proveniente de las marchas forzadas, castigos, pateadas y, sobre todo, las buenas comidas que en su casa se las hubiera soñado. Moreno cobrizo, con pelo negro lacio encepillado y muy corto, se parecía algo a Tecún Umán²⁴ de la Aurora, si no fuera por lo cachetón y por la panza que las abundantes cervezas le habían regalado. Aún vestido de civil, como ahora, por los modales bruscos y el vozarrón del que está acostumbrado mucho a mandar y poco a obedecer, no podía ser más que un militar (Liano, 2005: 17).

Inmediatamente después de confirmar que el cuerpo tirado en un baldío tiene múltiples disparos, aunque sólo uno le había ocasionado su deceso, un grupo de hombres descende de una camioneta y le apuntan al teniente García con una ametralladora. Él no se atemoriza e inmediatamente identifica que los sujetos están de servicio regular, porque su vehículo tiene placas que evitan su anonimato. Esta observación es una muestra de uno de los rasgos de la violencia cotidiana, normalizada, ejercida verticalmente por los cuerpos de seguridad que se cobijan tras el manto de la impunidad en la ciudad de Guatemala. Muchos de los vehículos de los cuerpos armados no portan placas ni datos visibles que permitan identificarlos como miembros de alguna de los cuerpos policiales o del ejército, ello conduce a sembrar en la mente de la población la semilla de la imposibilidad de la denuncia de

²⁴ Tecún Umán fue un guerrero y el último mandatario k'iché. Fue declarado oficialmente héroe nacional en 1960. El escultor Roberto González Goyri erigió un Tecún Umán de 6.5 m en la finca La Aurora.

cualquier acto perpetrado por hombres armados a bordo de los vehículos sin identidad. De esta manera, el anonimato en el que se ocultan los perpetradores les confiere impunidad.

En la novela, quienes se bajan del vehículo e increpan al teniente sobre su vínculo con el muerto también son descritos de manera despectiva, restándoles toda autoridad moral y sumándoles la presencia violenta de la intimidación: “ostentosos, la panza les desbordaba el cincho y les abría las camisas cuadriculadas, entre botón y botón. Nalgones, bigotudos y chichudos, apoyaban las ametralladoras en los bofes que les rebalsaban sobre los duros huesos de mestizo” (Liano, 2005: 17).

En la primera parte de la novela, el teniente García trabaja en el cuartel militar ubicado en la Zona 1 de la ciudad, analiza datos para localizar casas de seguridad de la guerrilla a partir de los análisis del consumo de energía eléctrica y de agua. Comparte oficina con un asesor norteamericano, dato que sabemos por la descripción de costumbres, la lengua con la que se comunican en los diálogos, pese a la manera generalizada de un otro con la que se refiere a él en ese primer momento: “El extranjero” (Liano, 2005:19).

El trabajo conjunto entre el militar guatemalteco y el asesor estadounidense es tratado de manera natural, sin sobresalto por parte del narrador o de los personajes. Si bien se manifiesta cierta incomodidad por las costumbres de un sujeto que pertenece a otra cultura y que minimiza a sus colaboradores y a los guatemaltecos en general, se ha acostumbrado a una convivencia seca y fría entre ellos. A los personajes que representan a la Inteligencia guatemalteca les parece normal la cooperación entre corporaciones internacionales que los equiparaban con la potencia del norte, pero el narrador los describe con cierto dejo de desprecio.

El trabajo de la *Central Intelligence Agency* (CIA) y de los asesores norteamericanos ha quedado evidenciado en diferentes documentos, incluso en aquellos que los vinculan directamente con la planeación estratégica de políticas para la formación de políticas y

acciones contrainsurgentes. Para los primeros años de la década del ochenta ya era factible percibir cambios en la estrategia represiva y de combate haciéndola cada vez más agresiva, con un trabajo de los cuerpos de inteligencia más arduo y meticuloso, mismo que los llevaba a asestar golpes certeros para minar las fuerzas y el apoyo que los diferentes grupos políticos y armados de izquierda habían consolidado.

Desde el primer momento del relato, el teniente manifiesta cierta curiosidad por el cuerpo muerto, por el hombre descubierto en la colonia Montserrat, más aún cuando tiene la sensación de haberlo conocido en algún lugar al que su memoria le niega el ingreso. Su obsesión lo conduce a revisar las listas de los muertos recientes a las que tiene acceso por su labor en inteligencia, pero el crimen nunca será registrado, motivo por el cual la obsesión se acrecienta y lo envuelve en una trama detectivesca que lo conducirá, como castigo impuesto por un alto mando militar, a un largo periodo en la selva para combatir a los insurgentes. Las acciones emprendidas por el teniente en esa zona pueden aludir a las campañas contrainsurgentes que intentaban acabar con el apoyo popular conseguido por algunos frentes guerrilleros en la selva y la ciudad, particularmente las emprendidas durante los gobiernos de los generales Lucas García y Ríos Montt.

Paul Kobrak (2003), investigador en derechos humanos, afirma que en un primer momento, durante el gobierno de Lucas García, el trabajo de inteligencia aún no alcanzaba un nivel que le permitiera responder a la presencia de la guerrilla en las zonas indígenas por la falta de trabajo directo con la población, así que se optó por una solución represiva de corte militar en la que se perseguía y torturaba a los campesinos de la selva para extraerles información (Kobrak, 2003:70). Pero los cuerpos de inteligencia, quienes se habían infiltrado o quienes trabajaban de manera coordinada con los gobiernos guatemaltecos desde antes de la renuncia forzada de Árbenz en el año 1954, aplicaron nuevas formas de espionaje entre la población para extraer información y dar golpes efectivos a la insurgencia y a sus bases de

apoyo (tanto en la selva como en la ciudad); por ejemplo, la formación de planes nacionales que detallaban acciones represivas militares como Fuerza de tarea que, en 1981, se desplegaba en el altiplano guatemalteco y que asestó golpes contundentes a la insurgencia (Ver Drouin: 30).

En esta novela, la selva se convierte en el infierno que deben sufrir los militares en formación o aquellos que cometieron algún error ante los ojos de sus superiores. Mientras la ciudad de Guatemala es el lugar del hartazgo y la monotonía, y la colonia en la que vive el teniente García es el equivalente a la mediocridad, la selva se convierte en un infierno que debe enfrentar y sobrevivir para proteger a su familia.

La selva es el pago que el teniente García tuvo que entregar al ejército por permitirle salvar la vida de Tono, su cuñado; dicho lugar aparece en el texto como un castigo que violenta todos los ciclos vitales de los sujetos y los deshumaniza a partir de una automatización de las acciones. En la selva los sueños desaparecen porque “de esa vigilia desesperada dependía su vida” (Liano, 2005: 119). Aunque no es la primera vez que el personaje se encuentra en la selva, a él, como a muchos otros, lo entrenaron en la selva y lo formaron en la lucha contrainsurgente en un curso de Rangers en Panamá (Liano, 2005: 119). Es evidente la denuncia que el autor hace sobre el entrenamiento kaibil, y sobre el aprendizaje de las teorías y prácticas enseñadas a los militares de diferentes países en la Escuela de las Américas en Panamá. El férreo adiestramiento animaliza y despoja de todo rastro de dignidad humana a quienes toman el curso, esos tratos infamantes los convierten en despiadados combatientes de la insurgencia, preparados para enfrentar las adversidades de cualquier terreno y sobrevivir a las necesidades humanas más apremiantes.²⁵

El sueño, el hambre, el cansancio, todo forma parte del mismo infierno al que los soldados que se encuentran combatiendo en la selva deberán enfrentarse para regresar

²⁵ Véase Manolo Vela, *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*. México: El Colegio de México, 2014.

triunfantes a la ciudad, en el mejor de los casos, y poder ocupar alguno de los puestos a los que se hacen acreedores después de resistir la mirada de la muerte. Es ese entrenamiento el que los convierte en victimarios implacables de la insurgencia, de las bases de apoyo, de los sueños del teniente García, de la humanidad: “Pero una vez que pasó la Politécnica y la Escuela de Panamá, instalado en su oficina se le olvidó todo y roncaba como un toro toda la noche, hasta que al día siguiente se levantaba puteando como cualquier civil” (Liano, 2005: 120).

Dante Liano enuncia con claridad las condiciones extremas a las que son llevados los soldados que combaten a la guerrilla en la selva y, sin hacer un panfleto, les devuelve su carácter humano sin exonerarlos por su actuación como victimarios y perpetradores de las masacres cometidas. En *El hombre de Montserrat* sólo se narra escuetamente y sin efectismo una masacre contra una población desarmada, una emboscada de la guerrilla y la aniquilación de la vida entera como resultado de los productos químicos (napalm) que los militares arrojaban desde helicópteros. La deshumanización del entrenamiento los convierte en “Máquinas de obedecer” (Liano, 2005:121), aunque el autor se encarga de mostrar que la vida en la selva es una pesadilla alejada de lo que se vive en la ciudad, es la violencia vertical descarnada y directa:

“Lo voy a mandar a la selva”, le había dicho el General. Pensó que se iba a joder, pero no se imaginó cuánto. Porque no era sólo la selva, sino también la guerra. Lo que pasaba en la ciudad era juguete, comparado con eso. Juguete, porque lo hacían otros. La selva era el puro frente. Enfrentarse con los guerrilleros. Seguirlos.

Perseguirlos y matarlos (Liano, 2005: 124).

El General le hace saber a García que la única responsabilidad que tiene es hacia el ejército y le anuncia que esa guerra tendrá una duración que supera a aquellos que se encuentran en los altos mandos, por eso los militares jóvenes deberán tener claras sus

lealtades: “No se va a acabar ni hoy ni mañana ni pasado, porque guerrilleros va a haber siempre, y mientras no nos jodan, ahí vamos a estar echando reata.” (Liano, 2005: 125). Pero es evidente que volver a la selva lo convierte en un fracasado que retrocede en una carrera militar que ya lo había alejado del frente de batalla para colocarlo en los servicios de inteligencia, ahí donde sólo aparecían nombres despojados de rostro, nombres sin sangre, nombres de sujetos que sólo tenían una historia de vida ligada a la subversión.

En el Capítulo V, la prolepsis anuncia el miedo del teniente ante el futuro retorno a la ciudad: “Por muchos años, ya de regreso en la ciudad, se iba a despertar agitado, temblando, en medio de la noche, luego de una pesadilla mortal, en donde de repente los guerrilleros lo bañaban a balazos” (Liano, 2005: 128). El miedo que García siente se debe a las historias que ha escuchado de otros que permanecían en la pesadilla represiva vivida en la selva, pese a haber regresado a la ciudad. Los soldados que retornaban a la vida civil o al trabajo en la ciudad tenían conflictos para adaptarse: “En el ejército, los reclutas fueron entrenados para horrorizar y matar, y perdieron el respeto para sus semejantes y para sí mismos. Al salir del cuartel, muchos ex soldados no pudieron reintegrarse a sus comunidades” (Kobrak: 75).

En ese mismo capítulo denuncia una masacre cometida en “una aldeíta” a la que sus informantes habían marcado como sospechosa de colaborar con la guerrilla o de tener entre su gente a los insurrectos. El empleo del diminutivo “aldeíta” también distingue la desproporción del crimen contra la población desarmada, cuya sumisión obligada por el terror los condujo a la desaparición pretendida por los planes estatales en un intento por acabar con los subversivos.

Las descripciones de la masacre tienen muchas coincidencias con los métodos de tortura y asesinato sistematizados por el ejército guatemalteco y que fueron registrados en los diferentes testimonios, recuperados posteriormente en documentos de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) creada en 1993. En la novela, el narrador reconoce que las

formas se habían practicado casi de manera automática por los perpetradores: “García apenas daba órdenes. El ritual era el mismo y los soldados ya estaban habituados” (Liano, 2005: 129).

La violencia con la que los soldados, kaibiles, llevan a cabo la masacre es banalizada²⁶ y tratada como un oficio más: “matar gente cansa. Al principio tenía la diversión de lo nuevo; luego, repitiéndolo, cansaba como todo oficio. Para los soldados, matar indios se había vuelto una tarea tan fastidiosa como cualquier otra del servicio militar” (Liano, 2005: 131). El perpetrador se muestra ante los ojos del lector como un hombre ordinario, un sujeto que forma parte de la burocracia impartidora de la muerte. Los soldados se refieren a los indígenas de manera despectiva, los convierten en objetos de la muerte, los deshumanizan y despersonalizan.

Para que este perpetrador sea capaz de eliminar al otro de una manera brutalmente mecánica, es necesario que antes haya recibido su propia dosis de anulación.²⁷ La anulación de la voluntad impuesta sobre la mente y el cuerpo de los reclutas durante el entrenamiento, los anestesia y transforma en máquinas de muerte. Ellos fueron anulados como sujetos y anulan la posibilidad de encontrar a un enemigo-sujeto, por eso convierten a los indígenas en objetos, en enemigos sin personalidad ni historia, y un ser humano sin historia y sin identidad es sólo un objeto reproducido hasta la saciedad. La misma acción sobre un objeto. La repetición del interrogatorio. La repetición de la tortura. La repetición del asesinato. La repetición de los gritos o de los silencios antes de la muerte. Toda repetición cansa y anestesia toda voluntad humana.

El tono con el que el autor realiza las descripciones de la selva es triste y agobiante, se mencionan en repetidas ocasiones la falta de sueño, el cansancio y las acciones automáticas

²⁶ Para la concepción de la banalidad del mal, véase Hanna Arendt. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. 4ª ed., Carlos Ribalta (trad.). Barcelona: Lumen, 2003.

²⁷ Sobre los sujetos vaciados de conciencia y personalidad en los campos de concentración nazi, ver Giorgio Agamben, *Homo sacer. EL poder soberano y la nuda vida I*. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-textos, 2006.

de los soldados; además, se establecen símiles entre el paisaje y cada hecho violento que ocurre en la selva:

Hacia las seis de la mañana, lo despertó la tristeza. Pasó, sin transición, del sueño a la vigilia. De repente, estaba con los ojos abiertos. Cuando amanece, en la selva, se hace un gran silencio expectante. Con la luz, se termina el griterío de la noche y los que van despertando todavía no se animan a hacer ruido. [...] García percibió la luz. <<Está amaneciendo>>, pensó. <<Está amaneciendo y no me voy a poder dormir>> (Liano, 2005: 126).

La masacre de una última “aldeíta” y el napalm anuncian el retorno de García a la ciudad de Guatemala. Después de esa noticia, y con el cansancio de la batalla a cuestas, el narrador da paso natural al sueño, sin violencia y de manera fluida: “Cerró los ojos y las visiones que comenzaron a aparecerse le confirmaron que se iba a quedar dormido” (Liano, 2005: 138).

La narración de la violencia vertical, la ejercida por las instancias estatales hacia los ciudadanos, se cierra en el “Epílogo” de la novela, cuando el teniente García por fin consigue obtener una casa en la colonia Militar. Regresa del lugar del castigo, de agotadora selva en la que la repetición de su actividad como asesino le hizo recobrar su lugar en Centro de computación: “siguió clasificando datos, facturas, artículos periodísticos, contratos de alquiler, movimientos sospechosos” (Liano, 2005: 146).

Sin embargo, mientras permaneció en la selva, algo había cambiado: “Ya no encontré a los asesores argentinos,²⁸ que después de la revocada que les dieron los ingleses, se habían regresado a su país. Ahora los estaban procesando” (*idem.*). Esta alusión a la Guerra de las Malvinas (1982), nos permite datar los acontecimientos; aunque al evitar la colocación de

²⁸ “Aun cuando los guerrilleros urbanos intentaron mantenerse clandestinos y establecer casas de seguridad, las fuerzas del gobierno emplearon técnicas adoptadas de los gobiernos de Israel y Argentina para destruirlas”, en Patrick Ball, Paul Kobrak y Herbert Spiner. *Violencia institucional en Guatemala, 1960 a 1996: Una reflexión cuantitativa*. Nueva York: American Association for the Advancement of Science-Centro Internacional para Investigaciones en Derechos Humanos, 1999. p. 29.

fechas también deja abierta a la interpretación la posibilidad de la replicación de la violencia en varios países latinoamericanos, y la colaboración que existía entre los militares en el poder.

La violencia explícita de la masacre descrita en el espacio selvático, sólo es abordada en un capítulo de la novela, y con ella se muestra la manera en la que los perpetradores del genocidio se convirtieron en un sector de la burocracia, cuya rutina era repetir incuestionablemente las acciones. Ellos ya no eran los mismos, aunque supusieran el retorno a la normalidad de la violencia oblicua, siempre llevarían consigo el espacio de la muerte en la memoria.

3.2.2. El espacio en *El misterio de San Andrés*

Al igual que *El hombre de Montserrat*, *El misterio* es una novela en la que cada uno de los espacios descritos posee una carga ideológica en función del punto de enunciación al que se afilia el narrador. La contraposición entre los espacios con pretensiones modernas y aquellos con la selva montañosa suponen una construcción que recrea los escenarios con los que se asocia a dos de los grupos mayoritarios en Guatemala: los ladinos y los indígenas. Esta novela, dividida en tres partes, se encuentra ambientada en tres zonas geográficas de Guatemala: los pueblos ficticiales llamados Santa Ana y San Andrés, una finca de la costa y en la ciudad de Guatemala a la que, en todo momento, llama capital, como si únicamente su carácter administrativo le otorgara un lugar entre las megalópolis del mundo.

El autor asocia los lugares con un tipo de habitante específico, de tal suerte que la montaña es ocupada por los indígenas, la ciudad por los ladinos y en la costa confluyen ambos, aunque cada uno se desempeñe en actividades distintas. La carga ideológica que esos espacios tienen es cuestionada por los personajes principales: Benito y Roberto, quienes sienten un profundo arraigo por el lugar en el que nacieron, pese a las historias tristes vividas en ellos.

La primera parte de la novela aborda la niñez y la adolescencia de los personajes que representan a los grupos poblacionales mayoritarios en Guatemala: indígenas y ladinos. De manera paralela, cada capítulo presenta los espacios en los que se desenvuelven. El capítulo con el que abre la novela muestra el rito iniciático que incorpora a Benito Xocop a la comunidad de ancianos de su pueblo. La mirada del lector se enfrenta rápidamente a la neblina, a los caminos escarpados y al reconocimiento de los recovecos de la montaña.

Benito despierta al mundo en comunión con la naturaleza, reconoce a la montaña como parte de la comunidad, como parte de sí mismo, como su protectora ancestral. El pueblo de Benito tiene una visión panteísta de su ser y estar en el mundo, eso los convierte en habitantes del espacio y en el espacio mismo. Lo son todo. La montaña es su madre, su protectora. Es en la montaña donde se encuentran los albergues de las entidades sagradas, sus protectoras. Ellos son la tierra y a ella se deben. Pero Benito es sólo un niño que debe poner atención a las palabras de los ancianos-maestros, a las palabras de los elementos de la montaña, e ignorar “el estómago vacío y adolorido” (Liano, 1996: 16).

Benito debe guardar cada enseñanza en su memoria: “—Tiene que aprender para que no se pierdan las enseñanzas. / —Tenés que repetir y repetir y repetir” (Liano, 1996: 16), ese aprendizaje le permitirá conducir a su pueblo a través de los senderos de la montaña para escapar a la masacre vengativa de los ladinos. El fin utilitario de los conocimientos que Benito aprende a partir de aquella noche no sólo le brindan la posibilidad de reconocer las plantas curativas y aquellas que le permitirán sobrevivir, además, lo convierten en guardián y líder de una comunidad, cuyo integrante mayor es la montaña.

Para describir los senderos de la montaña y conferirle cierto animismo, el autor emplea la prosopopeya y el símil: “La oración ha terminado. [...] Da miedo en la noche oír los lamentos largos y quejumbrosos, como que si el aire se pusiera a sufrir tendido entre los árboles” (Liano, 2006: 14). El grupo de ancianos que conducen el ritual iniciático de Benito

debe pedir permiso a la montaña y se dirigen al *Santo Monte* para no asaltarlo: “Vamos a pedir permiso a nuestro padre, nuestra madre, al Santo Monte, para que podás comenzar a aprender tus trabajos, para que podás comenzar tu oficio” (Liano, 2006: 15). Ese ritual es iluminado por los astros nocturnos y sólo cuando llegan a visitar a una enferma se iluminan con las tímidas candelas de los pobres.

Los fragmentos que corresponden a la historia de Roberto están narrados en primera persona del singular y, por ello, filtran de una manera distinta las descripciones de las acciones de este narrador personaje en el espacio que ocupa. Mientras Benito es parte de una comunidad que se considera una unidad con la naturaleza, Roberto sabe que pertenece a entornos más pequeños, familiares. Las lealtades identitarias de Roberto se centran en intentar pertenecer a *lo guatemalteco*, sea lo que ello signifique, frente a la extranjería de su padre. El tipo de narrador para cada una de las historias de los personajes se encuentra comprometido por las filiaciones del autor, pero tendrá un efecto en el tipo de descripciones que se realicen.

El narrador en primera persona se identifica con el universo ladino, es a través de la mirada de Roberto Cosenza que conocemos su mundo. Pero la cosmovisión indígena sólo es descrita en tercera persona, cuya finalidad es brindar una interpretación de lo que piensa el personaje. Ese narrador permite que los lectores entiendan que el autor no sabe cómo piensa el otro, y le da una señal al lector para que no interprete a ese otro como la voz, la psique y la moral de quien no es. Esa voz es autónoma. La estructura narrativa de la novela implica un enfrentamiento de las dos figuras y de sus espacios.

El espacio de Benito es el mundo y él mismo, el espacio de Roberto comienza en el interior de su cuerpo y abarca lo que sus ojos puedan describir. Este es uno de los factores por los que el relato de Roberto parece más cotidiano, porque enuncia los acontecimientos que le pueden ocurrir a cualquiera desde su mirada íntima; el relato de Benito cobra sentido como

representación de un pueblo y de su cosmovisión en un momento de la historia de Guatemala, aunque pueda tomarse como un arquetipo en sí.

Roberto habita en un espacio intermedio entre la ciudad y la montaña. Hijo de un inmigrante italiano que trabaja en la construcción de los puentes que constantemente son derruidos por las crecidas de los ríos, su infancia está protegida por la familia a la que pertenece y por el grupo social al que se le asocia en función de su fenotipo: hijo de inmigrante y guatemalteca, él es un mestizo cuyas oportunidades sólo dependen de su esfuerzo y de las conexiones que emanen de sus relaciones con otros mestizos.

Si bien la casa de la infancia de los Cosenza carece de las comodidades modernas, su padre tiene presente que las amistades y el trabajo le permitirán a su hijo salir del marasmo que representa ser, como él, un trabajador de la construcción que se atiene a las inclemencias del tiempo y a los trabajos malhechos de otros para obtener su jornal: “Don José Cosenza, mi padre, no creía en la escuela, no creía en el estado, no creía en los curas, pero creía en la amistad” (Liano, 1996:113). Roberto tendrá su primer empleo gracias a don Gúmer, amigo de su padre y tenedor de libros en un ingenio. Ese será el lugar en el que se le despierta la conciencia sobre la diferencia entre la ganancia del patrón y de los jornaleros.

Así como el primer capítulo de la novela, el de Benito, inicia con el papel que este desempeñará para su comunidad; el primer capítulo de Roberto evidencia las diferencias entre un infante y otro. Las descripciones de las casas de ambos personajes muestran claras diferencias entre ellos: Roberto puede describir camas, mesas, sillas, comida sobre la mesa y manteles; los espacios interiores de Benito alumbrados por las velas de los pobres y por los fogones tienen papas, algunos trapos y esquinas devoradas por la oscuridad.

Las descripciones del espacio que realiza Roberto son comprensibles para el lector, debido a que el narrador tiene las palabras precisas para hacerlas. Frente a ese uso del lenguaje, se puede observar un tratamiento distinto en las representaciones del espacio en el

que se desenvuelve Benito, como si el narrador lo colocara en el lugar de una discursividad mítico-religiosa cuya construcción, vista desde el mundo moderno, sólo pudiera ser comprendida como poética.

Las descripciones que contribuyen a medir el tiempo, en el caso de Benito, se vinculan a los espacios abiertos, a los senderos del monte; pero el tiempo de Roberto se mide por las comidas y los días de descanso: “Comer panqueques era domingo, sol, fiesta, haraganería. Comer panqueques era no tener que ir a la escuela. Al final me quedaba con la panza embotada y la cabeza algo zurumba, de tanto que había comido. Pero era domingo y se valía” (Liano, 1996:36).

En la vida de Roberto los escenarios cambian constantemente: va a la escuela, a la iglesia, a trabajar en una finca ayudando a llevar los libros, viaja a la ciudad de Guatemala, convive con el maestro o con los amigos en la cantina. Siempre está rodeado de personas y del ruido que ellos generan en su cabeza. Para Benito los escenarios son sólo dos: el espacio en el que habita la comunidad y la finca en la costa. En el recorrido que hizo entre esos dos puntos geográficos tampoco pudo ver los paisajes por los que transitaban, ello debido a que la camioneta en la que viajaban no era apta para el traslado de personas y le habían puesto una lona que les impedía ver hacia afuera. En Benito sólo existen los ruidos naturales de la montaña, lo habitan ellos y las memorias de sus antepasados. Él es legión y comunidad.²⁹

Los caminos que circundan la ficcional Santa Ana son carreteras que conducen a algún poblado que sí existe en la geografía guatemalteca; por ejemplo, cuando Roberto sale de su pueblo para trabajar en el ingenio se va en un camión que transita por los sinuosos caminos hasta la costa y sólo cuando llega a la finca hará referencia a un empedrado que lo

²⁹ En el año 1987, Dante Liano escribió el cuento “Don Benito guía al pueblo en la montaña”, en él narra la manera en la que una comunidad indígena intenta escapar del ejército. Ellos son conducidos por Benito Xocop, quien desde su infancia sabía que sería uno de los principales del pueblo, quien en algún momento debería salvarlos llevándolos a través de los senderos de la montaña. Sin idealizar a los personajes, Liano muestra en esos personajes los relatos de diversos testimoniantes que escapaban hacia el interior de la montaña, tales como las Comunidades en Resistencia, quienes huyeron durante años.

aleja de los caminos bárbaros y naturales: “El camión apareció puntual por la curva que venía de Mazate. [...] Había que ir agarrado, porque así, parados y medio dormidos, con el mal camino que había hasta llegar a la hacienda, corríamos el riesgo de somatar la cara en la plataforma de hierro” (Liano, 1996: 113). El viaje de Benito, aunque también accidentado por las carreteras que van de la montaña a la costa, es distinto al de Roberto. A aquel joven a quien prepararon desde su infancia para ser uno de los principales le cuesta irse lejos del pueblo: “Benito siente la congoja del que abandona la tierra en la que está enterrado su ombligo. Es una tristeza incierta, por los árboles, por los barrancos, por los volcanes, por los pájaros, por la casa. Respira el aire de menta de la madrugada” (Liano, 1996: 167). Los dos personajes cuentan su aventura por la carretera hasta la costa, pero Roberto lo vive como una aventura, mientras Benito lo hace con tristeza.

Mientras los adolescentes crecen y se transforman, el pueblo de Santa Ana y Guatemala, se transforman, el progreso aparece primero con el ferrocarril y después con el cableado para que llegue la luz eléctrica. En voz de los ladinos se reconoce la mano de Ubico como garante de la modernización del país, aunque en realidad sólo incentiven la transformación del país para mantenerlo en las mismas condiciones que les han granjeado riquezas a unos cuantos: “a principios de la década de 1930 aparecen regímenes de fuerza. Estas dictaduras de la depresión tienen como rasgo común, aparte de su conservadurismo enérgico y un arte de gobernar en el que congelar el desarrollo de su país y mantenerlo al margen de las convulsiones del progreso. En 1931, Ubico toma el poder en Guatemala” (Rouquié, 1994:46).

En la novela, la caída de Ubico pareciera estar celebrada por la naturaleza. La tercera parte de la novela comienza con el derrocamiento de quien hasta ese momento se atreven a llamar tirano. Benito se entera de los acontecimientos ocurridos en la capital gracias a una transmisión que escucha en una radio de San Andrés: “—¡Cayó el tirano en la capital! [...] —El

pueblo lo botó –el comerciante estaba fervoroso, ese domingo–. Hubo manifestaciones de los maestros y cayó el dictador”, ante ese acontecimiento, Benito sólo alcanza a responder con su sabiduría ancestral, “de los abuelos, de los padres, la sabiduría del anciano sacerdote, la misma que ahora él representaba, se iba cumpliendo: las potencias de la tierra bien poco duraban” (Liano, 1996:274). Ante el cambio que ha ocurrido desde siempre, la naturaleza responde de la misma forma: “Hablaron de la tranquilidad del domingo, de las nubes blancas que vagaban festivas por el cielo, de los tiempo cambiantes e iguales siempre” (Liano, 1996:274). La descripción de la naturaleza, del tiempo y del pueblo, desde la perspectiva ladina, se convierte en una metáfora de los acontecimientos políticos a la caída de Ubico; mientras para la cosmovisión indígena no es más que la corroboración de lo predestinado.

Mientras se instala la efervescencia como respuesta de los indígenas ante la incertidumbre por los acontecimientos en la capital, Roberto se reinventa a su regreso a Santa Ana. Por recomendación del jefe político se hospeda en la casa de huéspedes de Doña Julita: “Era una casa señorial, como todas las de los ladinos de tierra fría: las habitaciones corrían a lo largo de un corredor en forma de 7, que daba a un patio. En el centro del patio, una fuente de piedra manaba música de agua. Del techo del corredor, y de las columnas, colgaban macetas con colas de quetzal [...] los aromas vegetales y todo daba una impresión de reposo, de descanso, de frescura” (Liano, 1996:268) y ahí lo encontrará la crudeza de los acontecimientos.

La caída de Ubico y el ascenso del Triunvirato tuvieron eco en las cabeceras de los poblados, la gente salía a recibir la Revolución congregada en el centro político y religioso de los pueblos. Como un espectáculo, la Revolución llenó las calles y las vistió de gente de colores “Cerraban el desfile las autoridades: alcalde, jefe político y cura párroco, seguidos por una multitud de señoras y de los indios del pueblo, que habían ido a ver el espectáculo gratuito en Santa Ana” (Liano, 1996: 317). Después de la fiesta vino la tragedia: “Después de

los gritos y las carcajadas, de las ovaciones y los vivas, de la banda y sus músicas, un silencio extraño había caído sobre el pueblo. Sólo se oía el viento que pasaba entre las hojas de los altísimos árboles del parque. [...] Era la noche de Santa Ana, con sus pensamientos y sus sueños” (Liano, 1996: 325). En ese momento irrumpe en la ventosa noche el estruendo de los cascos de un caballo que entra a galope en la Calle Real del pueblo para contar lo sucedido a los ladinos. La ambientación elaborada por los pobladores después de saber la noticia de la caída de Ubico se rompe con el anuncio de la masacre en San Andrés.

La plaza de los pueblos es testigo de los triunfos y las derrotas, es ahí donde algunos ladinos celebraron la Revolución y donde otros decidieron cerrar las ventanas de sus casas para no inmiscuirse en esta nueva transformación política. Pero el incendio de la municipalidad los tomó por sorpresa, como lo hiciera también la multitud indígena que bajó de la montaña al siguiente día. Y, como un anuncio terrible, el narrador señala que la plaza fue tomada: “Como a las cuatro de la tarde, la plaza estaba llena de indios” (Liano, 1996: 328). Como señalara Franz Galich: “Con esta novela Liano inicia el ciclo narrativo de Benito, el indígena impotente asiste a lo que bien podría denominarse la crónica de una masacre anticipada” (2005: 111).

En *El misterio*, la montaña y la ciudad se contraponen, al igual que los relatos del indígena y del ladino. Dicha contraposición es filtrada a través de los criterios racistas occidentales y de las pretensiones de blanqueamiento y modernización ladinos. Las masacres, ladina e indígena, son descritas con valoraciones distintas, exaltando la barbarie indígena y la saña con la que fue asaltado el pueblo ladino, mientras la persecución de los indígenas es vista como una cacería necesaria para que los indios paguen su crimen.

La contraposición y de la distinción de valoraciones de un espacio sobre otro se encuentra ejemplificado en las descripciones de las masacres, desde una óptica en la que la muerte de las dos comunidades es valorada desde la valía que tienen para los pobladores

blancos; por ello, las descripciones de la masacre en San Andrés serán más prolijas y aparentemente más desgarradoras que las ocurridas en el monte; además, sólo las muertes ladinas podrán ser recordadas por los periódicos, cuyas páginas siempre tendrán espacio para hablar de lo ocurrido a los pobladores blancos, nunca a los indígenas. Por un momento, la novela presenta una posición maniquea, pero la humanización de los personajes evita que unos u otros sean los representantes de la exaltación del hombre nuevo. Todos los inmiscuidos en los acontecimientos, incluso Benito, tendrán cierto grado de responsabilidad en los sucesos.

El sueño premonitorio de Benito muestra la masacre acontecida en Santa Ana, y las vívidas descripciones recrean las escenas violentas que provocarían el terror en los pobladores de San Andrés:

A las cinco y media de la tarde, los cadáveres de los ladinos yacían amontonados en sus casas. Ese domingo, Benito había soñado con espanto lo que no se iba a recordar despierto. Abrió los ojos con las imágenes del terror todavía en la cabeza y apenas se dijo que tenía que acordarse, porque el presagio se asentaba en su corazón con dura pesadumbre; apenas se lo dijo, todo se borró de su cabeza (Liano, 2005: 354).

El pueblo fue el escenario de la muerte y las casas que aún conservan la sangre fresca del asesinato de los ladinos a manos de los embravecidos indígenas, son descritas con tal destreza que cobran vida ante los ojos del lector: “A las cinco y media de la tarde, los cadáveres de los ladinos yacían amontonados en sus casas” (Liano, 2005: 354), o

Bajaron todos, Fulgencio y Esteban Jarquín, los jóvenes y los menos jóvenes, con los machetes enceguecidos por el brillo implacable del sol de las tres. [...] Los del pueblo derribaban la puerta del farmacéutico y le cortaban los gritos, a él, a su mujer y a sus hijos, con la furia de los machetes cuyo ruido recordaba curiosamente el corte de la maleza, tal vez el corte abombado de los cocos. *Fuas, fuas*, y los gritos se diluían en la sangre a borbotones. [...] Las manos del señor Eleuterio Domínguez eran cercenadas

por un filaso justo e impío. Los del pueblo gritaban o estaban airadamente silenciosos, los ladinos corrían enloquecidos, aullando del terror (Liano, 2005: 356).

Después, la cárcel es el espacio en el que Benito Xocop espera pacientemente, quien intentó salvar a un pueblo que fue cazado en medio del Santo Monte. De la comunidad indígena sólo se salvó su familia y él habita la cárcel y el monte como un fantasma. Aquel principal que desde el inicio del relato tuviera el destino marcado, sale de la cárcel encanecido y con los huesos viejos: “El anciano lleno de arrugas, acabado, que apenas si se sostenía sobre sus pies, era Benito Xocop. Ahora ya no contrastaba su pelo canoso con el resto del cuerpo. La cárcel se lo había comido” (Laino, 2005: 389).

Roberto Cosenza toma partido del lado de los indígenas después de entrevistar a Benito, y en sus reflexiones enfatiza las diferencias entre esa realidad de fanáticos racistas y los habitantes de la costa, acostumbrados a la migración indígena a las fincas.

A las cuatro de la tarde, cuando terminó de hablar con Benito Xocop, Roberto se dio cuenta de que había vivido toda su vida en un país extranjero. O al revés, de que él nacido en la costa, era un extraño en ese mundo fracturado de ladinos cerrados hasta el fanatismo y de indios a los que nadie conocía ni por sueño. En la costa, los indios eran una masa de extraños que bajaban por temporadas, como las lluvias, como los zancudos, como los esporádicos temblores que reflejaban el susto de los volcanes (Liano, 2005: 373).

Las formas de convivencia establecidas en la costa, el espacio de su infancia, determinan la manera en la que el personaje aprehende la realidad. A Roberto Cosenza las montañas no lo protegen, y tampoco lo hace la ciudad, por eso espera la siguiente ocasión en que pueda regresar a su pueblo; sólo su tierra le da identidad y le permite ocupar un lugar en el mundo.

3.2.3. Espacio en *El hijo de casa*

La mayoría de los espacios descritos en esta novela se encuentran vinculados a los lugares cerrados: la casa en la que ocurrió el crimen, el anfiteatro al que llevaron los cuerpos, la clínica en la que pare la novia del pugilista, la buhardilla en la que se refugian en Europa, por mencionar algunos. Ninguno de los lugares descritos ofrece un refugio verdadero; con ello el lector puede suponer que no hay seguridad alguna:

hoy la violencia se percibe como más generalizada o ‘inevitable’: se cree que la violencia política de antaño afectaba primordialmente a los que estaban ‘metidos en política’ —lo que uno podía evitar—pero que la violencia criminal de hoy amenaza indiscriminadamente a todos los ciudadanos, independientemente de su orientación política, clase social, edad o descendencia étnica (Huhn, et al, 2006: 6).

La ambientación en la que ocurre el crimen y en la que enjuician a los perpetradores genera cierta sensación de sofoco, muestra cómo los personajes son incapaces de escapar a su suerte y, como en un laberinto, terminarán devorados por otros iguales a ellos. De esta manera, la casa en la que ocurre el asesinato del Torreón, denominación dada a este crimen en los periódicos de la época, será una alegoría de la percepción que tiene la población de la ciudad sobre la inseguridad que se vive, incluso en los espacios cerrados que deberían resguardar su integridad.

Las diversas voces narrativas que intervienen en el relato funcionan como las distintas miradas que perciben el espacio. Todas las descripciones realizadas por el doctor Zamora tienden a comparar la ciudad de Guatemala con las ciudades europeas, particularmente con París, el lugar en el que hizo sus estudios. Los primeros párrafos enmarcan la llegada del Dr. a la morgue en la que trabaja, y, en seguida, comienzan los contrastes: “EL zaguán era alto y fresco, sucio y sórdido [...] En París no era así. Resignado, a veces le parecía que haber

estudiado medicina en Francia no fue al fin y al cabo una gran ventaja, sólo para notar las diferencias entre quienes tiran papeles al suelo y quienes no los tiran” (Liano, 2011: 9).

A lo largo de esta obra, las escenas muestran el desenvolvimiento de los personajes en espacios cerrados carentes de elementos vivos: no hay alusiones a plantas, animales o agua. Incluso, cuando el jefe de policía le muestra al doctor la casa en la que se comete el asesinato, reconoce que era el ambiente propicio para aquel desenlace: “la casa está partida en dos, como si fuera un pastel. Para esta gente, el mayor acercamiento a la belleza es la simetría [...] se construyeron una trampa de ratones, y como ratas los mataron” (Liano, 2011: 73).

Otro factor importante para este relato es la descripción del clima y de las variaciones del tiempo atmosférico, que propician la introspección de los personajes y los conducen hacia ciertos recuerdos; el clima y sus variaciones funcionan como elementos detonantes de la memoria de los personajes: “Cuando Erwin sintió caer la nieve por primera vez, pensó en el viento de su infancia” (Liano, 2011:59). Esos detonantes permiten realizar un ejercicio de filiaciones entre los personajes y su asociación sensible; otro ejemplo de ello es el calor ambiental que imperaba en la casa del tendero cuando sucedían los asaltos sexuales a Merci: “Merci dormía con un camisón ligero. La noche era sofocante. Manuel sintió el sudor” (Liano, 2011:62); o las relaciones sexuales entre varones: “Aprendí a gozar de los hombres, acurrucados bajo la noche en los dinteles de las casas grandes, abrazados para pasar el frío, acariciándose para pasar el tiempo, penetrándonos para pasar la vida” (Liano, 2011: 101).

Liano ya había empleado este recurso en las otras novelas: en *El hombre de Montserrat*, el teniente García se siente agobiado por el insoportable calor que le adhiere la camisa a la piel; en *Pequeña historia*, los inmigrantes más débiles sucumben ante las olas de calor y, en *El misterio de San Andrés*, el calor de la costa agota los ánimos de los trabajadores agrícolas. Siempre es un calor asfixiante que impide que los habitantes de los lugares descritos puedan respirar y caminar libremente bajo su cielo.

El hijo de casa también ofrece una percepción de la espacialidad distinta a la de las otras novelas de Liano, debido a que muestra una visión de la ciudad desde el aire. Esta perspectiva proporciona una ilusión de superioridad, gracias a la visión panorámica de Guatemala:

Los turistas se agolpan en las ventanillas mientras el avión inicia su descenso a la ciudad. Quieren ver las famosas ruinas y en cambio se les ofrece una extensión interminable de casas chatas y anónimas bajo una capa gris y sucia de *smog*. Y el asombro trueca objeto: en vez de la esperada maravilla por los restos arqueológicos, la sorpresa de ver la ciudad que se extiende hasta el horizonte, punteada por algunos rascacielos que nadie imaginaría en el Tercer Mundo fueran capaces de construir. ¡Edificios modernos! Se señalan unos a otros, y luego el dedo se extiende hasta donde termina la infinita línea de casas, en las ciudades europeas no es así, se ven los campos, la periferia, no ese hormiguero de cemento en los mejores casos y ya acercándose, las casas de barro y cartón que cinturan la ciudad (Liano, 2011: 105).

La ciudad de Guatemala está empequeñecida en esta descripción por un factor ideológico que va más allá de la distancia del avión en el que viaja Erwin Rosario después de que lo expulsan de París. Como una metáfora, esta descripción no se mancha los pies de barro, pero nos dice cómo se percibe la ciudad desde los ojos del turista que viene buscando la grandeza de las ciudades mayas sin desear ver a los mayas actuales o a la gente que puebla este territorio. Miran desde arriba, desde el aire, la ciudad que no les pertenece y que ven con desconfianza y lejanía. Sin embargo, no sólo es el panorama que observan los extranjeros que vienen a visitar las zonas turísticas, esa mirada ajena también la tienen los connacionales que viajaron al extranjero y que reniegan de su patria; me refiero ahora al arquetipo representado por el Dr. Zamora, no por los miles de *Erwines* que siguen amando su patria pese a que tuvieron que emigrar para poder sobrevivir.

Clima, tiempo y espacio favorecen cierta determinación en cuanto a las acciones que los personajes emprenden en ellos, y generan una atmósfera de desenvolvimiento de las acciones.

Las descripciones de los espacios son recreados en la novela como representaciones de aquella espacialidad propuesta como propicia para el ejercicio de la violencia: casas en las que el hacinamiento es común, portales en los que se reúnen aquellos que carecen de otro techo para guarecerse del frío, bajo puentes en los que se guarece un sinnúmero de inmigrantes, etcétera. Uno de esos espacios cuya descripción tiende a predisponer a los lectores es la de la casa en la que se cometen los asesinatos:

–Ver la casa es comprender el crimen –le había dicho el jefe de la policía. [...]

–Casa de pobre –había comentado el doctor.

–No, de pobres no –lo corrigió el comisario mientras se chupaba un diente–. Casa de gente ignorante: con el mismo dinero podían haber construido algo mejor.

[...] Si la casa no hubiera sido construida por estos brutos, a lo mejor se salvaban (Liano, 2011: 72-73).

En esta novela está contenida la rabia de los que nada tienen, ni siquiera el derecho a soñarse en un lugar distinto o a ser dueños de su propio destino. Los perpetradores del crimen crecieron en un espacio que los condenaba a la orfandad eterna, a la animalidad que busca consuelo en el pan diario y en el techo. Por eso, la casa que le ofrecen al hijo de casa va acompañada de la doble moral de quien la ofrece y a la esclavitud que lo obligan a intercambiar a cambio de un techo sobre su cabeza. La casa que debiera ser refugio se transforma en prisión y destino.

3.3. El empleo de sociolectos como un elemento generador de verosimilitud

La lengua oficial en Guatemala es el español, pero se hablan más de 21 variantes del maya y también hay hablantes de caribe, de xinca y de lengua garífuna (Lastra, 2003: 102). Ese encuentro de lenguas en un solo territorio puede propiciar dos escenarios distintos y opuestos entre sí: el primero e ideal es aquel en que los hablantes de las diferentes lenguas encuentran un pidgin que les permite la convivencia y el respeto en medio de una cultura plural; frente a

un segundo escenario en el que la ruptura entre lenguas es propiciado por la imposición ideológica en la que se le confiere primacía a una lengua sobre el resto. El español es la lengua oficial... el resto, sólo existe.

Uno de los artificios empleados por Dante Liano para crear verosimilitud es la emulación de un sociolecto propio de las clases populares guatemaltecas, aunque muchos de esos vocablos han pasado a formar parte de los usos lingüísticos corrientes en el país por los hispanoparlantes. Por ejemplo, el uso de diminutivos y construcciones gramaticales propios de voces distintas al español: “¿Una su tacita de café?” (Liano, 2005: 29). Este recurso rompe con la lengua culta y coloca una voz que, si bien ya había sido reconstruida por otros autores, no deja de instalarse en un terreno transgresor de la norma.

En *El misterio de San Andrés*, intenta emular las voces indígenas, pero parte de la premisa de que las “traducciones” de las variantes del maya y su cosmovisión generan un tono más cercano a la poesía que a la narrativa. Por ejemplo, cuando Benito Xocop describe su entorno o cuando los Ancianos se refieren a la revolución como si esta fuera un sujeto corpóreo que puede ser su interlocutor. Esta novela muestra una clara transgresión de la norma culta, pero enfatiza la pluralidad de formas existentes en Guatemala.

La diversidad lingüística también puede ser motivo de análisis en *Pequeña historia*, relato en el que conviven voces hispanas de diferentes regiones o indígenas (sin aclarar a qué grupo pertenecen). En algunas descripciones, el autor marca la importancia del uso lingüístico: “<<Cómo pesa este chunche>>. Se expresaba con palabras del más estricto chapín. Así como los pobretones con un brochazo de cultura intentaban hablar con el castellano de Zamora o de León, los ricos en cambio se daban el lujo de hablar con todos los modismos inventados en el país” (Liano, 2012: 162). Además de los rasgos que identifican a los hablantes con uno u otro grupo cultural, también los define como pertenecientes a cierta clase social.

Los italianos recién llegados a Guatemala en *Pequeña historia* también expresan dificultades para apropiarse del idioma, y emplean

palabras de su dialecto guardiolo³⁰ con el resto de italiano que le quedaba, y a esa mezcla le añadía el español que le daba la gana decir, pues no era cosa de sólo de falta de inteligencia o de oído, sino que había en el fondo de su conciencia una voluntad de resistir a la asimilación total, y esto se expresaba sobre todo en el modo de hablar: dondequiera que iba lo reconocían, y había de todo, quienes de inmediato caían en éxtasis o arrobamiento delante del extranjero sólo por serlo, y quienes comenzaban a putear en contra de los que vienen a este país a robar lo que no es suyo (Liano, 2012: 136).

En estos casos, Liano prefiere explicar las variantes lingüísticas y dialectales que exponerlas como parte de las voces de los personajes. En varios pasajes de esta novela, la voz del narrador tiende a fortalecerse y a ser más explícita que las voces de los personajes, en lo que respecta a las variantes lingüísticas, aunque sí refuerza la idea de que la conservación de sus giros lingüísticos posee el sentido de manutención de la identidad de los hablantes, pese a su carácter de inmigrantes.

En *El hijo de casa*, Liano se inclina por la emulación de una jerga legal y forense para darle fuerza a los personajes dentro del relato; por ello podemos leer los reportes de los policías o del forense en un español distinto, en el que los tecnicismos se acompañan de sendas faltas ortográficas o incorrecciones cuyo origen se encuentra en la necesidad de imitación de las formas jurídicas o científicas

El autor yuxtapone códigos lingüísticos propios de la oralidad de buena parte de los ladinos guatemaltecos a los códigos empleados en la norma hispánica, como mecanismos transgresores que permiten incorporar una pluralidad de voces que se corresponden con la multiplicidad cultural del país. Daniel Lévêque estudió la oralidad en algunas creaciones

³⁰ Probablemente se refiera a la Guardia Piamontesa.

literarias centroamericanas y parte de sus conclusiones refuerzan esta misma idea en la que los autores incorporan la transgresión como un elemento indispensable de autenticidad e identidad narrativa:

Este procedimiento narrativo-discursivo de integración de la oralidad en la composición escrita responde además a una voluntad de cambiar cierta percepción conservadora del mundo, los valores estereotipados, asentados, de las clases dominantes, en suma, las convenciones del buen decir o escribir, pues los autores – como lo hemos señalado más arriba– dan profusamente la palabra a los grupos subalternos de la sociedad centroamericana, o sea, a los indios, los mestizos de las clases populares, sobre todo de las áreas rurales (2013: 90).

Si bien este factor lingüístico transgresor y disruptivo ya no es visto como un fenómeno de violencia lingüística dentro del análisis literario, es importante señalar que la distancia con sus usos poéticos puede causar cierto prurito entre algunos sectores de la sociedad guatemalteca; tal como le ocurrió a Dante Liano al escribir “Jorge Isaacs habla de María”, cuento que fue duramente criticado en *Prensa Libre*, después de su publicación en *El Gráfico*. Según Liano, lo que más ofendía sobre el cuento era la desacralización de la lengua al emplear “malas palabras” (Méndez: 27). Este episodio de la vida del escritor guatemalteco se suscitó a finales de los años setenta y principios de los ochenta, cuando en países como México los escritores de La Onda ya experimentaban lúdicamente con el lenguaje.

En el ensayo “La narrativa de la violencia”, Liano reconoce que uno de los rasgos comunes de los textos del último cuarto del siglo XX, el uso del habla urbana y las referencias escatológicas que “rompen con las reglas del ‘buen decir’ [...] era necesario ensuciarse las manos y la boca para poder ‘decir’ el infierno guatemalteco de los últimos años” (1997:267). Él, como otros autores, muestra un uso del lenguaje que se regodea en la imitación de la coloquialidad y, al hacerlo, se identifica con el lenguaje mismo. En la respuesta de Felipe Garrido al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de Élmer Mendoza, señala:

La oralidad ha sido siempre un pilar de la literatura. Los grandes escritores han buscado, al lado de otros registros, escribir como se habla: Aristófanes, Dante, Cervantes, Quevedo [...] Berceo: *Quiero hacer una prosa en Román paladino / en cual suele el pueblo hablar con su vecino* (2012: s/p.).

Dentro de los diálogos de la novela también se puede observar cómo la jerga de algunos sectores es retomada por el autor para caracterizar a los personajes. El cuñado del teniente, Tono, es un joven estudiante de derecho que no duda en emplear locuciones latinas que el autor coloca sin cursivas indicadoras de su origen: “Me presenté como un colega, infieri pero siempre colega, verdad.” (Liano, 2005: 30). Este marcador de estatus permite que ese personaje obtenga información sobre el asesinato de su hermano; no obstante, al presentarse ante el colega que llevaba el caso, es posible revisar la yuxtaposición de registros orales y escritos con la intención de emular el habla de ese abogado: “Seis meses atrás, tres personas le habían vendido un terreno en Amatlán a su cliente. El cliente parece que es mero baboso, porque se dejó embaucar con todas las de la ley” (Liano, 2005: 31).

En el caso de la jerga empleada en los reportes forenses del Dr. Zamora o en los informes legales de la policía, es posible identificar algunos indicadores de la profesión a la que pertenece cada uno de los productores del discurso. En *El hijo de casa* y en *Pequeña historia*, además de las palabras de la jerga perteneciente a profesiones específicas, también se intercalan vocablos de origen italiano, revelando la procedencia del autor, migrante voluntario o involuntario en Italia, porque “En el exilio se concentra la memoria del pasado, formas ambiguas y contradictorias pero, sobre todo, la alquimia de los intercambios y la fecundación de significados que se generan a partir de la distancia” (Aínsa, 2010: 31). La memoria lingüística del autor se concentra en una construcción ficcional de un país al que ya no podrá regresar porque ha dejado de existir tal y como lo recuerda, ese país, con sus historias, sus modismos y sus refranes permanecerán aprisionados en un recuerdo al que sólo se le puede visitar a través de la palabra del autor.

4. La representación de la violencia estructural, vertical y social

Un escritor crea sus obras con la selección de referentes localizados en la realidad. Dante Liano salió de Guatemala y se llevó una imagen de ella que se actualiza cada vez que retorna a su patria. En el recuerdo de su infancia y de la juventud, le quedan los paisajes de volcanes y lagunas apacibles, de calles congestionadas y de carreteras que muestran las diferentes tonalidades del verde; pero también permanece en su memoria el silencio forzado por una violencia que se gestó a lo largo de los siglos y que se intensificó cuando el capitalismo se asumió como directriz económica del mundo.

La bifurcada Guatemala se debate entre la selva y la ciudad, entre lo indígena y lo ladino, entre la memoria y el olvido. Por un lado, las oligarquías nacionales se han mantenido el poder desde la Colonia gracias a las redes y alianzas que les han permitido esa permanencia, pese a los cambios en los sistemas de gobierno:

Los grupos familiares formaron sociedades, organizadas por alianzas de parentesco, y llegaron a posiciones económicas, sociales y políticas claves con base en su estatus y grupo étnico de pertenencia, de acuerdo siempre con su parentesco. [...] ellos son la base de una estructura socioeconómica que llegará a su máximo desarrollo en el siglo XX. [y] estarán ligados por cuatro factores fundamentales: 1. Alianzas a través de los negocios; 2. Matrimonios; 3. Proximidad geográfica y procedencia étnica; 4. Socios en diferentes organizaciones gremiales, políticas, educativas y sociales (Casaús, 1995: 17).

Pero la existencia de esas oligarquías se encuentra indisolublemente asociada con el mundo indígena al que han negado, y con el mundo selvático y montañoso lejano de la capital. Gran parte de la violencia representada en las novelas se encuentra vinculada con esta relación dicotómica en la que las diferencias son parte inherente de la identidad colectiva, aunque dicha identidad tenga sus propias identidades locales.

El racismo ha penetrado profundamente en las estructuras sociales guatemaltecas, de tal suerte que muchas de las relaciones sociales son tasadas por las filiaciones fenotípicas de los sujetos, aunque también hay datos de ascenso social en los que el poder económico jugó un papel determinante. El “blanqueamiento” económico, la extraña posibilidad que tiene un indígena de tener acceso a los grupos de poder gracias al reposicionamiento económico, es otra faceta del racismo en la que se refuerza la “autoadscripción étnica del núcleo oligárquico [que] opera como un mecanismo de reconocimiento ideológico de sí mismo y frente a los otros” (Casaús:27). La adaptación del racismo y el capitalismo genera la mezcla perfecta para cosechar las violencias que presenta Dante Liano en sus novelas, ya sea en la búsqueda de un asesino o en la forma en la que se adaptan a las nuevas tierras los italianos inmigrantes en Guatemala, todas esas representaciones tienen origen en ese contexto.

La representación de la violencia en las dos novelas que se exponen a continuación tiende a evidenciar los mecanismos de subordinación que han mantenido el estado de las cosas y la hegemonía de los grupos de poder. Bajo estructuras clasistas y racistas, el ambiente descrito en las dos novelas hace patente la polarización que existe en Guatemala y que profundiza las desigualdades entre los extremos de la sociedad.

4.1 *El hombre de Montserrat*

Dante Liano cuenta una historia que representa parte de una realidad que no estaba registrada en la historia oficial de su país, él mismo señala que “cuando la historia oficial no puede dar cuenta de la realidad, la literatura toma su lugar y asume la función de contar los hechos de como realmente fueron, aunque tenga que hacerlo por medio de la ficción” (Liano citado por Rivera, 2014: 61). El subgénero literario que emplea, la novela neopolicial, será un mecanismo de reconocimiento de los fenómenos sociales, sin pretender que su representación sea capaz de enfrentar a un sistema opresor y liberar a un pueblo. *El hombre de Montserrat* es

una propuesta narrativa en la que se presenta un clima violento vivido por una sociedad en la que se visibilizan las convulsiones de una guerra racial, de clases e ideologías, aunque también muestra que la sobrevivencia cotidiana y el tedio son otra forma de violencia inherente al sistema capitalista.

Dante Liano evita las soluciones fáciles e incluso las políticamente correctas en medio de una sociedad polarizada, y coloca a un victimario del régimen como el personaje principal sin emitir ningún juicio sobre su participación en los organismos de inteligencia al servicio del que puede pensarse es el de los gobiernos de Lucas García y de la Junta militar. Humaniza a los victimarios y los coloca en medio del hartazgo y tedio de una existencia que los ha orillado a acostumbrarse a la violencia descarnada de un país que lleva siglos de represión y décadas de dictaduras.

En esta novela negra con tintes de farsa, el detective sigue las pesquisas para percatarse de algo que la sociedad latinoamericana conoce de sobra: la corrupción y la impunidad son el orden dominante. Frente al deseo de esclarecer un crimen, que sale a su encuentro de manera casual, el teniente García sólo puede desear el pronto retorno a una normalidad sofocante en la que los apuros económicos y la dinámica monótona de su existencia sea la constante cotidiana.

La estructura de la novela refleja una preocupación por el detalle espacial, al dividir el relato en dos escenarios distintos (la ciudad y la selva) cuyas connotaciones los vinculan con el castigo o con la quietud de la monotonía. *El hombre de Montserrat* también manifiesta cierta agudeza en la generación de verosimilitud a través de la lengua (los momentos en los que emplea los sociolectos generadores de verosimilitud)³¹ y de las minucias que contribuyan a la datación de los acontecimientos (al aludir a la salida de los argentinos por el conflicto que

³¹ Ver apartado “El empleo de sociolectos como un elemento generador de versomilitud” en este trabajo.

tuvieron con los ingleses, por ejemplo), pero no presenta una resolución del conflicto ni un juicio de valor capaz de hacernos creer que el protagonista es un detective heroico, cuyas características morales lo elevarán de entre la población y lo harán establecer un orden justo.

El hombre de Montserrat es una novela que revela en sus entresijos una serie de fenómenos históricos y sociales que la historia oficial se negó a reconocer durante largo tiempo. El relato ocurre en el seno de una sociedad que se ha acostumbrado a vivir bajo el signo de la violencia porque estuvo asolada por una serie de conflictos internos en los que la oligarquía terrateniente, la burguesía agroexportadora y los militares han formado un frente apoyado por los intereses económicos internacionales, para usufructuar la mano de obra y los recursos naturales del país a un costo risible. El conflicto armado interno, que se encuentra como telón de fondo de la novela, es el que comienza en los años sesenta, cuyos constantes golpes y reflujos colocarán a la población en una situación de alerta y miedo permanente.

En este periodo, las diferentes fuerzas políticas y económicas guatemaltecas vieron con cierta conveniencia el control ejercido por los militares para su mantenimiento y crecimiento, razón por la cual, esos grupos castrenses lograron una presencia de larga duración después del golpe a Árbenz: sucesión de juntas militares, gobiernos interinos, elecciones amañadas y golpes de estado, eran parte de los mecanismos comunes de acceso al poder: “A lo largo de los años setenta, los militares guatemaltecos logran mantener a uno de los suyos a la cabeza del aparato de Estado; pero no por ello pueden ignorar las movilizaciones de los diversos partidos políticos opositores determinados a lograr por lo menos la aplicación de algunas de sus proposiciones” (Bataillon: 129). La Guatemala de los años setenta estará marcada por la presencia de organizaciones sociales segmentadas y heterogéneas que buscan distintos rumbos y cuyas contradicciones internas las conducen a escisiones insalvables (Bataillon: 126-137). De entre los gobiernos militares de ese periodo se

distinguen dos por la represión emprendida contra los luchadores sociales y hacia la población que fungía como base de apoyo, el de Lucas García y de Ríos Montt (Rouquié: 162).

Las pugnas por el poder al interior del ejército ocasionaron cruentos golpes de estado en los que el control pasa de unos militares a otros, quienes los acusan de corrupción y malos manejos políticos y de violar las garantías y los derechos humanos, pese a que en sus planes y acciones de gobierno tengan las mismas características que los de sus predecesores: “Después de cuatro años con Lucas García, muchas personas vieron el golpe como positivo. Ríos Montt se declaró en contra de las desapariciones forzadas y atacó la corrupción en el gobierno” (Kobrak, 2003: 79), pero “La [Comisión para el Esclarecimiento Histórico] CEH establece que las masacres formaron parte de una estrategia de los gobiernos de Lucas García y Ríos Montt y no actos de tropa fuera de control” (*ibid.*: 146).

Aunque sea un hecho lamentable, es habitual que los ciudadanos se encuentren algún muerto en la calle, o al menos eso es lo que se sugiere al inicio de la novela, cuando no hay visos de asombro por el asesinato. El único rastro de sorpresa se encuentra en la familiaridad que se tenga con el sujeto, por eso el teniente García no se inmuta al ver un cuerpo sin vida en un baldío de la colonia Montserrat, lo único que lo hace detenerse es la curiosidad por ver si su rostro le es familiar. La convivencia cotidiana con la violencia armada irrumpe incluso en los lugares privados, ya sea al interior de las viviendas o en los sueños; los ciudadanos guatemaltecos sobreviven al miedo mientras escuchan largos enfrentamientos armados en algún punto de la ciudad.

Afuera, en la noche de la ciudad, se oían, de vez en cuando, los ecos de las balaceras y los estallidos de las bombas. [...] Estaba pensando: La voy a jalar a mi lado, cuando se vio montado en un autobús, en la parte de atrás, acompañado de su mujer. [...] Su madre, con la que estaba platicando desde hacía rato, lo regañó: —Dejala dormir, mijo. No hay nada mejor que el sueño para las penas. Pero ya no estaba con ella, sino otra vez jugando fútbol con Juanito y sus amigos (Liano, 2005: 91-92).

Después vienen las ambulancias, el movimiento de vehículos y las noticias del siguiente día. Los habitantes de Guatemala sobreviven en medio del terror generalizado e incorporan ese nuevo tipo de violencia a la racial, de género y al crimen común (horizontal, entre individuos).

En *El hombre de Montserrat*, Liano emplea lo que denomina “violencia oblicua”, por mostrar en ella una violencia normalizada por una sociedad que ha vivido sumergida en ella, vertical y social, horizontal e individual, e inespacial e interior.³² La denuncia social directa del ejercicio de la violencia no aparece en el relato, sólo se representa el fenómeno, no obstante la misma normalización de la violencia mostrada por los personajes se consolida como una denuncia soterrada en sí. Además de la violencia oblicua, hay escenas en las que se hace patente la representación de la violencia directa y vertical, ejercida por los aparatos represivos del Estado hacia los luchadores sociales y hacia los pobladores de la selva. Es así como confluyen en esta novela dos formas del proceso violento, cuya representación metonímica podría situar a los personajes o a los relatos en otras épocas o espacios guatemaltecos.

La descripción de la cotidianeidad de los personajes muestra las múltiples representaciones de la violencia oblicua, proceso normalizado en la sociedad del país. Al iniciar la novela, el lector se encuentra con un personaje descontento con su propia existencia de asalariado; el tedio se mantiene a lo largo del relato y presenta puntos de fuga sólo cuando se intercalan los sueños: “Soñaba siempre. Aun durante la siesta más pequeña, la señal de que estaba durmiendo se la daban las imágenes convincentes de algún sueño absurdo” (Liano, 2005: 26). En muchas ocasiones el sueño se incorpora sin ninguna marca gráfica y el lector sólo se percata de su origen cuando aparece el absurdo o en el momento en el que el narrador

³² La violencia es un proceso, tal como lo anotara Daniel Inclán en su artículo “Contrapuntos: La crueldad contra el cuidado (o cómo la violencia se hace cotidiana)”. En *Bajo el Volcán*. vol. 16, núm.24, marzo-agosto, 2016. 13-31.

anuncia que el personaje se despierta. Durante estos lapsos oníricos también está presente la violencia, pero, al despertar, una tensa calma le permite hacer un breve recuento de su día:

Lentamente, se estiró. Sintió el cuerpo reposado, casi dormido. Mientras estaba así, apenas despierto, con la memoria del día todavía ausente, cerraba los ojos y se abandonaba. Entonces, poco a poco, los recuerdos de lo que había pasado le comenzaban a llegar (Liano, 2005: 26).

Los conflictos de intereses y el estereotipo del militar “duro” generan otro tipo de fenómeno violento en el trato recibido entre sus integrantes, aunque éste es obviado porque supone un tratamiento normal al interior de toda institución castrense. De esta manera, en la formación de los militares se considera que los tratos infamantes en la cadena de mando es un ejercicio deseable porque prueba la resistencia del recluta. Esa normalización de la violencia aprendida convierte a los perpetradores del genocidio en sujetos cuya impunidad finca precedentes para una escalada de violencia distinta, debido a la corrupción de aquellos que deben defender la ley.³³ Durante la visita del teniente al jefe del cuerpo de judiciales en la búsqueda de algún dato que le ayude a esclarecer la identidad del muerto encontrado en la colonia Montserrat, se percibe la animadversión entre los diferentes grupos represivos y el supuesto respeto irrestricto a los rangos dentro de la estructura de poder.

Los sujetos descritos en la novela pasan de ser víctimas a victimarios en función del lugar que ocupen en la jerarquía nacional del momento. En un momento el teniente García se sabe superior al Jefe de la Policía Judicial: “García, consciente de la superioridad innata de cualquier militar ante un pinche oreja” (Liano, 2005: 51), o cuando en la entrevista directa con el mismo personaje le dice: “Con el ejército no valen razones, señor. Usted tenía una

³³ “Esta cultura de impunidad es sistémica y sistemática. Comienza con la ineficacia del sistema legal, que nunca ha sido capaz de superar el formalismo del pasado régimen autoritario que privilegia los procedimientos sobre los hechos del caso. De este modo, el sistema legal tal y como funciona actualmente, pretende hallar la verdad de un caso por la ejecución de procedimientos escritos que serían archivados en la corte pero de este modo los inculpados no serán escuchados en las sesiones de la corte”, en Victoria Sanford, “Estructuras de la violencia en Guatemala”. En Werner Mackhenbach / Günter Maihold (eds.). *La transformación de la violencia en América Latina*. Guatemala: F&G editores, 2015. p. 128.

orden y si la cumple, la cumple” (Liano, 2005: 84). Pero ese envalentonado teniente también debe seguir órdenes, someterse a la cadena de mando militar, acatar las órdenes que se le den, incluso pagar los “favores” recibidos de los altos mandos:

Al Teniente García le había costado un par de años de su carrera apaciguar la cólera del General Vargas. El viejo estaba dispuesto a desaparecer a Tono. Al final, García obtuvo que Vargas le diera permiso de llevarlo al a frontera con México. Pero lo hizo sudar frío la advertencia final:

—Con esta gracia, un su par de añitos en la selva no se los quita (Liano, 2005: 105).

Las muestras de violencia en la novela son equiparables en todos los sentidos a la de este fragmento, es decir, se incorporan a la conversación como un elemento normalizado, cotidiano dentro del desarrollo del relato. En este caso, la amenaza de la *desaparición* se adosa al hecho de que Tono difundió información a la prensa internacional sobre el intento de secuestro que los grupos estatales le habían tendido en su oficina. La *desaparición* es una violencia vertical, ejercida por los Aparatos Represivos del Estado: “La desaparición no es un eufemismo sino una alusión literal: una persona que a partir de determinado momento *desaparece*, se esfuma, sin que quede constancia de su vida o de su muerte. No hay cuerpo de la víctima ni del delito [...] no hay ningún cuerpo material que dé testimonio del hecho” (Calveiro: 26). Sin embargo, el Teniente no considera esta idea como una acción inaudita, sabe bien que parte de las prácticas del ejército tienden a llevar a cabo este tipo de acciones que violentan los derechos de cualquier ciudadano.

El control absoluto que ejercen los militares en la novela, como representación del poder de ese sector de la realidad guatemalteca, desmitifica la imagen de un ejército cuyo ejercicio legítimo se encuentra en función del bien común de los ciudadanos de la nación. En *El hombre de Montserrat* los militares corruptos carecen de una ideología que los guíe para la consecución de acciones justas: ellos poseen el poder de dar muerte a quien les place y de la

forma en la que sólo ellos deciden; obedecen a sus intereses o a impulsos más que a alguien, aunque en apariencia sigan órdenes ciegamente.

Cuando el teniente García conduce a Tono al exilio, llevándolo a la frontera con México, su cuñado por fin declara su pertenencia a la guerrilla y lo que sabe sobre el asesinato de Marcos Barnoya hasta que lo encuentran en el baldío de Montserrat. En el momento de las confesiones entre estos dos personajes, el narrador hará explícita su posición en torno al conflicto armado guatemalteco. Por un lado, Tono defiende su posición desde un sentido humanitario: “La gente se viene muriendo de hambre desde antes que existiera la guerrilla” (Liano, 2005: 114); y amparado por la oscuridad y la soledad de la noche en carretera, increpa al teniente y le augura la derrota: “Lo que pasa con ustedes los militares, es que no saben qué es un ideal. Por eso van a perder la guerra” (Liano, 2005: 115).

La certeza de Tono sobre la pureza de su causa se enfrenta a la posición del teniente, quien cierra la conversación con un tono institucionalista que aparece en la novela como parte de un discurso aprendido desde antes de entrar a las filas del ejército, un discurso propio de un sujeto que nunca rompió con cada uno de los círculos a los que se somete a todos los individuos en las sociedades de control:³⁴

No sabremos lo que es un ideal: Pero no vamos a perder la guerra, Tono. Ninguna guerrilla le puede al Ejército Nacional. Porque estamos dispuestos a todo. Si hay que acabar con todos, a todos nos los echamos. Esa es nuestra ventaja: que no tenemos ideales. Para nosotros sólo existe la guerra. Y ganarla como sea. Ustedes se llenan la boca con la igualdad, la justicia, los derechos humanos y la democracia. Ustedes se llenan la boca con eso; nosotros nos limpiamos el culo (Liano, 2005: 115).

³⁴ Para el uso del término “sociedades de control”, véase Gilles Deleuze, “*Post-scriptum* sobre las sociedades de control”.

Las declaraciones del teniente García, como representante de uno de los cuerpos represivos del estado, es violenta y dura; no obstante, la discusión que mantiene con Tono evita un registro de franco enfrentamiento entre ellos. En ese momento fueron capaces de exponer sus ideas sin repercusiones, probablemente porque Tono saldría del país o porque el Teniente sabía que ya tenía un destino trazado dentro del ejército: “La conversación fue llena de pausas. No hubo violencia en ella. Hablaban como fuera del tiempo. Como si hubieran muerto y, muertos, recordaran su vida terrenal” (Liano, 2005: 115).

La violencia generada por la corrupción y las prebendas cobradas por los que ostentan algún cargo de poder, provocan e incentivan un clima de inseguridad e ira contenida o expresada, intimidación, miedo generalizado y nulas posibilidades de resarcimiento del daño. No obstante, si el teniente García no se hubiera entrevistado con el general Vargas, las fuerzas represivas hubieran “desaparecido” a Tono: “Hoy todo pasó sin que pasara nada y dentro de una semana de su cuñado no queda pero ni la sombra, Teniente, se lo digo yo” (Liano, 2005: 104). La alusión a una *desaparición* forzada en este pasaje es otra evidencia de la impunidad que las fuerzas armadas tenían sobre cualquier ciudadano, y los mecanismos de acción que ejercían para evitar la fuga de información sobre la represión y el clima de violencia en Guatemala.

La tensión durante el viaje hacia México se incrementa por la presencia militar y de patrullas civiles en la carretera, aunque contrasta con las descripciones de paisajes paradisiacos, cuya finalidad es generar un momento de distensión del conflicto. Es en este apartado en el que hay una representación de los campesinos que de manera forzada se incorporaron a las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC): “Enfrente de la entrada a Los Aposentos había un control de patrullas civiles [...] el jefe de los patrulleros tenía planta de haber dejado el azadón a la vuelta de la esquina. ‘Pobre pisado’ (Liano, 2005: 110). Las PAC fueron un órgano de control presentado por Ríos Montt en su plan de campaña “Victoria 82”,

cuya finalidad era controlar a la guerrilla y a sus bases de apoyo: “Otra parte del plan fue sustituir la organización de los campesinos en la guerrilla con una organización a favor del gobierno, en las ‘Patrullas de Autodefensa Civil’ (Kobrak, 2003: 78). Las carreteras hipervigiladas no representaron un problema para el teniente García, pues el tránsito de un militar con credenciales no podía ser obstaculizado, salvo por otro militar de mayor rango.

El retorno del teniente García, pese a que le esperaba la pesadilla de la selva, sucedió sin sobresaltos ni lamentaciones después de ver cómo Tono se subía a un autobús que lo llevaría a la Ciudad de México. Tono sabía de los vínculos entre Barnoya y el crimen organizado, él se había enterado porque debido a su participación en una de las organizaciones guerrilleras tuvo conocimiento de la identidad del asesino de su hermano, pero cuando por fin dio con él y lo citó para vengarse, lo encontró muerto en el “campito de Montserrat” (Liano, 2005: 114).

El capítulo IV de *El hombre de Montserrat* se cierra con la revelación de lo que Tono sabía sobre el asesinato de Barnoya, sobre la justeza de la causa que perseguían las organizaciones guerrilleras y, como en otras ocasiones, con el sueño obligado del teniente García que le permite dejar su tedio atrás:

Soñaba, a veces, que Tono bajaba y le decía: “Ya no me voy, todo se aclaró, era una equivocación” y los dos se regresaban alegres al carro. Otras veces soñaba que era él, el Teniente García, el que se iba, y Tono se quedaba en su lugar, y él protestaba, diciendo que se estaban cambiando los papeles, pero de nada servía el terror, pues el autobús partía y Guatemala se quedaba atrás. Algunas veces soñó, también, que a Tono lo esperaba un comando de los Escuadrones de la Muerte en el interior del autobús, y que tiraban el cadáver por la ventana (Liano, 2005: 116).

4.2 *El misterio de San Andrés*

En *El misterio de San Andrés*, la violencia representada tiende a estar expuesta desde la estructura narrativa hasta en la forma directa en que los hechos son presentados al lector. En esta novela, el autor retoma el racismo que ha pervivido durante siglos en Guatemala para evidenciarlo. La estructura devela la construcción del *otro* como enemigo interno, y muestra el incremento de la represión hacia los grupos más vulnerables, a quienes también se les consideró en el periodo, aunque no de manera exclusiva, como el enemigo interno capaz de amenazar su estabilidad y reproducción del *statu quo*. Desde la filosofía, Bolívar Echeverría analiza el fenómeno del enemigo interno de la siguiente manera:

El otro, sea el que transgrede la norma y atenta así contra el cosmos [...] sería esencialmente merecedor del odio y la destrucción porque, en medio del peligro permanente en que se encuentra la reproducción de la identidad, personifica una alternativa al *ethos* que esa identidad consagra en su forma y que singulariza al cuerpo comunitario y al mundo de su vida (2006: 67).

Esa dicotomía entre el universo ladino y el indígena, dos de las cosmovisiones existentes en Guatemala, está representada en la novela a través de una estructura en la que se muestra esa polarización para evidenciar sus diferencias. La novela está estructurada a partir de la yuxtaposición de capítulos en los que se intercala la visión del mundo indígena y del ladino: el primero es contado a través de un narrador en tercera persona, omnisciente, que nos permite observar el mundo indígena en la mirada de Benito Xocop. El autor se distancia de los personajes indígenas para evitar usurpar la voz de una identidad que no le pertenece,³⁵ nuevamente el indígena es el *otro*, quien puede convertirse en enemigo dentro de la sociedad racista que da origen al relato. La historia del universo ladino (no indígena) está escrita en primera persona, esa es la otra voz narrativa que conduce la línea argumental: Roberto Cosenza (apellido que aparece también en otros relatos de Liano, incluyendo *Pequeña*

³⁵ Para la discusión del tema, ver Gayatri Chakravorty Spivak, “¿Puede hablar el subalterno?”. En *Revista colombiana de Antropología*. vol. 39, enero-diciembre, 2003. pp. 297-364.

historia de viajes, amores e italianos y en otros relatos de Liano),³⁶ quien en este relato es hijo de un italiano cuyas opiniones de ácrata son vertidas en diversas ocasiones como comentarios sucintos a la prensa nacional e internacional a lo largo de la historia.

La novela nos muestra las vidas paralelas, sólo en cuanto a la temporalidad de la existencia, de los dos personajes y una cruenta masacre en San Andrés, poblado inexistente en la división política guatemalteca, aunque es una referencia con la que se podrían identificar diferentes pueblos de Guatemala. En las “Deudas y reconocimientos”, apartado final de la novela, Liano señala que la masacre tiene correspondencia con la que se llevó a cabo en Patzicía en 1944, misma que el autor sólo conoce por referencias de terceros y por sus investigaciones documentales, incluso, muchas de las descripciones en los pasajes sobre la vida de Benito Xocop coinciden con algunas de las hechas en *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* de Elizabeth Burgos (1983).³⁷

Cada uno de los personajes principales de la novela guía un discurso representativo que demuestra la posición arquetípica del grupo social al que pertenecen en la esfera de referencia seleccionada de la realidad. La representación de esas voces no se realiza apegada

³⁶ La relación intratextual que Dante Liano explora en varios de sus textos, contribuye a crear y ampliar periódicamente la historia de los Cosenza, quienes aparecen como una genealogía en sus obras impresas y en sus creaciones en línea (tiene un blog en el que ejercita su pluma con perseverancia).

³⁷ Es probable que Liano revisara el testimonio de Rigoberta Menchú y que la conociera antes de colaborar con ella en la redacción de siete libros para niños. En el marco de la Cátedra extraordinaria de la UNAM, la cual lleva su nombre, Rigoberta Menchú declaró en el año 2015 que ha realizado siete libros en compañía de Liano. Esos relatos infantiles nacieron por consejo de Liano a Menchú, para que ella superara la tristeza que la invadía al perder un hijo: “Esto nace porque estuve seis meses en cama en un embarazo de alto riesgo; pero mi hijo, cuando nació, murió; pensé que no podía superar ese fallecimiento, entonces un amigo que se llama Dante Liano me dijo: ‘sí puedes superarlo, ¿sabes qué tienes que hacer?, escribir cuentos’. ¿Cómo voy a hacer cuentos infantiles en el estado en el que estoy? Sería como caer en una depresión, ‘pero serán cuentos de ti –me respondió–, de cuando eras pequeña; conviértete en una niña, piensa como una niña’, y entonces así nació hace 17 años el primer libro *Li M’in, una niña de ChimeP*”, relató. / Si con algo he querido contribuir a la literatura universal es con el valor del testimonio, pero el que se vive, y así fue como encontré la complementariedad con Dante Liano, un escritor guatemalteco extraordinario, con el que he realizado siete libros, algunos traducidos al español y otros al italiano”, en Leonardo Frías, “Cátedra extraordinaria. La literatura de Rigoberta Menchú”. En *Gaceta UNAM*. núm. 4 706, 29 de junio, 2015. Recuperada de: <http://www.gaceta.unam.mx/20150629/la-literatura-de-rigoberta-menchu/>. Según esta declaración de Rigoberta Menchú, se puede suponer que el guatemalteco y la Premio Nobel trabajan juntos desde el año 1998, aunque el vínculo que tenían era estrecho desde antes de esa fecha (hubiera sido imposible que Liano le diera ese consejo si no hubiese tenido una relación familiar con ella).

en todo momento a la oralidad sino que emplea diversos recursos literarios que estetizan cada pasaje, incluso las presentadas en los diálogos. Al alejar la narración del prosaísmo, el relato revela una belleza original que se transforma en un arte lingüístico capaz de embellecer el relato de manera macabra, pese a los acontecimientos más mundanos o más sórdidos. Por ejemplo, cuando Benito describe la tarde previa a la masacre de los ladinos:

No hay por qué dar razón de la locura. Su fuego prendió en el alma de los del pueblo hacia las tres de la tarde [...] Pero la ceniza negra se les metió en la cabeza. Siempre chupaban, todos chupaban después de la misa y se iban a caer muertos de la borrachera por las calles del pueblo, asoleándose como la cecina roja salada y coronada de moscas. Eran los domingos de la gente: misa, mercado y alcohol. Luego se quedaban como piedras dormidas, hasta que el vómito los despertaba, el vómito y el dolor en la cabeza, el fulminante estallido del guaro restañado (Liano, 1996: 355).

La voz narrativa que guía el relato con el eje ideológico ladino está en primera persona, pero ésta no es la única evidencia de familiaridad del autor con dicha identidad, lo son también los múltiples detalles recurrentes que asaltan al lector y se repiten en otras de sus obras publicadas (incluso aparecen en varias entradas de su *blog*): antepasados que llegaron a Guatemala como parte de una oleada de inmigrantes italianos apoyados por la Sociedad de Socorro Mutuo y por las campañas gubernamentales decimonónicas que buscaban modificar la composición fenotípica a partir de la “importación” de genes traídos de Europa; la familia Cosenza como un tipo de inmigrante italiano que no alcanza a escalar socialmente y que ha salido de Europa para escapar de la pobreza o de la persecución ideológica, o la presencia de los burdeles de los pequeños poblados.

Este escritor blanco, nieto de italianos, aparece en sus dos facetas identitarias, guatemalteco e italiano, para mostrarnos cómo mira desde la sorpresa constante todo lo que le rodea en un mundo que le es propio y ajeno a la vez. Liano se encuentra en el linde, tanto dentro como fuera de su patria, él permanece en un exilio interior constante en cualquiera de

los dos países en los que se localice: en Italia siempre será el guatemalteco; en Guatemala, el italiano; y es eso mismo lo que explora en su novela: Guatemala está construida sobre una base pluriétnica no reconocida en la que el prejuicio y la intolerancia dan fuerza a la *pigmentocracia* existente: “En Guatemala, la construcción de las identidades colectivas pasa por la etnicidad” (Casaús, 1995: 275).

La línea argumental comienza con el relato de Benito Xocob, es decir, comienza con la mirada indígena, no sólo en la voz narrativa sino en el universo descrito a través del ritual iniciático al que los hombres viejos y sabios conducen al niño:

El pueblo se está quedando atrás. [...] Los dos hombres se resignan al pasar frente a los muertos. Benito los remeda. Esta noche los remeda en todo. Hay en su memoria muchas cosas, como animales dormidos, que deben ir despertando según los vaya viendo en esos hombres con los que va al Santo Monte. Nació olvidando.

Los pasos de los hombres son lentos y, no obstante, Benito tiene que pegar la carrera cada vez que lo dejan atrás. Se pone furioso cuando tiene que andar con la gente grande (Liano, 1996: 11).

La descripción inicial del personaje le atribuye una carga simbólica en la que la pertenencia a la comunidad será el eje de su vida, ello es señalado explícitamente por el narrador: “Desde que nació Benito, los dos hombres han sabido que tenían que llevarlo al Santo Monte” (*ibid.*: 12). La comunidad y su cosmovisión marcan la existencia de sus infantes, y determinan su destino desde la niñez: “Muchas veces, antes de acostarse, cierra los ojos con fuerza y se imagina que, al día siguiente, va a despertar crecido, con la memoria de los años pasados” (*ibid.*: 11). La prefiguración del destino de Benito ya está trazada, por ello, pese a los tintes metafóricos empleados con los que concluye la novela, la construcción del personaje es circular que recrea los rasgos culturales mayas.

Las condiciones de la existencia en las que se desenvuelven los dos niños (Benito Xocob y Roberto Cosenza) reflejan la disparidad existente en una sociedad marcada por las

diferencias de clase y los rasgos físicos atribuidos a determinada identidad étnica. La oligarquía nacional se afana en marcar las diferencias y las nulas alternativas de movilidad social para los indígenas, incluso, en el estudio realizado por Casaús, esa intolerancia ha provocado cierto nivel de ladinización:

[los oligarcas] Consideran que éstos [los indígenas] deben asumir los patrones de vida y comportamiento occidentales, de ahí que recurran a la ladinización, occidentalización y proletarianización como procesos de aculturación. Muchos de ellos son partidarios de mantener la segregación socio-racial y de evitar una integración, reforzando los mecanismos de *apartheid*. Otros son partidarios de la mejora de la raza, a través de técnicas de inseminación artificial y algunos se inclinan por la limpieza étnica (1995: 276).

En *El misterio*, los personajes arquetípicos expresan sus opiniones sobre los indígenas (y sobre los americanos) en un sentido semejante al que Casaús detectó en su trabajo de investigación. Los juicios en torno a la vileza de los americanos, indígenas o no, son emitidas por un profesor encargado de homogeneizar los criterios identitarios entre sus alumnos:

Por eso la única respuesta es la dictadura nacionalista, la dictadura de las razas elegidas, porque es una ley de la evolución que los más fuertes dominen a los más débiles [...] somos de una raza débil. Los americanos somos descendientes de una raza híbrida, la raza española: pueblo de huevones que sólo saben bailar flamenco y ostentar lo que no tienen. Regalones, gamonales, aparenciosos, los españoles nos mandaron lo peor a conquistarnos. [...] ¡Respeto a los indios, que es raza pura! Los indios son una raza vencida, humillada, con la cerviz por tierra. Tantos años de humillación los han emputecido. Ya no tienen salvación. Ellos no tienen la culpa. Pero tampoco tienen esperanza (Liano, 1996: 119).

Este pasaje muestra cómo la confrontación estructural de los capítulos y de las visiones del mundo entre los personajes, es una representación de la violencia vertical (social) que ha imperado durante siglos en Guatemala. Desde la educación más temprana, en el sistema educativo nacional, existe una tendencia a incentivar el desprecio y la intolerancia, con la

consiguiente perpetuación de los grupos hegemónicos no indígenas en el poder. Esas instituciones tienen el respaldo constitucional en el que se invisibiliza al indígena o se le deja bajo la tutela de un Estado dirigido por la mayoría blanca y ladina que se encuentra en el poder. Fue hasta finales del siglo pasado cuando la discusión en torno al carácter pluriétnico de la nación comenzó a cobrar importancia, aunque las propuestas de reforma constitucional al Artículo 66 sobre Protección a grupos étnicos se llevaron a votación y se rechazaron el 16 de mayo de 1999.^{38, 39}

Una sociedad dominada por lo que cada grupo considera que *debe ser*: de esa manera los blancos desean blanquear a los indios y, si ellos no lo permiten, deben optar por la aniquilación; otros oligarcas decidieron que lo mejor sería importar el fenotipo blanco-europeo para hacer crecer numéricamente a su grupo, y, otros blancos, consideran que está bien tener a los indígenas en ciertas zonas (el 90% de la población de Totonicapán es indígena, por ejemplo) para emplearlos en el momento en que los necesiten. Así, los grupos de poder se han imaginado un país y han creado un imaginario colectivo reforzado por diversas manifestaciones culturales que los alejan y distinguen de los *otros*, de los indios.

La lógica de la discriminación hacia los indígenas es dirigida por las instituciones sociales: la familia, la escuela y la Iglesia, entre otras, éstas han reforzado la idea de que la supremacía monoétnica de la oligarquía debe mantenerse para conservar el poder que ha beneficiado y potenciado su acumulación en el ámbito económico y político. Casaús (2002), en su análisis sobre la mutación del racismo en Guatemala a lo largo de su historia, observa

³⁸ “Guatemala: Constitutional Reform Project. Proyecto de Reformas a la Constitución Política”, en *Political Database of the Americas*. Georgetown University Center for Latin American Studies. Recuperado de: <http://www.pdba.georgetown.edu/Constitutions/Guate/reforms99.html>.

³⁹ “Si bien se han producido cambios importantes por un sector del gobierno actual, en el sentido de brindar nuevos espacios a los pueblos indígenas y posibilitar una mayor participación política de ciertas élites mayas, ello no se ha traducido en políticas públicas que contribuyan a paliar la desigualdad económica ni la discriminación. El frágil equilibrio de la estructura y las pugnas internas en el gobierno, han impedido una política coherente en este campo, aunque no dudamos de que ha habido voluntad de enfrentar y dar solución a los problemas étnicos”, Marta Casaús Arzú, “El genocidio: la máxima expresión del racismo en Guatemala. Una interpretación histórica y una reflexión”. En *Nuevo Mundo. Mundo Nuevo*. [en línea]. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/57067>.

cómo este fenómeno ideológico y social se adapta a cada una de las modificaciones que experimenta la oligarquía, quien controla la dirección gubernamental y todas las políticas estatales, y proporciona “diferentes mecanismos de exclusión según la coyuntura política; de ahí que estas prácticas excluyentes se institucionalicen desde el Estado” (Casaús, 2000: 30).

En Guatemala, y en muchas otras naciones, la pervivencia de las actitudes racistas se debe a la instauración ideológica de la supremacía racial en la colectividad. Para que esas formas de percibir el mundo se arraiguen en la sociedad, las distintas esferas deben operar como soporte; la cultura se encarga en buena medida de mantener ese estado de cosas en el que el racismo, muestra inequívoca de violencia, como parte de la estructura en la que se finca la sociedad misma.⁴⁰ El racismo imperante en esas sociedades no es percibido como una actitud o una ideología negativa, es una actitud normalizada, tanto por las víctimas como por los victimarios, que tiende a reproducirse en todas las manifestaciones culturales.

Las oligarquías se han adaptado a las transformaciones de la economía y la política, y se han aliado con otros grupos para mantener el poder, incluso por la vía violenta. Rouquié indica que “Hasta 1944, Guatemala es gobernada por dictaduras que prolongan la autocracia modernizadora de 1873” (1994: 66) y, en los lindes del siglo XX, el gobierno de Estrada Cabrera estaba preocupado por “la conservación del orden y la mano de obra barata” (*idem.*). *El misterio* muestra la continuidad de la dinámica con la que se relacionaban los ladinos y los indígenas, al margen de las que se hicieran sobre propuestas gubernamentales emanadas desde el gobierno central. George Grunberg (2003) cita a Hugo Cayzac para enfatizar los prejuicios de los ladinos hacia los indígenas, cuya finalidad es controlar con el argumento civilizatorio y revela su intención de mantener el control total de la población indígena:

⁴⁰ Para el análisis de la violencia cultural, véase “Cultural violence makes direct and structural violence look, even feel, right –or at least not wrong. Just as political science is about, two problems –the use of power and legitimation of the use of power –violence studies are about two problems: the use of violence and the legitimation of the use.”, Johan Galtung, “Cultural Violence” en *Journal of Peace Research*, vol. 27, no. 3, 1990. p.291.

el indígena es inferior, por eso hay que ‘desarrollarlo’;
el indígena es una amenaza y por eso hay que tener siempre un ojo sobre él;
el indígena sólo existe en plural, no tiene iniciativa individual, por eso hay que manejarlo
en conjunto (Grunberg, 2003: 3).

El segundo prejuicio expuesto por ese autor es una creencia generalizada en las sociedades cuya idea sobre *el otro* los conducen a erigirlo como un sospechoso-enemigo con el que están obligados a compartir territorio. A su vez, los indígenas percibían la complicidad entre el Estado y los explotadores ladinos, incluso durante los gobiernos reformistas de mediados del siglo pasado, época en la que se desarrolla el argumento de la novela. Ello genera un ambiente propicio para los episodios violentos en los que el racismo emplea las diferencias para legitimar la agresión y el privilegio,⁴¹ como el de la masacre de Patzicía en la que se basa el nudo de esta obra.

El Estado y los grupos sociales que se encuentran representados en él, tienen un sustento teórico que respalda su derecho a la violencia, al dominio del otro o al asesinato. Bajo esa misma condición, normalizada por la sociedad, se han instrumentado las leyes que dan soporte al Estado monoétnico: “El racismo se inserta como nuevo mecanismo de poder del Estado, como una tecnología de poder con la prerrogativa y el derecho a decidir quién ha de vivir y quien no, ejerciendo el derecho a matar o eliminar al otro” (Casaús, 2002: 24). En *El misterio*, los indígenas intentan defender la propiedad de la tierra y sus derechos, violentados por los habitantes ladinos de Santa Ana, pero, después de recurrir a la municipalidad para rescatar los títulos de propiedad otorgados por el rey don Carlos a los abuelos de los abuelos de la comunidad (Cfr. Liano, 1996: 347), y darse cuenta de que los habían perdido, deciden que la única solución del conflicto es la violencia: “—¡No ves que nos quemaron los títulos

⁴¹ El estudio de la evolución del racismo en Guatemala hace un recorrido por diferentes propuestas teóricas en las que se refuerza lo dicho por Memmi, a quien emplea como principal fuente para poder interpretar el fenómeno: “No es siempre la diferencia lo que crea el racismo, sino que es el racismo quien utiliza la diferencia”. Casaús crea una definición del racismo a partir de las que elaboraron Memmi, Foucault (para el racismo de Estado), Taguieff y Wieviorka; citado por Casaús, *La metamorfosis del racismo en Guatemala*, Guatemal: Cholsamaj, 2002.

esos hijos de la gran puta! ¡Ahora no tenemos tierra ni nada! ¿Sabes qué? ¡Aquí está la ley que estos entienden! / Y el machete resplandeció con los últimos fuegos que devoraban la municipalidad” (Liano, 1996: 308).

El conflicto se agrava en la novela cuando Benito se percata de que, tras la caída de Ubico y gracias a las protestas generalizadas en contra de Ponce, los ladinos ven una nueva oportunidad para acrecentar sus propiedades, aún a costa de las tierras indígenas: “Cada uno nos dice que nos quieren quitar las tierras. Pero son palabras de ladino. La palabra de ladino no cambia las cosas, sólo las cubre, las transforma, las desvanece. El ladino te da palabras en lugar de cosas. Pero no tiene palabra. Nosotros tenemos palabra” (Liano, 1996: 302-303), dice uno de los ancianos del concejo, antes de que otro dé cuenta de la manera en la que históricamente han sido expoliados.

Mientras, en la cabecera del pueblo, los ladinos revolucionarios prendían fuego a la municipalidad, la novela representa el inicio de la Primavera con ese incendio. Pero el destino democrático del que hablan los ladinos en la Plaza nunca será capaz de tocar la existencia de los indígenas que viven en la periferia. Aquellos jóvenes que llamaban a la Revolución de octubre tenían que ceñirse a las palabras del gobierno central, cuyo llamado al orden sólo lo harían en el papel: “El comunicado del gobierno ordenaba restituir el orden, pues se trataba de una revolución pacífica y democrática” (Liano, 1996: 313); no obstante, los hechos marcaron la continuidad de las formas y las jerarquías sociales que habían pervivido, relaciones de poder que aseguraban la permanencia de un grupo étnico y económico sobre otro, la imposición de la voluntad de unos hacia otros, la violencia.

Los ladinos consideraban que la amenaza de perder su seguridad económica y su estatus sociopolítico también podía originarse en esa masa expoliada, de quienes debían cuidarse porque las modificaciones constitucionales emprendidas por el gobierno central eran consideradas como comunistas: “Resulta que, en la capital, los comunistas quieren botar a mi

general Ponce, y ustedes habrán visto que tienen hombres por todas partes, incluso aquí en el pueblo. Todos esos que andan armados, gritando que son revolucionarios, en realidad son comunistas” (Liano, 1996: 298). El poblado representado en la novela es una muestra de las opiniones y reacciones de la oligarquía nacional ante el ascenso de Arévalo y, después, de Árbenz, pese a que las reformas y “La Ley [agraria] no es en absoluto colectivista” (Rouquié, 1994: 70).

La representación del triunfo del Triunvirato de la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1944 es a través de la irrupción de la tragedia en medio de una fiesta. Los ladinos están celebrando la fiesta del pueblo (banda y reina de belleza incluidas) en la cabecera municipal de Santa Ana. Se hace silencio e irrumpe abruptamente un jinete que es el heraldo de la desgracia: “—¡Se levantaron los indios de San Andrés! ¡Mataron a machetazos a todos los ladinos! ¡Me he salvado de milagro!” (Liano, 1996: 326). El siguiente subcapítulo comienza con la explicación de las razones que condujeron a que la comunidad indígena ejerciera la violencia a la que sólo estaba acostumbrada como receptora; dicha explicación se encuentra narrada por el mismo jinete:

Me acuerdo que pasó a visitarnos el oficial del juzgado, que era muy amigo de mi papá, y al mismo tiempo, era gobiernista. Se había hecho rico durante la dictadura de Ubico. Ahora andaba interesado en hacerse de una finca, y había puesto los ojos en las tierras de los indios. El oficial estaba asustado, pero también le dijo a mi padre que no iba a quedarse con los brazos cruzados.

De repente agarró fuego a la municipalidad. Quién habrá sido, no le puedo decir. [...] Como si fuera de papel ardió el edificio, como los papeles que tenía adentro. Mi papá dijo: “Ahora se jodieron los revolucionarios” (Liano, 1996: 326-327).

Los indígenas habían resguardado sus esperanzas en la recuperación de los documentos que los acreditaban como propietarios ancestrales de sus tierras, pero ante esa posibilidad, los ladinos prefirieron que no quedara prueba escrita alguna de que las comunidades eran dueñas

de la tierra. Los ladinos, temerosos de que la revolución reformista hiciera justicia para las mayorías, prefirieron incendiarlo todo.

La revolución llegó en medio de una fiesta a los centros políticos del país, sin embargo, los poblados alejados (fincas rodeadas de pequeñas comunidades indígenas) la percibían como una amenaza a los privilegios obtenidos a lo largo de la historia y, particularmente, durante el gobierno de Ubico: “Ubico adoptará ciertas medidas que se pueden calificar como modernizadoras en la medida que limitan los poderes absolutos de los notables locales y refuerzan los del Estado central” (Rouquié, 1994: 68). Las reacciones no se hicieron esperar, finqueros y empresarios que consideraban que perderían sus privilegios alzaron la voz desde el primer instante para denunciar el carácter socializante del nuevo gobierno; dichas protestas se intensificarían en el gobierno de Árbenz.

La violencia social en la que está ambientada la novela tiene dos universos de descripción y de acción: la del mundo ladino y la del indígena; en el primero, los ladinos ven amenazada su seguridad, estabilidad y continuidad, por los cambios políticos (renuncia de Ponce y emergencia de los gobiernos revolucionarios), además, la presencia indígena también es vista como una amenaza dado que en esa época decidieron levantarse para mantener sus tierras. Por su parte, los indígenas responden a siglos de opresión a manos de los ladinos. Se organizan y exigen sea respetada su propiedad. Lamentablemente, la única respuesta que conocen para solucionar un conflicto es la violencia, así que la emplean ante la frustración que sienten al no ser capaces de encontrar una solución por los cauces legales. La venganza ladina llegó en camiones repletos de gente dispuesta a lavar con sangre el crimen de los indígenas. Dirigidos por el jefe político y por un militar, quien les había entregado un fusil a cada uno de los hombres que viajaban a San Andrés, los hombres que llegaron al pueblo fueron testigos del escenario dantesco dejado por la masacre: “Fueron revisando casa por casa, y sólo encontraron muertos despedazados a machetazos. La mayor parte de los hombres resistieron

el espectáculo de dos o tres muertos. Algunos vomitaban en las esquinas. Otros se desmayaron. [...] El piso era de sangre, sangre gruesa y abundante, como si la hubieran vaciado a baldasos” (Liano, 1996: 332).

En *El misterio*, el levantamiento indígena evidencia la disparidad numérica entre los indígenas y los ladinos cuando señala: “Todos los ladinos, que somos pocos en el pueblo, cerramos las puertas como pudimos [...] Los estaban matando a todos. Mataban familias enteras [...] pero los indios son más y pronto los desarmaban” (Liano, 1996: 328). En esa escena también queda claro el temor de los ladinos ante un levantamiento indígena, provocado por la explotación ancestral y la ausencia de justicia. Sin hacer apologías de la pobreza y de lo indígena, los mundos representados en la novela permiten hacer una denuncia de las condiciones injustas en las que el capitalismo ha instalado su sistema en Guatemala: primero a través de la agroexportación a Europa y después la dependencia a los Estados Unidos. En ese proceso, como señala Rouquié: “A falta de metales preciosos, los indígenas, numerosos en el norte del istmo, fueron la mina centroamericana” (1994: 35), mina a la que a lo largo del siglo XX se le agregó la producción agrícola.⁴²

Es indudable que las acciones que se han tensado por medios violentos intenten resolverse por los mismos medios. Desde la Colonia, Guatemala fue sometida a las más férreas estrategias de dominación del colonizador español, quien además usó una estrategia de división del enemigo que

acentuaron la diversidad cultural de las poblaciones conquistadas. [...] Las autoridades coloniales, lejos de tratar de integrar y unificar la multiplicidad de grupos aborígenes, se esforzaron por aislarlos y por destacar los elementos de diferenciación. [No obstante] Revueltas indígenas esporádicas y violentas salpican la historia de América Central y constituyen su horizonte social. La lista es interminable [...] En los hechos, los indígenas jamás aceptaron la pérdida de su libertad y la dominación impuesta. Estas explosiones

⁴² La agricultura está concentrada básicamente en cuatro productos: café, azúcar, plátano y cardamomo.

expresan la cólera acumulada durante los siglos de humillación y la esperanza mesiánica de volver a una edad de oro precolombina (Rouquié, 1994: 33-34).

Es esa normalización ancestral de la opresión la que condujo a que dos representaciones de Guatemala se enfrenten en la historia nacional y en la de la novela. Ninguno de los gobiernos guatemaltecos ha apostado por la integración de todos sus habitantes en una nación pluriétnica y multicultural (incluso, después de los Acuerdos de paz, la consulta sobre las enmiendas constitucionales dio como resultado la preeminencia de un mundo ladino) capaz de respetar las diferencias que se encuentran en la totalidad. Por el contrario, la única coincidencia es la percepción de la necesidad de la violencia como un mecanismo capaz de solucionar o evidenciar la inconformidad y el miedo.

Después de que los ladinos llegaron a San Andrés para presenciar la masacre, apelaron a la venganza directa, a la violencia social entre grupos opresores a oprimidos, armados con fusiles hacia los armados con machetes. Los vengadores no esperaron a que se hiciera justicia por medio de la ley, prefirieron recurrir a las acciones represivas directas que ya habían probado a menor escala:

El pueblo había caído en el silencio. Los indios habían desaparecido.

—Se echaron al monte —dijo el jefe político. —Va a haber que esperar el día para ir a rastrearlos [...] ¡Aquí se requiere el ejército!

—No hay necesidad —le dijo un ladino, de las patrullas cívicas—. Nosotros conocemos el terreno. Tiene razón. Hay que esperar el día, pero vamos a ser nosotros los que vamos a matar a estos cabrones. **Es nuestra tierra**, y muchos de los muertos son parientes nuestros.

—¡Tribunales revolucionarios! —exclamó el joven Aranguren.

—**Nada de tribunales** —le dijo el jefe político—. **Los vamos a liquidar en donde los encontremos.** ([El resaltado es mío] Liano, 1996: 332-333)

Para la comunidad indígena de San Andrés no hubo justicia antes de la masacre ni después de ella. Ellos eran los culpables de la desgracia porque eran sospechosos, porque eran

considerados como una amenaza necesaria con la que debían vivir los ladinos para poder explotar su fuerza de trabajo.

A lo largo de la novela, el autor selecciona una serie de pasajes arquetípicos de la violencia ejercida contra indígenas y contra ladinos en una sociedad en la que ambos grupos están enfrentados; muchos de esos pasajes tienden a representar explícitamente los fenómenos violentos, en ellos aparecen los personajes indígenas como víctimas: la muerte de un infante como producto del hambre, un indígena es mordido por una serpiente en las plantaciones de la costa y no es atendido por ningún servicio de salud, los trabajadores temporales de la costa sufren vejaciones constantes en las que les esquilman sus salarios, la defensa de los indígenas ante la injusticia es reprendida con la cárcel, etcétera. De esta manera, se muestran los diferentes niveles en el proceso de la sistematización de la violencia social. Por ello, se puede afirmar que la violencia ejercida contra los indígenas no es únicamente la representada en la masacre, aunque sí sea una de las más impactantes y descarnadas de la novela. También es violento el modo en el que ambas poblaciones viven su cotidianidad: siempre con miedo⁴³ del otro, con el terror de perder lo que hasta el momento han conseguido, con un horror anómico al peligro representado por los otros, esa es una forma brutal de la violencia. Grosfoguel se basa en Boaventura Sousa Santos y afirma:

En la zona del no-ser debajo de la línea abismal, donde las poblaciones son deshumanizadas en el sentido de considerarse por debajo de la línea de lo humano, los métodos usados por el “Yo” imperial/capitalista/masculino/heterosexual y su sistema institucional para gestionar y administrar los conflictos recurren a la violencia y a la apropiación abierta y descarada. Como tendencia, los conflictos en la zona del no-ser son gestionados por la **violencia perpetua** y solamente en momentos excepcionales se usan métodos de regulación y emancipación. Dado que la humanidad

⁴³ “El miedo es la representación psicológica, cultural e institucional de la violencia [...] En América Latina existe una cultura del miedo latente, y a veces declarada, que ha alcanzado dimensiones institucionales inducida por una violencia indiscriminada pero sistemática; violencia que a menudo se gesta en los propios aparatos del Estado o se organiza desde las mismas autoridades y se reproduce en las fuerzas del orden. Así pues, como sostiene Edelberto Torres-Rivas [...] la cultura del miedo está inserta en un clima general caracterizado por la ‘trivialización del horror’”, Kees Koonings y Dirk Kruijt, “Las sociedades del miedo: causas y consecuencias”. En *Las sociedades del miedo: el legado de la guerra civil, la violencia y el terror en América Latina*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002. p. 37.

de la gente clasificada en la zona del no-ser no es reconocida, dado que son tratados como no-humanos o sub-humanos, esto es, sin normas de derechos y civilidad, entonces se permiten actos de violencia, violaciones y apropiaciones que en la zona del ser serían inaceptables ([El resaltado es mío] 2012: 96).

Esa “violencia perpetua”, a la que alude Grosfoguel, ha tenido una presencia de larga data y se ha arraigado en las poblaciones más vulnerables de la sociedad latinoamericana estudiada: “se asientan, aun implícitamente, en la incertidumbre de la vida cotidiana [...] Se trata de una forma de represión estructural que se origina en un mundo de extrema pobreza física y moral” (Koonings y Kruijt, 2002: 299). Pero la violencia perpetua se encuentra normalizada sólo para uno de los sectores de la sociedad representados en la novela, los indígenas; los ladinos sólo tendrán miedo de la violencia que se pueda volcar sobre ellos en los momentos de crisis, instantes históricos en los que consideran puede revertirse su situación y colocarlos en la indefensión y el peligro.

En *El misterio*, la representación de la violencia también es visible a partir de la estructura mostrada por el enfrentamiento de las dos cosmovisiones sin tener posibilidad de construir un relato en el que se le dé continuidad a las perspectivas. Si bien los personajes comparten el mismo espacio, cuando están en el pueblo o en las plantaciones de la costa, las descripciones se distinguen entre sí por la selección de los vocablos con los que reconstruyen sus observaciones: Benito Xocop alude constantemente a la naturaleza con un tono ritual y reverencial, además, en varias ocasiones se refiere a la comunidad como un factor determinante de su identidad y actúa por los dictados de ella. Otro factor que distingue el relato de Benito son los sueños premonitorios, dándole así un sentido mágico que lo distancia del pensamiento científico occidental. Mientras, Roberto Cosenza privilegia sus intereses personales, gustos, necesidades y a la gente que lo rodea; es decir, la personalidad de Roberto lo conduce a crecer como un individuo que considera únicas e importantes sus ideas, no alude al ámbito comunitario y su infancia y adolescencia es vivida desde su individualidad. Sin

embargo, hacia el final del relato, es posible detectar la tendencia autoreflexiva sobre su existencia, en ella hace una crítica acre sobre su realidad ventajosa:

¿Qué había hecho de su vida? Ni hijo, ni árbol, ni libro: se la había pasado abriendo la boca. ¿Qué había hecho de su vida? Le parecía no haber vivido lo suficiente y, antes de cumplir los treinta años, creía que le faltaba poco tiempo para vivir con intensidad un mundo que fuera más que las borracheras del fin de semana y las aventuras sexuales que le daba la capital. ¿Qué había hecho de su vida? Le interesaba más experimentar que recordar, y no se daba cuenta que valía más su recuerdo que cualquier intento vitalista, por lo demás, lejano de su carácter (Liano, 1996: 386).

Roberto Cosenza ganó fama con el pequeño diario urbano en el que pudo publicar las crónicas imposibles de difundir en los de mayor circulación, porque sólo en esas pequeñas publicaciones le sería posible hacer una crítica al gobierno que, aunque ligera, podría minar las inestables filas de lo que los personajes consideran democracia. La censura hacia la prensa es una muestra de la intolerancia hacia las opiniones diferentes dentro de una nación que intenta privilegiar la homogeneidad; ese puede ser un factor que evitó que se conocieran diferentes pasajes de la vida de los pueblos indígenas o de otros grupos sociales cuya presencia era anulada por los grupos dominantes.

La pluralidad étnica guatemalteca, representada en la novela, lleva el nombre de cada uno de los personajes principales, quienes evidencian la intersección de ambos universos en el mismo relato. Los caminos de Roberto y de Benito se entrecruzan en un instante, sólo para dejar constancia de las diferencias que existieron en sus vidas y de la disparidad en su destino. Cada encuentro los coloca en uno de los polos de la disputa, ya sea en las fincas de la costa o en la presentación de Benito ante los militares en Santa Ana. La prolepsis en el relato de Roberto marcan la masacre como “pesadilla lúcida” (Liano, 1996: 329); para Benito, la masacre vivida oníricamente marcó el inicio de su vejez en una cárcel que le quitó la juventud.

4.3 *El hijo de casa y Pequeña historia de viajes, amores e italianos*

A diferencia de *El misterio* y de *El hombre de Montserrat*, *El hijo de casa* y *Pequeña historia de viajes, amores e italianos* (en adelante *Pequeña historia*), se abordará el análisis de la violencia horizontal, según la propuesta de Dorfman, a sabiendas de que en la sistematización de la violencia, ésta es vista como un proceso en el que se intersectan diferentes factores. Este trabajo plantea el análisis de estas dos últimas novelas como ejemplos de representación de la violencia ejercida entre pares de una misma clase social o de una semejante, sin por ello demeritar la importancia que tiene la constitución de una nación pluriétnica en la que se ha estigmatizado a un grupo (racial y económico).

La anécdota de *El hijo de casa* está centrada en el proceso judicial que se llevó a cabo por un asesinato múltiple ocurrido en Guatemala en 1952, y los comentarios que tentativamente pudieron haber ocurrido entre la población de la época. En él se entreteje la historia del pugilista Erwin Rosario, el médico forense Zamora y las descripciones de los acontecimientos de la noche del crimen. En esta novela se muestra la violencia ejercida por un tendero y su familia hacia un huérfano, quien busca mecanismos de sobrevivencia en medio de un mundo que le es hostil; y el adulto que se hace responsable de él capitaliza su buena obra con la explotación del muchacho. En esta novela no hay idealización de los personajes, ninguno es puro ni muestra intención de serlo.

Carente de héroes, *El hijo de casa* muestra la pobreza espiritual de los personajes que la pueblan: un médico forense cuyo informe revictimiza a una muchacha (cuya culpabilidad sobre la planeación o la intervención en el crimen es ambigua, incluso al final, cuando se sabe que fue violada sexualmente primero por el padre), práctica cotidiana y normalizada de la tortura a manos de la policía guatemalteca, trato desigual de los inmigrantes latinoamericanos en Europa, explotación y maltrato infantil, entre otras.

El relato es polifónico, está contado por diferentes voces narrativas yuxtapuestas: comienza desde la omnisciencia, pasa a una voz en primera persona del plural y, en diferentes pasajes, cede la voz narrativa a distintos personajes, quienes se hacen cargo de guiar al lector por las otras ópticas presentadas. Algunos cambios entre las voces se dan sin gradación ni marca tipográfica alguna, revelando las aristas de una historia reconstruida en una nueva versión, ficcional y alternativa, sobre el crimen que la prensa y los guatemaltecos de la época comentaban.

Dante Liano, en diferentes visitas a Guatemala, realizó una meticulosa búsqueda hemerográfica que le permitiera conocer los pormenores del crimen, aunque no se propuso esclarecerlo ni hacer una crónica apegada a los hechos; por el contrario, el autor buscó la ficcionalización de un acontecimiento que marcó la memoria colectiva de su patria. Durante sus pesquisas, identificó diferentes discursos legales que imita en la novela y generan una mayor ilusión de realidad, aunque dentro del mismo relato sean vistos con un tono de mofa por contener un estilo diferente al habla coloquial: “–Usted a veces habla como los libros –se burla el policía. / –Será por mi profesión –se defiende el doctor Zamora” (Liano, 2004: 90). La imitación del discurso legal cuestiona la pericia de las instituciones al mostrar una falsificación con faltas ortográficas o con una marcada inclinación sexista: “Los infrascritos [...] declaran que cumplían con su vigilansia de rigor, siendo las dos de la mañana con quince minutos, más ó menos, cuando oyeron provenir de la casa que lleva como título ‘Tienda la torre’ una serie de gritos y alaridos provenientes de persona humana” (Liano, 2004: 81). El autor se convierte en un crítico de las sociedades que le permiten seleccionar de la realidad sus elementos referenciales, las sociedades en que creció y en que se exilió: “El crítico en el que se convierte el novelista es en esencia un antropólogo, porque la antropología facilita el único discurso capaz de analizar y narrar con autoridad lo autóctono, de ahí la leyenda de

legitimación y las diversas actividades de recopilación de datos a las que se dedicaban al encontrarse sobre el terreno” (González Echeverría, 2011: 222-223).

Fernando Aínsa cuestiona la imposibilidad de una memoria fiel a la realidad de sus naciones de origen, representada en los textos literarios de los exiliados; tampoco pueden regresar a la patria que abandonaron o de la que fueron expulsados, por eso se gesta en su imaginario una forma ficticia de patria: “El regreso al pasado con el que se había identificado la patria lejana ha sido imposible. Su país sigue siendo una cárcel” (Aínsa, 2010: 45).

En esta novela breve, publicada en 2004, el autor se permitió escudriñar las formas discursivas legales y forenses para reproducirlas o emularlas con un tono crítico, capaz de crear una representación arquetípica de los personajes a partir de las construcciones sintagmáticas empleadas. Aunque este ejercicio literario de emulación de los discursos legales dista mucho de ser novedoso en la literatura latinoamericana,⁴⁴ es importante para evidenciar el cruce de la violencia vertical y horizontal en el relato y en la sociedad guatemalteca. El narrador omnisciente revela explícitamente la inutilidad de esos discursos: “En el informe, el doctor Zamora declara ‘bajo protesta de ley’ (las fórmulas del lenguaje jurídico eran como los marcos de los cuadros, absolutamente necesarias aunque no fueran sustancia de los informes)” (Liano, 2011: 27).

Liano también observa y denuncia las condiciones violentas experimentadas por los inmigrantes ilegales en Europa, con ello demuestra que el racismo y los tratos discriminatorios también se encuentran en el primer mundo. Erwin, el pugilista que escapa de su patria para huir de la ley por la supuesta complicidad con los asesinos y porque tenía una relación amorosa con una mujer de una clase social distinta a la suya, representa a los inmigrantes pobres e ilegales que viajan a Europa y que son recibidos acremente por las

⁴⁴ Para una discusión de las primeras ficciones latinoamericanas y su base notarial, se puede revisar el texto de Roberto González Echeverría, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, Virginia Aguirre Muñoz (trad.), 2ª ed., México: FCE, 2011.

inclemencias del clima. Los únicos ejemplos de solidaridad hacia ellos son mostrados por algunos organismos de caridad y por otros inmigrantes.

La violencia social en ambos continentes se entrecruza con la individual, aunque la primera siempre se encuentre en el subterfugio de la segunda:

Estos personajes agreden a otro ser humano, a veces un amigo, o un miembro de su propia familia, otras veces a cualquiera que se cruce por el camino: su violencia no tiene, para ellos, un claro sentido social, aunque la sociedad enajenante vibra como trasfondo invisible de todos sus actos aparentemente gratuitos y triviales. [...] Los llamamos horizontal porque luchan entre sí seres que ocupan un mismo nivel existencial de desamparo y se alienación (Dorfman, 1972: 26).

Manuel y sus cómplices pertenecen a una misma clase social, han vivido en la calle y sus posibilidades de escalar socialmente son casi nulas. La frustración generada en ellos a través de años de maltrato social se condensa y se transforma en un rencor profundo contra todos los que han labrado la afrenta. En todas las declaraciones que Manuel da a la prensa, intenta que quede claro el móvil de *su* crimen:

Pero sépalo, escriba que no tengo ni reloj, porque ese viejo no me daba ningún salario. Me tenía trabajando como un animal, el muy cabrón, y no me daba ni un centavo. No por eso lo maté, ¿verdad? No vaya a escribir que por eso lo maté. Un reloj se consigue. Lo maté porque ya no lo aguantaba más, porque me rebalsaba la cólera (Liano, 2004: 95).

Manuel, el hijo de casa, expone los maltratos continuos a los que lo sometía el dueño de la tienda y su familia. Si bien el tendero era un pequeño propietario y Manuel era un niño al que había llevado a casa pensándolo como un ser indefenso, de quien podría sacar provecho, en las grandes escalas sociales sus afinidades morales los emparentan: ese hijo de casa mata a su familia por los tratos individuales recibidos a manos de esa familia, en ningún momento lanza un discurso de clase ante los propietarios abusivos o los adultos que usan la mano de obra infantil. No obstante, esa misma acción individual en el relato, tiene una relación directa

con los factores sociales y culturales en los que falta de protección a los infantes y a otros grupos vulnerables. Para Manuel, las condiciones de vida en la casa de la familia del tendero eran insostenibles, y su razonamiento resuelve que la única manera de liberarse era darle muerte a quien considera es su enemigo. Dorfman señala que el orden de razonamiento de esos personajes es complejo porque “están enfrentados concretamente a desaparecer si no matan. [...] Matar significa que no hay vida para el otro. Pero yo también soy el otro: para mí también habrá vida [...] Al matar sobrevivo; pero también muero” (*idem*).

Manuel es un personaje que reconoce sus actos, sean estos deleznable o no, los asume como parte de la normalidad con la que ha vivido la violencia desde su infancia. Muestra de ello es la violación a Merci, cuyo acto aparece fragmentado en una serie de declaraciones que contribuyen a crear un halo de sospecha hacia la joven. Esta violación es compleja porque hacia el final de la novela se insinúa que es el padre quien la asalta sexualmente, aunque no se sabe si es el único que lo hace: “El que la había desflorado no era Manuel, sino el papá, y capaz que se la pasaban también los hermanos. [...] Es cierto que ella le contó a Manuel que su padre la violentaba con frecuencia [...] Saber que el viejo violaba a su favorita lo decidió a acabar con todos” (Liano, 2011: 136). La violación de este personaje puede cuestionarse debido a su declarada homosexualidad y a la cercanía que ambos tenían, cercanía que incluso genera dudas sobre la autoría intelectual del crimen. Aunque no se puede descartar que también Manuel haya tenido relaciones sexuales no consensuadas con Merci, debido a que el panorama violento que se describe puede corromper todo código de valores.

Pese a que no sólo Manuel reconoce el crimen cometido, la prensa minimiza las acciones de sus cómplices por considerar que las condiciones de pobreza y marginación los hace incapaces de la planificación de un crimen de esa magnitud: “Los otros asesinos eran unos balbucientes que no sabían más que contar una vida miserable en el campo” (Liano, 2011:94).

En este pasaje se intersectan los dos tipos de violencia señalados: el horizontal e individual y el vertical y social.

Los representantes de la institución policial guatemalteca muestran su desprecio a ciertos sectores de la sociedad, ya sea por su procedencia geográfica o por su extracción de clase; muchas de las críticas hacia los detenidos vienen del prejuicio de estos personajes por los originarios de un pueblo o por una clase social que bien podría estar ligada a ellos mismos. Trabajadores que desprecian a trabajadores, y pobres que desprecian a los más pobres. En este caso, la violencia se manifiesta de manera individual-horizontal, pero es producto de la ideología etnocéntrica dominante, asociada con un componente económico que determina a los sujetos y su posición en función de una escala de valores preestablecida.

Por último, es importante señalar que la presencia femenina en las novelas estudiadas de Liano tiende a presentarlas bajo esquemas tipológicos asignados por una sociedad sexista, aunque también las invisibiliza, no sólo porque los personajes principales sean varones, sino porque los roles conferidos a cada uno de los personajes femeninos se encuentran definidos por su indefensión e inferioridad con respecto a los personajes masculinos. Ellas son esposas de los personajes, sus amantes, sus hijas o, en el caso más dramático, la víctima de una venganza cumplida.

En *El hijo de casa*, Merci es violentada porque Manuel la equipara con una víctima más débil que el hermano menor; es decir, la condición que la vuelve vulnerable es su género y no su edad, corpulencia o falta de pericia para defenderse. También es violentada por el Dr. Zamora cuando su juicio médico se basa en la actividad sexual de una sobreviviente al homicidio de su familia:

Lo primero que hicieron fue acusarme de complicidad en el crimen. Dijeron que era la amante de Manuel, porque fui la única que se salvó. Me mandaron a que un médico del hospital me examinara. Yo creí que por las heridas que me había hecho Manuel durante el asalto a la casa. El médico era un hombre muy elegante y muy delicado. Estuvimos

hablando largo rato antes de que él me hiciera el examen. Al fin, el examen llegó y fue una humillación (Liano, 2011: 46).

El médico emprende un examen en el que minimiza las heridas y hurga en la vida sexual de la joven como si de ello dependiera el esclarecimiento del crimen o permitiera probar su complicidad. Los actos violentos a una joven son normalizados bajo el supuesto argumento de que no se puede ser inocente si ha iniciado una vida sexual activa antes del matrimonio.

El sexismo es una violencia vertical que se incorpora a la manera en la que se percibe el mundo por los sujetos, de tal suerte que ser mujer se convierte una marca de inferioridad. Sin embargo, en el caso de la violencia sexual referida por Merci, es posible identificar los factores en la dinámica familiar que le confieren una condición de vulnerabilidad desde la perspectiva de Manuel. La violación de Manuel a Merci es la confluencia de los dos tipos de violencia que se están analizando: la vertical-social (género), horizontal-individual (era la más vulnerable en la familia). En una de las declaraciones de Merci es evidente esta asunción de culpa por su género en la que se intersectan esas violencias: “Quería besarme y yo sentía ganas de vomitar. Sentí un gran miedo de que mis padres o mis hermanos se despertaran y nos descubrieran. Sé que ambos habríamos aparecido culpables a sus ojos. Yo, más que él, por ser mujer, porque seguramente habrían dicho que lo había provocado (Liano, 2011: 69).

Merci sabe de antemano que será enjuiciada por la sociedad al haber comenzado su vida sexual fuera del matrimonio, sin importar que ese inicio haya sido producto de una violación, ella asume su complicidad con Manuel porque comparten un secreto: “Ahora teníamos un secreto, un secreto nocturno de forcejeos y murmuraciones, y yo me sentía cómplice de mi torturador, como si fuera yo misma la culpable del ultraje recibido” (Liano, 2011: 70).

Dante Liano evita presentar a los personajes como sujetos desvalidos, incluso Merci, hacia el final de la novela, será sospechosa de haber planeado el crimen del Torreón. El autor

transgrede las suposiciones políticamente correctas para el tratamiento de las víctimas y los victimarios en esta obra, tal y como lo hiciera en *El misterio* o en *El hombre de Montserrat*, y conduce al lector a cierto grado de desconcierto y ambigüedad en el que cualquiera puede ser víctima o victimario. El clima violento es ese en el que todos pueden ser enemigos, eso genera miedo y control, como parte del ejercicio del poder.

En *Pequeña historia*, las representaciones de la violencia tienen la misma característica: entrecruzamiento de la violencia individual-horizontal y la social-vertical. Los inmigrantes italianos que llegan a Guatemala en el último tercio del siglo XIX son, en su mayoría, campesinos pobres a quienes han convencido de que su situación mejoraría si salían de su patria, porque en América las posibilidades de enriquecimiento eran mayores. La recepción de estos inmigrantes es parte de las propuestas gubernamentales para “blanquear” a Guatemala, aunque, dado el tipo de inmigrante que llegó a los puertos, el gobierno decide confinarlos en una zona:

Resulta –dijo Capitone— que el gobierno de Guatemala lanzó un plan para la emigración, pero no quería que los emigrados llegados de tierras lejanas llegaran a poblar el altiplano, ya de suyo lleno de ladinos e indios que convivían a tirones y desconfianzas. Así que creó una zona alrededor del puerto de Santo Tomás de Castilla, zona para colonizar, primero volarse todas las matas y los árboles de terreno, y luego sembrar café, a llenarse los bolsillos y la vida del aroma del café, volverse terratenientes todos, porque se comenzaba a desboscar en torno a Santo Tomás y se seguía después hacia arriba, hacia el Petén, miles de kilómetros deshabitados. Y en los sueños del Gobierno, un hormiguero de extranjeros que haciéndose ricos harían rico al país (Liano, 2012: 59).

En esta novela se lleva a cabo una denuncia velada de los planes para la recomposición del gobierno (violencia horizontal), pero también desenmascara la idea de que todos los europeos que llegaron a América lo hicieron con fondos o conocimientos suficientes como para enriquecer al país. El cultivo de café contribuyó a la modernización a cualquier costo,

bajo la idea liberal en la que se deben “eliminar todos los obstáculos que se oponen al desarrollo de la especulación dominante” (Rouquié, 1994: 39).

Los liberales proporcionaron grandes ventajas para la inmigración europea, pero no todos los recién llegados cumplirían los sueños gubernamentales o propios (hubo quien sólo encontró la muerte), aunque las historias reconocidas por el Estado eran las victoriosas, razón que conduce a reconocer la inmigración alemana. Después de vivir algunos años en las nuevas tierras, los italianos de la novela se percatan de que las promesas de riqueza fácil y tranquilidad inmediata se esfuman:

Haber cruzado el mar, haber atravesado este país y también el suyo, huyendo del trabajo asesino y los inviernos devastadores para venir a caer en lo mismo, sólo que bajo el sol de los trópicos, parecía una broma, era una broma: alguien se estaba riendo de ellos, no era posible, todos los sueños de la travesía del océano, los sueños de riqueza fácil, de fortuna debajo de los árboles, de vida regalada y sin fatiga, todo eso se había venido a estrellar (Liano, 2012: 88).

Liano incorpora este texto a su producción literaria como una deuda personal a su pasado familiar, pero también para dejar constancia del Babel necesario para formar una nación,⁴⁵ incluso es capaz de mostrar las variantes étnicas italianas para decirnos que allá también hay discriminación (tal como lo hizo en *El hijo de casa*) y que los campesinos europeos también escapaban de la explotación y de la muerte. Rodeados de violencia, los campesinos italianos vendían lo que podían y se embarcaban en una empresa dibujada bellamente por los emisarios gubernamentales, quienes los embaucaban con *Eldorados* y *Manoas*, representados arquetípicamente por Pietro Boero:

Ah, Guatemala es un país de ensueño –decía Boero–. Cuando yo llegué, no fue para quedarme, estaba de paso [...] era Guatemala el país en donde quemaban el dinero, y no sólo, pues no era sitio donde tuviera que trabajar tanto, no como aquí. La gente vivía

⁴⁵ Ver Patrizia Spinato Bruschi, “L’emigrazione italiana in Guatemala attraverso la letteratura” en *Altre Modernità*. [en línea]vol. 10, núm. 2, 2009. pp. 123-131. Recuperado de: <http://www.riviste.unimit/index.php/AMonline/article/view/286/403>

descansando en las hamacas [...] Y todavía ahora, los blancos que llegamos somos confundidos con dioses, y como tales nos tratan los pobres indios, y trabajan para nosotros y nos rinden tributo, de tal manera que es difícil, aunque uno quiera, ponerse a trabajar (Liano, 2012: 31).

Los inmigrantes, en calidad de paquete y moneda de cambio para Boero, consideraban que lo que vendría sería lo mejor: “Jauja nunca está atrás, siempre está adelante [...] América es eso” (*ibidem*: 41). El viaje de los italianos es explicado por uno de los campesinos como “una huida [...] ya no se podía más que vivir al día, que envidiar con odio sin esperanza a los que eran más ricos”. Extraídos de su tierra con engaños, los italianos que viajaban a Guatemala hacían la travesía en medio de las pesadillas violentas del engaño, suponían que iban anclados sólo a su voluntad, cuando eran presa de la voluntad de Boero.

La vida de los campesinos a los dos lados del océano se representa como la existencia explotada por los propietarios de la tierra y los coloca a merced del destino. La violencia que se ejerce entre esas clases sociales es horizontal-social y se reproduce en todos los lugares en los que el capitalismo está presente. Liano no denuncia sólo los maltratos que reciben los trabajadores en Guatemala, sino que los compara con los que reciben en Europa. Esos migrantes italianos hacen el viaje de los conquistadores y, en los tres casos abordados en la novela, se convertirán en parte del país sin dejar de pertenecer a Italia: en ocasiones su español toscano se fundía con el italiano, tenían costumbres, dichos y gustos de la región italiana de la que procedían pero, al oír mentar el nombre de la patria, los regionalismos eran superados y los movían a la nostalgia porque “había en el fondo de su conciencia una voluntad de resistir a la asimilación total” (Liano, 2012: 136).

La economía de mercado ha violentado a un sinnúmero de trabajadores al forzarlos a salir de sus patrias en la búsqueda de seguridad y sustento, esta novela no hace otra cosa que reconocerlos y contar las vivencias que pudieron ocurrir, pero que no serán contadas por la historia. Pese a las condiciones infaustas en las que llegaban o tenían que sobrevivir muchos

de esos inmigrantes legales, existía la posibilidad de apelar a los compatriotas para solicitar ayuda; así que una manera de enfrentar la violencia que ejercía el capitalismo sobre esos inmigrantes a Guatemala fue la puesta en práctica de organizaciones mutualistas que apoyaban a los recién llegados.

La violencia horizontal es ejercida por los individuos que se encuentran en un estado de igualdad o semejanza de condiciones. La violencia racista manifestada por los italianos pobres de la novela se expresa en dos casos: cuando expresan distinciones entre los italianos de una u otra región, y cuando uno de ellos se casa con una mujer negra. En su valoración sobre la suerte con la que corrieron los tres amigos, Franco criticaba duramente las elecciones de Pasquale: “sólo vino a deshonrar la fama de los italianos, viviendo de las putas y, lo que es peor, lo imperdonable, conviviendo con una negra” (Liano, 2008: 138-139). En este juicio es evidente la doble moral de quien ha asistido a un prostíbulo, pero reprocha públicamente la actividad; aunado a ello, su percepción del perjuicio que traerá para el grupo de italianos no sólo depende de su trabajo, sino porque un matrimonio con una mujer negra es percibido por ese personaje como un retroceso dentro de la escala social a la que él aspira. Esta valoración propiciada por el racismo de algunos, ante las características biológicas de otros, hace que considere que su amigo decaerá socialmente por haberse casado con Licha. Además, Franco considera que la acción de Pasquale también tendrá repercusiones en detrimento del grupo, de todos los italianos llegados a estas tierras.

El maestro de Roberto Cosenza, desde una superioridad otorgada por su grado académico y por el poder que posee ante los ojos de los habitantes del pueblo, también hará comentarios racistas en contra de los indios y a favor de la creación de una raza superior (Ver Liano, 2012: 202). Son las figuras asociadas al control, al poder o a la creencia de superioridad, quienes emiten estos juicios a partir de generalizaciones dependientes de la raza

o del lugar de procedencia. De esta manera, estas prácticas racistas justifican un sistema de dominación basado en las agresiones y en el sometimiento de unos a la voluntad de otros.

A modo conclusiones: Retorno con maletas hechas, por si volvemos al camino

Cuando Dante Liano salió de Guatemala para concluir su doctorado en Italia, no se imaginaba que la oportunidad le proporcionaría más de treinta años al servicio de la educación en aquel país, ni que sería testigo de los acontecimientos de su patria a través de los testimonios o de la prensa. Este escritor, como muchos otros, hizo las maletas para tener un destino distinto al que le estaba ofreciendo su país, no porque fuera presa de la violencia desatada en el gobierno de Lucas García, sino porque difícilmente podría obtener las condiciones laborales que sí tenía en Italia, pese a que en aquel país la violencia terrorista y la mafia también daban claras muestras de tener todo controlado.

En Guatemala siguió escribiéndose literatura en los peores años de las dictaduras, aunque ésta no fuera publicada en aquel momento ni dentro del país; pese a que, podía suponerse que la novela guatemalteca únicamente se estaba escribiendo afuera⁴⁶ de las fronteras, muchos estaban aguardando el tiempo para salir a la luz después de haber permanecido en silencio por largos años. Ya fuera póstumamente o con las distancia que dan los años a una obra que madura en medio de un conflicto social.

Liano tuvo la fortuna de poder publicar la mayor parte de su obra gracias a su permanencia en Italia, e incluso se puede afirmar que gracias a ello conoció las atrocidades de la guerra, sin participar directamente en ella, antes que los guatemaltecos que vivían al en el país y que eran víctimas de la censura y el control de la información a manos del Estado. Esto es notorio cuando se leen varios pasajes de *El misterio de San Andrés* y se confrontan con *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, las coincidencias en la forma y orden del relato,⁴⁷ que podría ser motivo de trabajos posteriores, conducen a pensar que Liano tuvo

⁴⁶ Ver Galich, 2005.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, la descripción del viaje que realiza la familia de Benito Xocop a la costa para trabajar en la finca y la que hace Rigoberta Menchú sobre el desplazamiento de su familia a esa región. E ambos relatos aparece también un pasaje de las elecciones fraudulentas en las fincas. Elizabeth Burgos. "Primer viaje a la finca. Vida en la finca" en *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. 20 ed., México: Siglo XXI

contacto con algunos exiliados guatemaltecos que no formaban parte de su círculo original de influencia.

El recorrido histórico realizado a partir de la lectura y el análisis de las cuatro novelas estudiadas en este trabajo, permitió tener un panorama del siglo XX guatemalteco: la llegada a finales del siglo XIX de los inmigrantes italianos que ayudaron a construir silenciosamente algunas vidas en el país, la formación de una pequeña ciudad y los crímenes o el hacinamiento que ello acarrea, la dictadura ubiquista y el inicio de la Primavera y las campañas represivas estatales en los años ochenta. Ese panorama permite mostrar la permanencia de varias estructuras de poder y la sistematización de la violencia que, después de la firma de los acuerdos de paz (1996), sienta las bases para entender el repunte de la criminalidad contemporánea.

Es importante recordar que las fechas de publicación y las temáticas abordadas por el autor tienen cierta coincidencia con los fenómenos que estaban ocurriendo en su país. La publicación de sus obras, por los temas y la forma con la que los expone, tuvieron que ser publicadas fuera de Guatemala (en México se publicaron sus dos primeras novelas).

La primera constante notoria es el escenario en el que se desarrollan las historias. Guatemala siempre es el punto de partida y el destino de muchos de los relatos de quienes salieron al exilio, por ello, varios de los rasgos que él señala como característicos de las formas de convivencia del guatemalteco (sea lo que esto sea) se encuentran enmarcados ahí. El mismo Liano ha confesado, en varias entrevistas, que no sólo es la presencia referencial del espacio lo delata su pertenencia identitaria, sino la manera en la que reacciona y hace que reaccionen sus personajes.⁴⁸

editores, 2007. pp. 42-48. Para ver la relación fraterna y de colaboración entre Liano y Menchú, véase la nota 30 del presente trabajo.

⁴⁸ “[...] Guatemala no se me ha olvidado, porque insisto en la obstinación de seguir situando las historias que escribo en el territorio guatemalteco. Mucha gente me dice ‘cuándo vas a escribir una novela italiana’, pero a mí sinceramente las únicas historias que tengo para contar son de aquí. Es una cosa que me sale natural. Cuánto ha influido el hecho de estar fuera, no le sabría decir, porque es evidente que no fuera de su ciudad elabora un país

Otro elemento notorio, motivo por el que las cuatro novelas muestran un hilo conductor, es la violencia estructural y vertical que penetra en todas las relaciones sociales, cuya mayor evidencia es el racismo ancestral que ha permitido que pervivan viejas prácticas que lo mantienen y fortalecen. Racismo y clasismo generan un frente común que estrecha las posibilidades de transformación en un país que padeció más de treinta años de guerra y que hasta el día de hoy se encuentra sumido en la violencia (signo trágico que pronostica un duro futuro para nuestra América). Liano reconoció, en su maleta ideológica y en la de sus connacionales, esta actitud que los distancia unos de otros y la llevó a su narrativa. Cuento y novela se imbrican para mostrar cómo el racismo se encuentra en el subterfugio de muchas de las relaciones violentas que imperan en su patria y que establecen un patrón de comportamiento difícil de romper.

La construcción de la imagen violenta en la Guatemala representada en las novelas que se analizaron, se sirve de diferentes estrategias discursivas que muestran o evidencian los resquicios que la guerra inmediata, y la que existe desde hace más de quinientos años, ha dejado en la población. En este trabajo se analizaron dos recursos empleados que le permitieron al autor mostrar núcleos tensión en la historia de su país que, finalmente, dan cuenta de la forma violenta en la que se impone una manera de ver el mundo sobre otra, aunque esa otra sea la de la mayoría numérica de la población.

El primer elemento que se consideró como vehículo necesario para mostrar las representaciones de la violencia fue la estructura narrativa y el subgénero novela. El género y su estructura, la novela, permitieron tener relatos de largo aliento que mostraran vidas completas en todos los casos; pero el subgénero brindó la posibilidad de analizar la espacialidad percibida como hostil e incorporarla en el relato. Las casas, los espacios

mítico. La literatura siempre es la reconstrucción ficticia de la realidad, nadie dice que la literatura es la realidad”, en “*El hombre de Montserrat* de Dante Liano (entrevista)”, *El Diario del Gallo*. [Blog], 16 de diciembre, 2009.

cerrados, los barrios y pueblos en los que se segrega a quien se considera inferior, entre otros, propician una percepción de la espacialidad como tensional y hostil

Ya sea a través de las novelas neopoliciales centroamericanas o aquellas en las que la violencia sea el eje del discurso, las representaciones son siempre las de sociedades en descomposición que buscan fijar sus criterios ideológicos para que perviva el estatus de quienes conservan el poder político y económico.

La neopolicial centroamericana es una variante menos flagelante de la denuncia, tal vez más desesperanzadora o más “cínica” sobre los acontecimientos que tienen lugar en Centroamérica, pero, indudablemente, es una arista que patentiza la ausencia de héroes que resuelvan los crímenes. Además, evidencia la ausencia de valores morales ejemplares capaces de rescatar a los hombres, personajes, de la vorágine de la violencia y el crimen en el que se encuentran.

Estas novelas, centradas en la violencia, tejen su propio código de valores asociados a los cánones impuestos desde los grupos hegemónicos. En esas obras, se exhibe la diversidad de destinos que pueden correr los sujetos cuyo origen semejante y vulnerable los aleja de toda posibilidad de éxito, salvo casos aislados en cuyas empresas se logra edificar un futuro sólido. Sin embargo, también en esa categoría entra la novela cuyo carácter catastrófico conduce a pensar en la imposibilidad de salvar a ciertas generaciones, mientras no se les brinden todas las garantías que les permitan desarrollarse óptimamente. El crimen sin motivos políticos, la violencia individual, directa y horizontal, pervive en estas novelas cuando muestran cómo los individuos de la misma clase social, los que se encuentran en el mismo nivel, son capaces de ejercer presión sobre los otros y llevarlos hasta el extremo de la irracionalidad, hasta la ira y el crimen. De esta manera, estas novelas sirven para evidenciar la construcción y refuerzo de la violencia social llevada a sus expresiones criminales.

Otro elemento que contribuye a la representación de la violencia es el tratamiento que tiene la lengua en estas novelas. Los cuatro ejemplos narrativos seleccionados en el corpus muestran sociolectos como mecanismos lingüísticos capaces de violentar el canon culto, no sin cierto dejo de artificiosidad que permita poetizar la reproducción de las hablas que se incorporan a cada uno de los relatos. De esa manera podemos leer la sonoridad de la jerga del militar o del maestro de pueblo, la del médico formado en Europa o la de los policías encargados de develar la culpabilidad de unos jóvenes en un crimen; las variantes dialectales de los inmigrantes italianos, o el tono que Liano emplea para narrar los pasajes desde la perspectiva del universo indígena. El artificio de la oralidad genera una ilusión de verdad a cada relato, sin que por ello los sean el uso de la forma ni los vocablos que leemos como representativos de los sectores y clases sociales representados.

Originalmente este trabajo compararía novelas de otros dos autores que viven en el extranjero para detectar la imagen que estos tenían de su patria, construida desde otras latitudes y gracias a noticias de segunda mano, debido a que los tres autores iniciales llevan más de treinta años fuera de su país. También había seleccionado a estos autores porque ninguno había salido de Guatemala por ver amenazada directamente su existencia por la guerra, así que ellos tendrían una perspectiva distinta de aquellos que emigraron por motivos políticos. Su conciencia de clase era otro factor que los unía y me permitiría reconstruir una representación de Guatemala diferente de la que elaboraron los que se quedaron o de la de quienes se comprometieron con alguna causa en algún momento del conflicto. Lamentablemente, el corpus era tan extenso que se haría difícil de manipular con la descripción necesaria para dar cuenta de las formas de representación del fenómeno.

Dante Liano, ese autor chimalteco, hizo posible ver una versión de Guatemala desde el exterior, además da muestras de una obra cuidada y pensada, cuyas bases académicas la enriquecen y liberan de las filiaciones que se le podrían imponer. Dante Liano, partido entre

dos mundos, sigue soñando y escribiendo sobre su patria, dicta cátedra de literatura iberoamericana y es vocero de la literatura de un país que lleva guardado en la identidad.

Anexo

Breve síntesis de cada novela

Dante Liano. *El hijo de casa*. Guatemala: Sophos, 2011.

El título de la novela alude a quienes en Guatemala llaman “hijos de casa”: huérfanos abandonados en la calle, adoptados por una familia, sin trámites legales, para hacer el bien y para aprovechar la mano de obra gratuita. Esta obra toma como punto de partida “el crimen del Torreón” o de “la 12 Avenida”, un asesinato sucedido en el año 1952, cuyos perpetradores fueron dirigidos por un hijo de casa. El juicio culminó con la muerte de los asesinos, y con una atención mediática que Dante Liano y otros guatemaltecos recordarían al paso de los años.

El relato de Liano sucede en una ciudad en la que generalmente no suceden grandes acontecimientos; así que la ficticia ciudad de Santa Ana se ve sacudida por el brutal asesinato de una familia a manos de los cómplices de Manuel, el hijo de casa. Del crimen sólo queda una sobreviviente, Merci, la hija del padre de familia.

Manuel y Merci establecen un lazo estrecho porque ella es la única que lo trata bien, dicha relación permite que el médico, encargado de hacer las pesquisas forenses sobre el crimen, sospeche que ambos se pusieron de acuerdo para utilizar a los muchachos de un pueblo cercano para asesinar a la familia. La recompensa para Merci sería la herencia, para Manuel, si no lo atrapaban, la venganza por los años de tratos infamantes recibidos.

El personaje que conduce la narración es el Dr. Zamora, el forense, quien gracias a las declaraciones de los jóvenes, a los documentos legales y a sus charlas con los asistentes a un café o con el comisario encargado del caso, exhibe los pormenores del asesinato. El contrapunto del relato es conducido por Erwin Rosario, un boxeador que se ve mezclado en el crimen sin saber a qué lo están convidando. El pugilista necesita dinero para escapar con su novia hacia Europa, así que accede a manejar un camión que sacaría las mercancías de la tienda y alejaría a los ladrones-asesinos del lugar.

Manuel y Merci son personajes complejos que habitan la misma casa y que son maltratados por el resto de los integrantes de la familia. Ella es descrita como una joven sin gracia, pero que ha sido víctima de asaltos sexuales por parte de su padre y de Manuel. Ese sería un móvil importante para desear la muerte de su padre, pero la indagación sugiere que ella cree que se vería beneficiada como única sobreviviente y heredera. La complejidad de Manuel es evidenciada en sus declaraciones ante la prensa, quienes lo presentan como un sujeto inteligente y locuaz, que ha logrado dirigir a unos títeres que le sirvieron de ejecutores. Este personaje, al igual que el padre, violó a Merci; sin embargo, en la novela también se describen las relaciones homosexuales que mantiene con diferentes sujetos en un pueblo cercano.

La población de Santa Ana se mantiene alerta de los avances en las investigaciones, pero lo hacen a partir de la construcción mediática de los asesinos. Como resultado, se siembra la posibilidad de que cualquiera sea capaz de cometer un crimen: usar la fuerza de trabajo de un huérfano sin protección, tratos infamantes a los más débiles, indiferencia ante la injusticia, violaciones sexuales, violaciones a los derechos de los detenidos, tortura o asesinato.

La novela muestra, también, los contrastes entre la pequeña ciudad de Santa Ana y París. Las voces del Dr. Zamora, quien estudió en Europa, y de Erwin Rosario, quien escapó a ese continente para poder disfrutar una relación amorosa de la que no podía gozar en Guatemala. Cada uno de ellos representa un tipo de inmigrante en función de su posición de clase, elemento que influye profundamente en la manera en la que perciben al país extranjero y al propio, a su retorno.

Dante Liano. *El hombre de Montserrat*. Guatemala: Piedra Santa, 2005

El personaje principal es el teniente García, un militar que trabaja en los servicios de inteligencia de Guatemala, cuya existencia anodina tiene un único objetivo: mudarse a una colonia distinta, una que represente que ha escalado socialmente.

La anécdota de la novela es sencilla: De camino al trabajo, el teniente García ve un cuerpo inerte en un baldío y se baja de su vehículo para saber la identidad del sujeto. El muerto le resulta conocido, pero no recuerda con exactitud qué relación puede tener con él, así que decide emplear su puesto como burócrata militar para emprender una investigación que revelará la identidad del muerto y su vínculo con el asesinato de uno de los cuñados del teniente.

El otro cuñado del teniente García, un joven estudiante de derecho, está involucrado con el movimiento revolucionario, además lo acusan de haber asesinado al hombre que apareció en el baldío de la colonia Montserrat. Para salvarse de la tortura y la muerte, Tono, el cuñado de García, debe salir abruptamente de Guatemala. La única posibilidad que tiene para sobrevivir es el exilio, así que recurre a García para que le ayude a salir del país y conducirlo hasta la frontera con México. En el trayecto rumbo al exilio, Tono le cuenta misterio que rodea la muerte de Barnoya y cuestiona las motivaciones que llevan a los militares a convertirse en criminales.

La búsqueda de respuestas y la salvación de Tono le costarán a García regresar a la selva para combatir a la guerrilla y a sus bases de apoyo. Los días en la selva son descritos con el mismo hastío con el que describe su labor en la oficina de los servicios de inteligencia. El asesinato se transforma en una rutina que debe cumplir antes de poder retornar a sus labores cotidianas en la ciudad.

La reincorporación a la rutina en la ciudad tiene como única recompensa el cambio de casa. La resolución del asesinato pierde interés en la vida de García desde antes del traslado

de castigo a la selva, lo único que le importa es regresar a sus labores, suponiendo que él y su mundo podrán retomar su vida hasta antes de participar en una masacre en medio de la selva.

Al relato de los acontecimientos se incorporan, en innumerables ocasiones, los sueños del teniente García, pero en la selva deja de soñar, sólo siente el cansancio de quien atraviesa la selva para prodigar la muerte. A su regreso a la ciudad, García vuelve a soñar y supone que descansa, pese a la pesadilla vivida.

Dante Liano *El misterio de San Andrés*. México: Praxis, 1996

En esta novela se relata la vida, desde la niñez hasta la madurez, de dos personajes que representan dos maneras distintas y opuestas de ver el mundo: la mestiza y la indígena. El mundo indígena es narrado en tercera persona, describe la existencia de Benito Xocop y de la comunidad indígena en la que crece como un elegido por el concejo de ancianos para dirigir a su pueblo. El relato del joven mestizo es contado en primera persona por Roberto Cosenza, un hijo de un inmigrante italiano, cuyo gusto por los libros y la lectura lo conducirán a trabajar como tenedor de libros en una finca y, después, como secretario municipal y corresponsal de un periódico.

Liano ha señalado que el título de la novela está relacionado con un *misterio doloroso* del catolicismo y no con un misterio que debe resolverse. Ambas existencias, la de Benito y la de Roberto, transitan por un camino que los conduce a ser testigos de dos masacres: una indígena y otra mestiza. A ese desenlace se llega después de innumerables muestras del racismo imperante, desde tiempos ancestrales, en Guatemala. El racismo, la avaricia, la injusticia y la caída del dictador Jorge Ubico, precipitan las acciones en un pueblo enclavado en las montañas.

En la novela se sintetizan los sucesos de la siguiente manera: “Lo que había pasado en San Andrés se podía resumir en dos líneas: los ladinos quisieron robarse las tierras de los indios. Los indios se rebelaron y los mataron. Los de Santa Ana vengaron a los ladinos. El resto de esa historia era tomas posición” (Liano, 1996: 372). Es decir, lo que nos descubren los dos relatos es la manera en la que las cosmovisiones han sido vistas como irreconciliables y han conducido a la violencia racista. Sin embargo, al final del relato, Roberto es capaz de percatarse de la manera en la que ambas visiones del mundo se han enfrentado y de la injusticia y violencia con la que se trata a los indígenas en Guatemala, pero no puede hacer nada más que escribir pequeños relatos para un pequeño periódico.

La masacre de blancos y ladinos es provocada porque los caciques de la zona incendiaron la alcaldía en la que se encontraban las pruebas de la propiedad de la tierra indígena. El temor a que los gobiernos revolucionarios que tomaron el poder en 1944 pudieran emprender una reforma estructural profunda, capaz de arrebatar los privilegios que los caciques habían gozado por siglos, impulsó a los ladinos de San Andrés a incendiar los títulos que desde la Colonia patentizaban la propiedad de las tierras indígenas.

Las masacres ocurren en el pueblo de San Andrés, cercano a Santa Ana. Los blancos y mestizos son asesinados en sus casas, a manos de los indígenas que habían vivido avecindados durante siglos en las montañas. La comunidad indígena fue cazada por los habitantes de Santa Ana, quienes, al enterarse de los sucesos de San Andrés, buscan venganza.

El único sobreviviente de la masacre es Benito Xocop, y sobre él descargan su odio los blancos. Pese a que él no asesinó a nadie ni estuvo presente cuando los indígenas asesinaron a la gente de San Andrés, lo toman preso cuando intenta conducir a la comunidad hacia las montañas protectoras. Permanece en la cárcel durante años y, cuando lo excarcelan, todos se percatan de que es un hombre que ha envejecido más por la dureza de los tratos recibidos que por el tiempo transcurrido.

Benito regresa con su familia. Roberto, quien viajó a la capital y de ahí a las montañas, después de que le impiden contar lo sucedido en San Andrés, sólo tendrá como consuelo la lectura y las reuniones en las cantinas con los amigos de su pueblo costero.

Dante Liano *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*. Guatemala: Sophos, 2012

Esta novela narra la historia de tres inmigrantes italianos que llegan a Guatemala a finales del siglo XIX. Engañados por Pietro Boero, quien les trazara ciudades americanas idílicas, son trasladados en condiciones precarias hasta Puerto Barrios, en donde deberán labrarse el destino que les fue prometido. Franco, Pasquale y Antonio, son los tres italianos que viajan para escapar del hambre y la explotación en su patria.

El relato cuenta las vivencias que pudieron haber tenido los inmigrantes italianos que carecían de una posición económica que les permitiera hacer grandes inversiones en Guatemala. Campesinos, obreros, albañiles, todos hombres con oficios e ingenio, pero sin dinero, llegaron a tierras americanas e inmediatamente escalaron socialmente, no sin el arduo trabajo. Trabajaron como picapedreros y después como ingenieros,

Los italianos que habían llegado años atrás a Guatemala fomaron una agrupación que ayudaba a sus compatriotas a establecerse en las nuevas tierras, la Sociedad de Socorro Mutuo. Gracias al apoyo recibido de esta organización, Franco pudo poner la primera sala de cine que lo alejó de un destino como picapedrero y lo acercó al ascenso económico que tanto añoraba. Pasquale también se convirtió en un emprendedor, pero él prefirió poner una casa de citas con su esposa. Con el tiempo, Franco abrió más salas de cine en Guatemala y en ellas revivió los nombres de las ciudades italianas que había perdido; Pasquale se alejó de la casa de citas y puso un hotel modesto que le permitió vivir tranquilamente. El único que siguió trabajando en la construcción de puentes fue Antonio. Dejó de picar piedra y se convirtió en ingeniero, pero los caminos y las crecidas de los ríos seguían dándole sustento.

Estos personajes nunca perdieron su identidad como italianos, incluso, en la intimidad fraterna, conversaban en su lengua y se solazaban con los triunfos de la vieja patria. Se casaron con mujeres guatemaltecas e hicieron su vida en su nuevo hogar. Ellos no retornaron

a Italia, murieron en Guatemala y, como muchos compatriotas, serían enterrados en el cementerio que la comunidad se había construido.

Obras consultadas

a) Obras de Dante Liano.

Liano, Dante. *Cuentos completos*. Clásicos de la literatura guatemalteca, Vol. 4, Guatemala: Tipografía Nacional, 2011.

_____. *El abogado y la señora*. Sophos: Guatemala, 2015.

_____. *El hijo de casa*. Guatemala: Sophos, 2011.

_____. *El hombre de Montserrat*. Guatemala: Piedra Santa, 2005.

_____. *El misterio de San Andrés*. México: Praxis, 1996.

_____. *Pequeña historia de viajes, amores e italianos*. Guatemala: Sophos, 2012.

_____. *Visión crítica de la literatura guatemalteca*. Guatemala: Universidad de San Carlos-Guatemala, 1997.

b) Obras de consulta indirecta.

Aínsa, Fernando, “Palabras nómadas. La patria a la distancia y el imposible regreso”. En *Revista Letral*, [en línea] núm. 5, 2010. Recuperado de: <http://www.revistaseug.ugr.es/index.php/letral/article/view/3626/3608>

Agamben, Giorgio, *Homo sacer. EL poder soberano y la nuda vida I*. Antonio Gimeno Cuspinera (trad.). Valencia: Pre-textos, 2006.

_____, *El fuego y el relato*. Ernesto Kavy (trad.). México: Sexto Piso, 2016.

Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Taurus, 1998.

_____, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Carlos Ribalta, 4ª ed., Barcelona: Editorial Lumen, 2003.

_____, *Sobre la violencia*, Madrid: Alianza editorial, 2006.

Álvarez, Federico, “La violencia de la literatura”. En Adolfo Sánchez Vázquez (ed.) *El mundo de la violencia*. México: UNAM-FCE, 1998. pp. 407-417.

Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Siglo XXI, 2009.

- _____. “Las formas del tiempo y el cronotopo en la novela”. En *Teoría y estética de la novela*, Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra (trads.). Madrid: Taurus, 1989. pp. 237-409.
- Ball, Patrick, Paul Kobrak y Herbert Spierer. *Violencia institucional en Guatemala, 1960 a 1996: Una reflexión cuantitativa*. Nueva York: American Association for the Advancement of Science-Centro Internacional para Investigaciones en Derechos Humanos, 1999.
- Bataillón, Gilles. *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*. Jorge Alaniz Pinell (trad.). México: FCE, 2008.
- Benjamin, Walter. *Crítica de la violencia*, Héctor A. Murena (trad.), Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.
- _____. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bolívar Echeverría (trad.). [En línea]. Recuperado de: www.bolivare.unam.mx/traduccion/Benjamin,%20Tesis%20sobre%20la%20historia.pdf.
- Berganza, Gustavo (edit.). *Compendio de historia de Guatemala. 1944-2000*. Guatemala: ASIES-Konrad Adenauer Stiftung-PNUD-Fundación Soros, Guatemala, 2004.
- Bolívar Echeverría, “De violencia a violencia”. En *Vuelta de siglo*, México: ERA, 2006. pp. 59-80.
- Burgos, Elizabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. 20ª ed. México: Siglo XXI editores, 2007.
- Calderón Concha, Percy, “Teoría de conflictos de Johan Galtung”. En *Revista de Paz y Conflictos*, núm. 2, Granada: Universidad de Granada, 2009. 60-81
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2004.
- Casaús Arzú, Marta. *Guatemala. Linaje y racismo*. 2a ed., Costa Rica: FLACSO, 1995.
- _____. “El genocidio: la máxima expresión del racismo en Guatemala. Una interpretación histórica y una reflexión”. En *Nuevo Mundo. Mundo Nuevo*. [en línea]. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/57067>.
- Chakravorty Spivak, Gayatri, “¿Puede hablar el subalterno?”. En *Revista colombiana de Antropología*. vol. 39, enero-diciembre, 2003. pp. 297-364.

- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), *Guatemala. Memoria del silencio*, Guatemala: Oficina de Servicios para proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS), 1999. Recuperado de: <http://www.centrodememoriahistorica.go.co/descargas/Guatemala-memoria-silencio/Guatemala-memoria-del-silencio.pdf>.
- Contardo Schmeisser, Irène Andrea. *Bildungsroman y anarquismo en Lanchas en la bahía de Manuel Rojas*. [Tesis en línea] Universidad de Chile, 2010. Recuperada de: <http://www.repositorio.uchile.cl/tesis/uchile/2010/fi-contardo-i/pdfAmont/fi-contardo-i.pdf>.
- Cornejo Polar, Antonio, “Mestizaje, transculturación y heterogeneidad”. En *JALLA 1995. Documentos base*. Tucumán, Proyecto Tucumán en los Andes, 1997. vol. I: 267-270. Recuperado de <https://docslide.com.br/documents/cornejo-polar-mestizaje-transculturación-heterogeneidad.html>
- _____, “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. En *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, núm. 200, julio-septiembre, 2002. 867-870.
- Deleuze, Gilles. "Post-scriptum. Sobre las sociedades de control". En *Conversaciones. 1972-1990*. 3ª ed. José Luis Pardo (trad.). Valencia: Pre-textos, 1999. pp. 277-281.
- Dorfman, Ariel. “La violencia en la novela hispanoamericana actual”. En *Imaginación y violencia en América*. 2a. Barcelona: Anagrama, 1972. pp. 9-42.
- Drouin, Marc. *"Acabar hasta con la semilla". Comprendiendo el genocidio guatemalteco de 1982*. Byron Durán Molina (trad.). Guatemala: F&G Editores, 2011.
- Escudero Prieto, Víctor, *Reflexiones sobre el sujeto en el primer Bildungsroman*. [Trabajo de investigación en línea], Barcelona: Universidad de Barcelona, 2008. Recuperado de: diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/12126/1/Reflexiones%20sobre%20el%20sujeto%20en%20el%20primer%20bildungsroman%20%28V%C3%ADctor%20Escudero%29.pdf.
- Esplunges, José Sanmartín, “¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia”. En *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, núm. 42, 2007. 9-211. Recuperado de: <http://revistas.um.es/daimon/article/view/95881/92151>.
- Erl, Astrid, “El texto literario y el contexto de la cultura del recuerdo: mimesis”. En *Memoria colectiva y culturas del recuerdo: estudio introductorio*. Johanna Córdoba y Tatjana Louis (trads.). Bogotá: Universidad de los Andes, 2012. pp. 206-213.
- Figueroa Ibarra, Carlos. “Violencia y cultura del terror. Notas sobre una sociedad violenta”. En *Bajo el volcán*. vol. 1, núm. 1, enero-junio, 2000. pp. 67-83.

- _____. *EL recurso del miedo. Ensayo sobre el Estado y el terror en Guatemala*. Serie de Investigaciones 5, San José: Programa Centroamericano de Investigaciones-Secretaría General de SCUCA, Editorial Universitaria Centroamericana, 1991.
- Flores, Ronald, *Signos de fuego*. Guatemala: Ministerio de cultura y deportes, Editorial Cultura, 2007.
- Leonardo Frías, “Cátedra extraordinaria. La literatura de Rigoberta Menchú”. En *Gaceta UNAM*. (en línea) núm. 4 706, 29 de junio, 2015. Recuperada de: <http://www.gaceta.unam.mx/20150629/la-literatura-de-rigoberta-menchu/>
- Fuentes Díaz, Antonio (ed.), *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina*. Puebla: BUAP, 2012.
- Galich, Franz. "Notas para una cartografía de la novela guatemalteca de los últimos treinta años". En *Literaturas centroamericanas hoy. Desde la dolorosa cintura de América*. Frankfurt-Madrid: CELA Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt, 2005. pp. 97-117.
- Galtung, Johan. “La investigación sobre la paz y el conflicto en los tiempos del cólera: Diez puntos para los futuros estudios sobre la paz”. En *Sociológica. Revista del Departamento de sociología*. UAM, Año 10, núm. 28, mayo-agosto, 1995.
- _____. “Cultural Violence”. En *Journal of Peace Research*. Vol. 27, núm. 3, agosto, 1990. pp. 291-305.
- Garrido, Felipe. “Respuesta de Felipe Garrido al discurso de ingreso de Élmer Mendoza a la Academia Mexicana de la Lengua”. En *Academia Mexicana de la Lengua*. [En línea], 30 de abril de 2012. Recuperado de: www.academia.org.mx/noticias/item/discurso-de-ingreso-de-elmer-mendoza-a-la-academia-mexicana-de-la-lengua-respuesta-de-felipe-garrido.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. Virginia Aguirre Muñoz (trad.). 2ª ed., México: FCE, 2011.
- Grosfoguel, Ramón, “El concepto de ‘racismo’ en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿Teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?”. En *Tabula Rasa*. [En línea] núm. 16, enero-junio, 2012. Recuperado de: <http://ucsj.dedalyc.org/articulo.oa?id=39624572006>.
- Grunberg, George, “Capítulo desafío de la multiculturalidad”. En *Segundo informe sobre desarrollo humano en Centroamérica y Panamá*. ASDI-PNUD [documento en línea].

- Recuperado de:
https://estadonacion.or.cr/files/biblioteca_virtual/centroamerica/002/George_Grunberg.pdf.
- Guinsberg, Enrique, “Migraciones, exilios y traumas síquicos”. En *Política y cultura*. Primavera, núm. 23, 2005. 161-180.
- Hall, Stuart, “El trabajo de la representación”. En *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Sevilla Casas (trans.). London: Sage Publicatrions, 1997. Recuperado de: www.ram-wan.net/Restrepo/hall/el%20de%20a%20representacion.pdf.
- Huhn, Sebastian, Anika Oettler y Peter Peetz, “”Construyendo inseguridades. Aproximaciones a la violencia en Centroamérica desde el discurso”. En *German Institute of Global and Area Studies Leibniz-Institut für Globale un Regionale Studien*. Hamburg: GIGA, 2006.
- Huysen, Andreas, “Resistencias de la memoria: los usos y abusos del olvido público”. En *INTERCOM-Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação. XXVII Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação*. Porto Alegre: 2004. Recuperado de: http://intercom.org.br/memoria/congresso2004/conferencia_andreas_huysen.pdf.
- Inclán, Daniel, “Contrapuntos: La crueldad contra el cuidado (o cómo la violencia se hace cotidiana)”. En *Bajo el Volcán*. vol. 16, núm.24, marzo-agosto, 2016. pp. 13-31.
- Kobrak, Paul. *Huehuetenango: historia de una guerra*. Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala (CEDFOG), 2003.
- Kokotovic, Misha, “Neoliberalismo y novela negra en la posguerra centroamericana”. En Beatriz Cortez, Alejandra Ortiz y Verónica Ríos (eds.), *Hacia una historia de las loiteraturas centroamericanas III. (Per)versiones de la modernidad. Literaturas y desplazamientos*. Guatemala: F&G Editores, 2012. pp. 185-209.
- Kohut, Karl, “Política, violencia y literatura”. En *Anuario de Estudios Americanos*, vol.59, núm. 1, 2002. DOI <https://doi.org/10.3989/aeamer.2002.v59.i1.202>.
- Koonings, Kees y Dirk Kruijt (eds.), *Las sociedades del miedo: el legado de la guerra civil, la violencia y el terror en América Latina*. Jesús Torres, M. Rosario Martín y Jorge Sánchez (trads.). Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002.
- Lastra, Yolanda. *Sociolingüística para hispanoamericanos. Una introducción*. México: Colegio de México-Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2003.

- Lévêque, Daniel. "La impronta de la oralidad en las creaciones literarias centroamericanas. Apuntes para una fenomenología de los rasgos fonológicos". En *Centroamericana* 23.1 (2013): 80-113.
- Mejía, José. *Exilios y desexilios*. Col. Ensayo, Ser. Luis Cardoza y Aragón, núm. 47, Guatemala: Edit. Cultura, 2011.
- _____. "Narrativa contemporánea. Dante Liano". En Juan Carlos Escobedo, *Literatura guatemalteca*. Recuperado de: <http://www.literaturaguatemalteca.org/mejia2.htm>
- Méndez, Claudia. *Dante Liano conversa con Claudia Méndez*. Guatemala: Centro Cultural de España- Guatemala y F&G Editores, s/f.
- Meyer, Eugenia y Eva Salgado. *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*. México: UNAM-FFyL-Océano, 2002.
- Nehe, Börries, "El espacio como ideología". En *Encuentros2050. Coordinación de Humanidades UNAM*, Año 1, núm. 9, (septiembre de 2017): 20-22.
- Ortega Martínez, Francisco A. (ed), *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanad-Centro de Estudios Sociales, 2011.
- Ortiz Wallner, Alexandra. "Poéticas de la violencia en Centroamérica: Literatura y nuevas sensibilidades". En. Werner Mackhenbach / Günter Maihold (eds.). *La transformación de la violencia en América Latina*. Guatemala: F&G editores, 2015.
- _____, "Trazar un itinerario de lectura: (des)figuraciones de la violencia en una novela guatemalteca". En *Inter Sedes*. vol. IV, núm. 6, 2003. 135-145.
- Perdomo, José Luis, "José Luis Perdomo entrevista a Dante Liano", *Blog de Sophos*. [En línea]. Publicado el 5 de marzo, 2012. [Consultado el 5 de mayo, 2016] Recuperado de <http://blog.sophosenlinea.com/2012/03/05jose-luis-perdomo-entrevista-a-dante-liano/#sthash.GijmT95s.dpuf>.
- Pimentel, Luz Aurora, *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales. La representación del espacio en los textos narrativos*. México: Siglo XXI editores, 2001.
- Quijano Velasco, Mónica. "Crimen, archivo y ficción: la herencia del conflicto armado en Guatemala". En Mónica Quijano y Héctor Fernando Vizcarra (coords.). *Crimen y ficción. Narrativa literaria y audiovisual sobre la violencia en América Latina*. México: Bonilla Artigas Editores-Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2015. pp. 263-288.

- _____. "Geografías del recuerdo: memoria, literatura y exilio". En *Andamios*, 8.15 (enero-abril, 2011): 37-61.
- _____. "Literatura nacional e identidad: del paso de una memoria unificada a la proliferación de memorias plurales". En Rodrigo García de la Sierra, Mónica Quijano e Irene Fenoglio (coords.), *La tradición teórico-crítica en América Latina: mapas y perspectivas*. México: Bonilla editores, 2013. pp. 167-185.
- Rivera Rivera, Rónald. "Propuestas narrativas de la nueva literatura centroamericana: la novela policial". *Pensamiento actual. Universidad de Costa Rica* 14.22 (2014): 55-63. Recuperado de: <http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/pensamiento-actual/article/view/17779/17422>.
- Robles Rendón, Mariana, Aida Robles Rendón y Carlos Humberto Elizalde Castillo, "Notas psicosociales sobre la migración y el exilio. El colectivo de las Mujeres Monarcas". En *Tramas*. núm. 34, México, 2011. 227-243.
- Rodríguez de Ita, Guadalupe. "Exilios guatemaltecos en México: Una experiencia recurrente". En *Pacaringa del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*. [En línea] Recuperado de: <http://www.pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/319-exiliados-guatemaltecos-en-mexico-una-experiencia-recurrente.tf>.
- Rodríguez Fontela, María de los Ángeles, "El concepto de *Bildungsroman*" *La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al <<Bildungsroman>> desde la narrativa española*. Kassel: Universidad de Oviedo, 1996.
- Roque-Baldovinos, Ricardo. "La ciudad y la novela centroamericana de posguerra". En Beatriz Cortez, Alexandra Ortiz y Verónica Ríos (eds.). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas III. (Per)versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos*. Guatemala: F&G editores, 2016. pp. 211-229.
- Rouquié, Alain. *Guerras y paz en América Central*. México: FCE, 1994.
- Todorov, Tzvetan, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Manuel Serrat Crespo (trad.). Barcelona: Península, 2002.
- _____, "Segunda parte: Razas". En *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. 5ª ed. México: Siglo XXI editores, 2007. pp. 115-199.
- _____, "Consecuencias del nacionalismo". En *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. 5ª ed. México: Siglo XXI editores, 2007. pp. 284-301.

Vela Castañeda, Manolo. *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*. México: El Colegio de México, 2014.

Veena, Das, *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, 2008.

Williams, Raymond, “Conceptos básicos”. En *Marxismo y literatura*. Pablo di Masso (trad.). 2ª ed., Barcelona: Ediciones Península, 2000.

Introducción	4
1. Marco teórico	19
1.1. Sobre la representación	19
1.2. Sobre la violencia	23
2. Contexto histórico y literario	29
2.1. Liano y su tiempo	35
2.2. Liano en la literatura guatemalteca	36
3. Estructura y subgénero, herramientas para la representación	40
3.1. Novela negra y su nueva forma en la narrativa centroamericana de denuncia y reconocimiento de la corrupción y la impunidad: La novela neopolicial	41
3.2. La representación del espacio en las novelas de Dante Liano.	44
3.2.1. Ciudad como espacio predilecto para la narrativa neopolicial, frente a la presencia de la selva como pesadilla-muerte y caos	48
3.2.2. El espacio en <i>El misterio de San Andrés</i>	58
3.2.3. Espacio en <i>El hijo de casa</i>	68
3.3. El empleo de sociolectos como un elemento generador de verosimilitud	71
4. La representación de la violencia estructural, vertical y social	76
4.1 <i>El hombre de Montserrat</i>	77
4.2 <i>El misterio de San Andrés</i>	87
4.3 <i>El hijo de casa y Pequeña historia de viajes, amores e italianos</i>	103
A modo conclusiones: Retorno con maletas hechas, por si volvemos al camino	115
Anexo. Breve síntesis de cada novela	121
Obras consultadas	130